

Lo que Trasciende la Memoria

Octubre 2022

Por Fran

OctoBert - Día 1. Maravilloso x Fran

Era un maravilloso día hasta que no lo fue.

Es un murmullo lo que lo despierta, confundido, intenta abrir los ojos pero la luz es brillante, los colores se funden unos con otros, la cabeza le duele tanto como para intentar siquiera levantarla. El murmullo deja de repetirse para dar lugar a unas voces que poco a poco se van tornando claras y puede distinguir sus palabras.

Son dos voces diferentes, graves, sin lugar a dudas pertenecen a dos hombres, ambos están alterados.

— Stear, ¿Cómo pudiste haber dejado que se accidentara? — El primer interlocutor habla rápido, sisea y aunque trata de mantener baja la voz, sus emociones no lo ayudan. Está claramente disgustado.

— No lo hice a propósito, ¡cómo iba a saber que iba a reaccionar así! — La otra persona se escucha cansada, su voz tiembla, obviamente no quiere ser recriminado.

— Sin embargo, le señalaste el nido en el tejado.

— Por el telescopio, ni siquiera estaba seguro de en qué edificio estaba.

— ¿Por qué usas un telescopio de día? Solo a ti se te ocurre.

— Ese era el telescopio que me regaló la tía abuela, es insuficiente para ver las estrellas pero sirve para observar aves. Era un maravilloso día, algo bonito iba a encontrar, así que me instalé en la torre del reloj.

— No creo que fueran aves tan maravillosas como para enseñárselas a mi tío.

— Me llamaron la atención los huevos, eran tan coloridos. Se me ocurrió preguntarle a Albert si sabía de qué especie eran.

— Y tu telescopio fue insuficiente para identificarlos que tuvo que subir a verlos de cerca.

— No, Albert lo sabía, pero dijo que estaban en riesgo. Asumí que de una especie en peligro de extinción y no de riesgo de caer del techo. Así que lo siguiente que vi por el telescopio fue a Albert trepando por la pared.

— ¡Cielos! ¿Lo viste caer por el telescopio?

— No, en cuanto ubique qué edificio era, baje porque quería ver los huevos de cerca. Cuando llegué al lugar ya estaban Dorothy y Hawkins gritándole para que se bajará de ahí. Supongo que se distrajo y resbaló. Cayó sobre los macizos de flores, que debieron amortiguar un poco su caída, pero de todos modos rodó violentamente sobre ellos y llegó con mucha fuerza al suelo.

— ¿Qué dijo el doctor?

— Solo golpes y raspones, sin fracturas ni heridas, quizá se haya golpeado más fuerte la cadera y la cabeza. Lo inmovilizó en prevención de que sus costillas, vértebras y órganos internos hayan quedado lesionados, descartó que fueran trascendentes debido a que su respiración es normal. Dice que tiene una conmoción moderada, pero nada tan grave como para hospitalizarlo, así que permitió que lo trajéramos a su recámara y lo vigiláramos que no presente convulsiones o en caso de que no despierte en 10 horas, entonces debemos llamarlo de nuevo. Le ordenó de todos modos radiografías para cuando se pueda mover para descartar alguna fisura en algún hueso y otros análisis de rutina.

— Cuando ella se entere te va a matar

— Lo sé.

Le costó mucho seguir la conversación, la rapidez con que hablaban, el uso de nombres que escapaban de su conocimiento lo hacía más confuso, pero si él era el tal Albert que cayó de un techo, ya sabía porque se encontraba en tal estado.

Era un alivio tener algo a que afianzarse, ya que su mente era un vacío negro y espeluznante comparado con la habitación brillante. Ni siquiera podía recordar su nombre o algo más de su vida anterior al momento en que despertó. Solo esa sensación de que había algo entre esa oscuridad a lo que debía aferrarse, a lo que debía volver.

"No puedes permitirte el mismo error. Estás cerca, tan cerca" Susurraba una pequeña voz que se perdió cuando las voces a su alrededor empezaron a cobrar significado. Ahora se llenaba de preguntas que esperaba se respondieran con lo que acababa de escuchar.

Las palabras en la conversación tomaron ciertas formas pero no llegaban a construir una imagen que reconociera. En algún lugar de su mente sabía que era un pájaro, un huevo, un nido pero no podía aferrarse a ello el tiempo suficiente para que sobresalieran de la inmensidad oscura que dominaba su mente.

Enfocarse en el estado de su cuerpo parecía más seguro, su mente no estaba colaborando. El dolor en la cabeza tenía que ser la causa. De acuerdo a las personas que lo vigilaban su cuerpo entero sufrió lesiones pero ninguna se consideraba grave. Necesitaba medicamentos, tenía que pedir ayuda.

Abrió de nuevo los ojos y soportó la intensidad de la luz. Aunque el aparato en el cuello le impedía girar o levantar la cabeza, tenía visión directa a las dos personas a las que pertenecían las voces. Los que discutían parecían ser jóvenes, calcular sus edades serviría para calcular la propia, probablemente tendría el doble de lo que aparentan ellos para ser el tío de uno de ellos. El más efusivo era delgado, con el cabello de algún tono de rubio y perfectamente alaciado de un largo que cubría parcialmente uno de sus ojos azules. El que estaba con él tenía el cabello oscuro y corto, sus

ojos marrones se veían distorsionados por los anteojos, constantemente se llevaba las manos a la cabeza y se veía un poco sobrepasado por los reclamos del otro joven. Estaban sentados en un sofá en un extremo de la habitación, que era enorme, tenía demasiados ventanales, por eso había tanta luz. Levantó una mano para cubrirse los ojos y su movimiento detuvo la discusión. De inmediato el chico de pelo largo abandonó el asiento que ocupaba y de unos pocos pasos estuvo junto a él. Fue cuando se percató que había una tercera persona sentada en una silla junto a la cama, por el rabillo del ojo percibió el movimiento cuando levantó bruscamente la cabeza cuando él que lo llamaba tío se movió hacia la cama. Era igual de joven que los otros dos, más rubio que el otro, con el cabello corto, con ojos azules al igual que el que se acercaba, de ser también de su familia, ya tiene una idea de lo que puede ser su apariencia.

— ¿Cómo te sientes? — Ya no se oye tan alterado como hace unos momentos y se escucha muy amable al hacer la pregunta.

— Muy adolorido. — Oír su propia voz y que le suene desconocida pone más peso en lo que sea que esté sucediendo con su cabeza.

— No es para menos, tremenda caída

— ¿Puedes correr las cortinas, por favor? Me molesta la luz

— Desde luego. Stear ocúpate de eso, no te pongas a jugar con los controles. — El llamado Stear detuvo su camino hacia la cama y regresó a tomar algo de la mesa, antes de que la luz comenzará a debilitarse. — ¿Necesitas algo? — Se dirigió de nuevo a él, sin hacer pausa — No te inyectaron nada para el dolor esperando a que despertaras y pudieras decir qué clase de dolores tienes

— Creo que de todo tipo. La parte de atrás de la cabeza, sobre todo.

— Así está bien o más oscuro, Albert — Quiso asentir y el collarín se lo impidió pero no fueron las palabras afirmativas las que salieron de su boca, sino una pregunta sobre su identidad.

— ¿Yo soy Albert?

— ¿Como que no sabes si eres Albert? Ahora dirás que tampoco nos conoces por nuestros nombres.

— Me temo que así es.

Stear soltó el control remoto de las cortinas y se dejó caer dramáticamente sobre el sillón que tenía más cerca. El chico en la silla abrió los ojos y la boca simultáneamente más que sorprendido y el de pelo largo intentó varias veces articular palabras hasta que por fin pudo decir:

— ¿Sabes quién soy yo?

OctoBert - Día 2. Sobrino x Fran

Un **sobrino** o tal vez más

— Eres mi sobrino

— Ves como si sabes quienes somos

— Solo lo deduje. Los escuché discutir antes de que se dieran cuenta que estaba despierto. Tu voz es diferente de la de Stear. Tu me llamabas tío y él me llamaba Albert.

— Eso es porque Stear es un descarado... — Antes de que pudiera escuchar la explicación de porque Stear es un descarado la puerta se abrió y alguien más entró a la habitación.

— Me demoré porque estaba en cirugía y me avisaron hasta que concluyó. ¿Qué tan grave es? — Un torbellino con cabello rubio y uniforme de enfermera entra en la habitación, arrojando descuidadamente la maleta que trae, se sube a la cama poniéndose de rodillas al lado suyo.

— Creo que mucho, no nos recuerda. — Responde el que ha identificado como su sobrino y que se ha destacado por constantemente externar sus opiniones.

— Llamé de nuevo al doctor dice que enviará una ambulancia. — Él joven que había estado sentado junto a su cama, y ahora se ha movido más allá de los muebles, habla por primera vez. Parece ser más serio y paciente que los otros 2.

La chica le agradece y pide un estuche de su maletín, en cuanto se lo entregan toma su pulso, su temperatura y la dilatación de sus ojos, además de checar algunos de sus vendajes. Mientras su sobrino repite la historia del telescopio, los huevos de pájaro, la escalada del edificio, la visita del doctor, sus indicaciones, como despertó y no supo quienes eran ellos con excepción de identificarlo a él como un sobrino, porque los escuchó discutir.

— Albert ¿Sabes dónde estás? — La enfermera dirigió su atención de nuevo a él, después de escuchar lo que el joven de pelo largo había dicho.

— En una habitación, pero desconozco si me pertenece o es de alguien más.

— Bien. Me cuentan que caíste y te golpeaste la cabeza, tienes una conmoción, es una consecuencia perfectamente normal que tus recuerdos sean vagos, que no recuerdes cómo llegaste aquí o no reconozcas a quienes te rodeamos.

— Entiendo, un accidente que tuvo secuelas.

— Así es. Esta es tu casa, esta es tu habitación y estás perfectamente a salvo con estas personas, son tu familia. Él es Archie, tu sobrino. Ese de allá que se quiere fusionar con el sillón es Stear, y junto a la ventana es Anthony, ambos son tus sobrinos también. ¡Felicidades, eres tío!

— Eres muy graciosa. ¿Y tú cómo te llamas y que eres mío? - Una sensación placentera le corrió por la espalda al llamarla suya. No era el momento para tener esos pensamientos, pero no podía sentirse culpable, ella lo hacía sentir seguro.

— Soy Candy y seré tu enfermera si no tienes inconveniente.

— No lo tengo, es más estoy encantado.

— Que bien. — La enfermera sonrió, su mirada se dulcificó aún más y Albert se sentía orgulloso de haber logrado eso. En un instante recuperó su comportamiento profesional. — Entonces, pronto llegará la ambulancia, me dicen que tienes algunos golpes en el resto del cuerpo, así que será mejor moverte en una camilla para que no sufras más dolor. No debes preocuparte, estaré contigo todo el tiempo que duren los exámenes y me aseguraré de que te devuelvan a casa, a menos que prefieras que te hospitalicen mientras recuperas tus recuerdos.

— No quiero quedarme en un hospital.

— Perfecto. Probablemente los exámenes sean molestos, te moverán de un lado a otro para llevarte ante diversos aparatos y te harán muchas preguntas para saber cuán profunda fue la pérdida de memoria. No quiero darte falsas esperanzas, pero te veo bien, poca confusión, tienes sentido de ubicación, respondes a las bromas, buen vocabulario ya que te expresas bien. Son buenas señales que no hay ningún tipo de daños.

— Pareces una experta en amnesia. — La dulzura con que le hablaba y la ternura en su trato eran los que se reservan para un niño y puesto que tenía 3 sobrinos adultos lo más seguro es que no solo les doblara la edad, sino que puede ser un anciano. Tal vez es un paciente de alzheimer por eso ella actúa con tanta experiencia. ¿por qué sabe que es el alzheimer y no cuál es su apellido?

— No me lo vas a creer, pero eres mi primer caso. Creo que sucede más en películas que en la vida real. Ups, no te asustes. En lo que sí tengo experiencia es en golpes en la cabeza y contusiones cerebrales y bueno, ha habido personas que no presentaban tanta lucidez como tú lo haces. Descansa y trata de estar tranquilo mientras llega la ambulancia.

— Chicos, por favor vayan a esperar a la ambulancia y guíen a los camilleros hasta acá. — Stear y Archie se dirigen a la puerta diligentemente, Anthony titubea.

— Pero Candy...

— Anthony, no hay mucho que podamos hacer, ella es una profesional — Stear, que parece haber recobrado el color y la calma, es él que regresa por Anthony y le pasa un brazo por los hombros y caminan juntos hacia la salida.

— Exacto, soy la más indicada para el trabajo. Envíenme a Dorothy para darle indicaciones.

— De acuerdo.

Aunque la habitación se ha oscurecido, el dolor de cabeza persiste y se siente mejor cerrando los ojos, así que intenta dormir de nuevo. Su enfermera, Candy, se mueve de su sitio, abandona la cama y ronda alrededor, tocando objetos y caminando de un lado a otro de la cama hasta que llaman a la puerta y con una voz muy suave les indica que va a salir. La puerta debe haber quedado entreabierta porque puede escuchar las voces de Candy y la mujer que acaba de llamar.

— Dorothy, estabas ahí cuando sucedió.

— Lo siento tanto Candy, no pudimos impedir que se accidentara.

— No nos preocupemos por lo que pasó sino por lo que pasará. ¿Dónde están las señoras? ¿Les avisaron?

— El joven Stear no lo creyó conveniente, solo le avisó a su hermano cuando no te pudieron localizar inmediatamente. El joven Anthony llegó después. Las señoras Janice, Rosemary y Elroy están de compras y el señor Cornwell y los Legan fueron al club. Se reunirían para la comida, como siempre.

— Fue mejor que no hubiera tanta gente, el escándalo lo habría perturbado. Pongamos todo en manos del que mejor sabe mantener la calma. Que alguien localice a Georges y lo pones al tanto de la situación para que tome las medidas necesarias y se encargue de lo más urgente. Se necesitará una ventana de al menos 3 días para reunir suficientes datos y saber si hay que tomar medidas temporales o definitivas.

— Entendido.

— Vamos a llevarlo al hospital. Cuando nos hayamos ido, es necesario que retires todos los objetos que no sean del uso personal del señor Albert y lo mismo con la ropa en el vestidor. Recuerdos de viajes, de eventos, cualquier cosa que no pertenezca solo a él o no sea de uso indispensable se va ¿Entiendes?

— ¿Qué ha pasado? Se enoja por algo

— El golpe en la cabeza le provocó amnesia. No debemos imponerle hechos o personas hasta saber cuán estable está. Otra cosa que tienen que mover son las fotografías de toda la casa, para que no intente forzar relaciones solo porque alguna vez lo acompañaron en el momento de una fotografía. Probablemente pase un par de días en cama, pero después se moverá por toda la casa para que se familiarice y empiece a llevar una vida normal.

— ¡Qué impresión!

— Imagina las reacciones. Por lo pronto nadie más que tu y Georges deben saber esto de la amnesia, a los demás recomiéndales discreción en cuanto al accidente, por favor. Dependiendo del diagnóstico haremos un plan. También en cuanto llegue la familia, diles que esperen a hablar con el doctor antes de que vean al señor Albert.

— Candy, ellos no se detendrán si se los digo yo.

— Cierto. Uno de los chicos de los chicos deberá quedarse y explicar eso.

- Así se hará Candy, no te preocupes. Tú solo ocúpate de su cuidado.
- Gracias Dorothy, cuento contigo. También informa a todos que me instalaré en la habitación que se conecta con esta.
- Muy bien, allá llevaremos tus cosas.

Debe reconocer que Candy ha acertado, escuchar todos esos nombres hace que se cuestione que son de él, si alguna de esas señoras mencionadas es su esposa, su madre, alguien a quien llenaría de preocupación y dolor saber que la ha olvidado. Si en un principio se sintió aliviado de despertar entre los suyos ahora está previendo dificultades que no vio en ese instante. ¿Candy será igual de decidida ante los demás miembros de su familia para tener la opción de escudarse tras ella?

OctoBert - Día 3. Parque x Fran

No será un paseo por el parque.

Cuando avisan a Candy que la ambulancia ha llegado, ella vuelve a consultarlo sobre su nivel de dolor, que es fuerte, pero no insoportable. Los camilleros lo ayudan a llegar a la camilla, lo empujan hacia un elevador y después lo suben a la ambulancia, prefiere ir con los ojos cerrados para evitar los constantes cambios de iluminación, así que no se percata de la decoración o el estado en general del lugar donde supuestamente vive.

— Stear que el chofer te lleve al hospital, los doctores tendrán preguntas para ti, ya que estuviste presente en el accidente.

— Puedo ir en mi auto.

— Estás alterado, no necesitamos otro accidente por hoy.

— Anthony, Archie, por favor, controlen a la familia. Que todos continúen con sus actividades para el día. Traten de no alarmarlos. Esta visita al hospital es solo para los exámenes, traeré a Albert de vuelta, pero serán varias horas las que estaremos allá esperando turnos y esas cosas. Stear estará en comunicación sobre cada uno de nuestros pasos.

— ¿No necesitarás...

— Con Albert ya consciente, será quien de consentimiento para los exámenes y con los resultados en la mano es que se sabrá si hay que tomar decisiones, por lo pronto solo es una visita de rutina. Nada que requiera que formen un consejo para evaluar cada cosa que debe o no debe hacer.

— Entendido Candy, trataremos de mantener las cosas en calma por aca. Solo mantengannos informados porque será la única forma de evitar que se adueñen del hospital.

— Lo sé. Se claro que la amnesia puede ser tan temporal como dure el efecto del golpe, probablemente una vez que la inflamación ceda se podrá tener una mejor perspectiva. No dejes que eso los alarme.

Una vez que Candy se sube con Albert en la ambulancia, esta arranca y el ruido, los olores, la luz son demasiado para su dolor de cabeza.

— Candy, necesito algo para el dolor.

— Lo primero que hará el doctor cuando lleguemos es tratar tu dolor, así que aguanta un poco más. No te podían dar analgésicos mientras estabas inconsciente y si te doy algo lo suficientemente efectivo probablemente te adormezca y eso dificultará el diagnóstico. Te pido que soportes un poco más hasta que el doctor te examine. ¿comprendes?

— No será un paseo por el parque, lo entiendo.

— Y es solo el inicio.

— Lo has hecho muy bien, no te desanimas tan pronto.

— Gracias por los ánimos. Creo que eres el único que no me objetara.

— Nadie lo podría haber hecho mejor. Te agradezco lo que has hecho por mí y que te ocupes de las reacciones de los demás. Tu actuar tan seguro me produce un efecto calmante.

— Cuido de los míos. — Para refrendar esas palabras, Candy lo toma de la mano y Albert tiene el deseo irrefrenable de pedirle que tome su mano todo el tiempo que esté bajo escrutinio médico. Se siente vulnerable, desprotegido a merced de doctores que lo estudiaran y pincharan para saber que tiene y porque lo tiene. La formación de Candy como enfermera le permitió saber que esas palabras, cuando le prometió estar junto a él todo el tiempo, eran las apropiadas para alguien con su padecimiento.

— Me siento afortunado de que el destino haya puesto en mi camino a una enfermera como tu.

— Daré lo mejor de mi para cumplir con el destino

— Yo también, pequeña

Después de lo que pareció un largo viaje, la ambulancia por fin se detiene y las puertas se abren para permitir que saquen la camilla y lo ingresen al hospital.

Es una cacofonía de luces y voces que quisiera ignorar pero están hablando de él y esos retazos de información lo ayudan a saber un poco más sobre quien se supone es Albert.

— Paciente masculino, en sus 30's, traumatismos por caída de un 5° piso aproximadamente, diversos golpes y heridas superficiales contra la vegetación, contusiones relevantes en cabeza y cadera recibidos contra el concreto, probable amnesia. Responde con lucidez a cuestiones sobre su estado físico, no presenta confusión ni crisis ante la falta de recuerdos. Probable estado de shock.

A través de las palabras de Candy ante el doctor se da cuenta que había errado en muchas de sus suposiciones, sus tempranos 30 es mucha menos edad de la que había calculado, pero eso significa que el dolor es significativamente mayor al que había creído si está tan en plena forma como se debe esperar de alguien tan joven. También lo hace medianamente satisfecho que Candy sea tan dulce con él, no por ser un anciano, sino porque despierta su simpatía... o porque considera que está a un paso de una fuerte crisis.

Los estudios son, como había anticipado Candy, una verdadera molestia, recibe solo analgésicos moderados para que pueda cooperar, también recibe alimentos y ayuda con sus necesidades fisiológicas en determinado momento y es tremendamente embarazoso depender de alguien más por algo que debería ser natural. Está más allá del cansancio cuando su evaluación llega a su fin y recibe el medicamento necesario para que el dolor deje de ser un obstáculo para sentir que su cuerpo finalmente se de un merecido descanso.

No supo en qué momento dejaron el hospital, cayó en un sueño tan profundo que al despertar, la luz entraba en un ángulo diferente de la vez anterior y era Candy quien estaba en el sillón al lado de la cama leyendo un grueso volumen. Por desgracia, el asunto de la caída y su visita al

hospital no habían sido una pesadilla, porque detrás de ese día no existía ningún otro.

El dolor había vuelto y nuevamente necesitaba ayuda para todo.

— ¿Cuánto he dormido?

— No lo suficiente. ¿Cómo te sientes? ¿Alguna mejoría?

— El dolor y la amnesia persisten, así que diría que no.

— ¿Quieres desayunar?

— Entre muchas otras cosas. Me puedes ayudar por favor, creo que la posición para dormir fue incómoda y mi pierna derecha se acalabró.

— Te ayudaré con el aseo en lo que preparan tu desayuno.

Con la experiencia de haberlo hecho miles de veces, Candy tenía todo tipo de artículos y productos a la mano, no solo para sus necesidades, también para lavar sus dientes, rasurarlo, darle un baño de esponja y peinar su cabello. El pijama fresco era sorprendentemente suave y olía bien, así como las sábanas. Saber que tendría en su estómago alimento caliente lo hizo sentir aún mejor.

Candy no dejaba de enviar mensajes por su teléfono y las personas más allá de la habitación no entraban, solo llamaban y recogían o entregaban las cosas en la puerta a la enfermera. Admiraba el sistema, pero más lo admiraba que ella hubiera comprendido que él no quería que extraños lo vieran en esas condiciones.

OctoBert - Día 4. Empleo/Desempleo x Fran

Tengo al menos un **empleo**.

Una vez que desayunó y recibió sus dosis de medicamentos se sintió un poco perdido. ¿Qué iba a ser de su vida una vez que sus heridas sanarán y pudiera moverse? Le habían dicho que esta era su casa, pero que iba a hacer en ella y con las personas que están más allá de la puerta de su habitación.

— ¿Qué tan grande es el ejército que tienes allá fuera?

— ¿Cómo dices? ¿Qué ejército?

— Los empleados de la casa ¿son muchos?

— Veamos, hay dos camareras y una encargada en cada ala, las de las alas menos activas son antiguas empleadas que se niegan a jubilarse. Tienes un valet personal que se ocupa de tu ropa y otros detalles privados, hay 5 personas en la cocina, pero tienen diversos turnos y tareas, solo los verás juntos si hay visitas. Un jardinero, dos empleados generales, dos encargados de las cuerdas, dos chóferes y el personal de seguridad, mínimo un portero y dos que hacen rondas. Por último hay una ama de llaves y un mayordomo, ellos por supuesto, son los que controlan a tanto personal.

— ¿Es muy numerosa mi familia?

— ¡Oh sí! Los chicos aseguran que se cuentan por centenares. Pero no te abrumes, es familia lejana, política, etc, en su mayoría. La más cercana son dos tías, una prima, una hermana, sus respectivos cónyuges y los tres sobrinos que ya conociste ayer.

— ¿Quiénes viven aquí?

— Solo tu tía mayor, pero ocupa el ala de la casa que está más alejada de esta, donde están tus habitaciones.

— Es una casa enorme para tan pocas personas.

— Son 3 alas, derecha, izquierda y posterior, más el cuerpo principal donde se conectan y una casa en el lago. Y bueno, heredaste la casa, así que no tuviste elección en cuanto al tamaño.

— Un heredero. ¿No me digas que soy uno de esos parásitos que no tienen empleo y solo disfrutan del legado familiar? Con razón encuentro entretenido subir por las paredes de los edificios, que ocioso.

— Para nada. Trabajas y mucho. Había una reunión familiar y por eso casualmente estabas en casa. Tienes un horario de entre 10 y 14 horas diarias manejando las empresas familiares.

— No tengo vida entonces.

— En eso si estoy de acuerdo.

— ¿Qué va a pasar ahora con eso, con mi trabajo?

— Hay gente muy capaz que se hace cargo de eso. Archie, aunque no lo creas es un gran elemento en tu equipo empresarial y Georges, pues él te enseñó todo lo que sabes. Además es un experto en cubrir tus escapadas

— ¿Me escapo mucho?

— Antes, ahora ya no tanto. Pareces un rollo de canela, pero no lo eres del todo.

— No sé lo que parezco, no sé cómo luzco físicamente

— Sabía que llegaría este momento. Puedo traerte un espejo, pero solo si me aseguras que estás preparado para el impacto

— ¿Que impacto, tengo 3 ojos o soy demasiado guapo?

— No a lo primero, si a lo segundo, pero a lo que me refiero es que es parte de tu identidad y puede desencadenarte alguna reacción, ya sea que no eres como esperabas o choque con alguna laguna y quieras forzar a que salga a flote.

— Te prometo que no intentaré ir más allá de observar mis rasgos — En realidad ahora sentía curiosidad por lo que Candy consideraba demasiado guapo.

Dejando el libro sobre la mesa, Candy se levantó y se movió a uno de los muebles con cajones que se alineaban a una de las paredes que no estaba formada por ventanales y después de escudriñar un poco encontró un espejo de mano y se lo trajo a Albert.

No se sorprendió del cabello rubio y los ojos azules, los esperaba, pero sí del parecido con Anthony, de entre sus 3 sobrinos porque fue el que se mantuvo más callado.

— Háblame más de Anthony.

— Porque no esperas a que venga de visita y le preguntas tu mismo lo que quieras saber. Hay una larga lista de personas que quieren venir a verte personalmente y saber cómo estás.

— Supongo que eso es lo que debo hacer. ¿Cuánto tiempo más tengo que permanecer "absoluto reposo"? Me siento en desventaja recibiendo a la gente en la cama.

— El doctor vendrá más tarde, te resolverá cualquier duda.

— No hablas por los demás ¿verdad?

— Debo medir lo que te digo, no es propicio que caiga en una mentira o una exageración y cuando descubras la verdad, dudarás de todo cuanto te haya dicho.

— Apruebo esa política. Has demostrado ser la persona indicada para cuidar de mi. ¿Qué pasa con tu empleo? Cuando apareciste por primera vez dijiste que estabas en una cirugía.

— Pedí unos días libres. Hasta que entres en confianza con los empleados serviré como lazo entre tú y ellos, para que estén capacitados en cómo tratarte.

— Te agradezco por eso. No sé qué espera la gente de mi y ciertamente no espero nada de ellos, puedo herir sus sentimientos ya que no sé qué tanta cercanía hay entre cualquiera de ellos y yo.

— No me agradezcas todavía. Hay algo que quiero pedirte.

— Lo que sea que esté en mis manos.

— Todos han entendido la situación y esperarán para verte, excepto tu tía.

— ¿Es algo bueno o malo?. Tu cara muestra pena pero también como si fuera algo que estás decidida a evitar.

— Tu tía Elroy es mayor y está acostumbrada a llevar el control. Espera que el mundo se adapte a ella y no al revés. Entiendo que quiera comprobar si estás bien, yo soy más imprudente que ella en ese aspecto

pero no creo que entienda los alcances de tu condición. Cree que mantenerlos distantes es un mero capricho mío.

— ¿Eso te enfada?

— Ella nunca ha confiado en mí.

— Entonces hazla pasar ahora que los analgésicos están surtiendo efecto y me sentiré ligeramente aletargado para que me afecte su comportamiento. También le diré que todo lo que haces es por instrucciones mías.

— No tienes que decirle eso. Creerá que te pedí que me defendieras.

— No tienes que pedírmelo. Estoy de tu lado porque te conozco y no recuerdo a mi tía.

— Ella ya vio que estás vivo y el estado de tus heridas. Te vieron al regresar del hospital y el doctor habló con ellos.

— Es del tipo de personas de ver para creer ¿no es así?

— Así somos muchos, tenemos que cerciorarnos por nosotros mismos que los que nos importan están bien.

— Hagámoslo y esperemos que todo salga bien.

— Reúne tu aplomo y respira lentamente para prepararte mientras la voy a buscar y la traigo ¿De acuerdo?

— De acuerdo.

La puerta se cerró cuando Candy se fue y Albert hizo lo que le recomendó, respirar. No era ansiedad, curiosidad o algo que pudiera nombrar, pero la

expresión de Candy era más sombría que cuando se había enterado de su amnesia, como si aquello fuera algo que puede manejar, pero a su tía no.

La señora que entró por la puerta era más imponente de lo que había esperado, su pelo ya era gris, sus ojos oscuros carecían de brillo y parecían haber visto cosas que una persona común no es capaz siquiera de imaginar. Su ropa oscura era del tipo que usan las tías de las historias de miedo.

— ¡William! Mira como has quedado. Esos golpes en tu cara y sin poder moverte.

— Hola tía. Me dijo Candy que el doctor ya les había hablado de mi estado y que entraron a verme mientras dormía. No entiendo porque te sorprendes.

— Eres incorregible, William. Te divierte mi preocupación.

— Sé que están preocupados. Con seguir las indicaciones del doctor y los cuidados de mi enfermera mejoraré.

— El doctor y tu "enfermera" nos mantienen alejados.

— No es como si otras personas pudieran hacer algo para que mejore mágicamente.

— Eres el mismo impertinente de siempre. ¿Cómo es eso de que has olvidado a tu familia?

— A mi familia, a mi pasado, a mis amigos, a mi mismo.

— ¿Te das cuenta de lo que significa eso? Hay personas que solo harán negocios con la empresa si es cara a cara contigo. Vuelve a estar en riesgo la continuidad de la familia porque no tienes hijos todavía. Dependemos tanto de ti y tu nos haces esto.

— ¡Basta! - La voz tan oportuna que interrumpió el reclamo de su tía no era la de Albert, era la de Candy

Su cara era feroz cuando entró a la habitación y se llevó a la señora del brazo.

— Candice, ¿Qué crees que estás haciendo?

— Tía abuela, debería pensar en Albert antes que en usted. Él se encuentra solo, sin confianza o relaciones con cualquiera de nosotros, mientras que los demás nos podemos apoyar entre sí para enfrentar este duro golpe y no sentir que lo hemos perdido.

— Somos su familia, no puedes impedirnos que convivamos con él.

— Eso no es lo que he dicho. Las órdenes del doctor es que le evitemos situaciones estresantes. Si intentan hacer que recuerde, él se sentirá decepcionado de no poder hacerlo.

— De qué otra manera podemos hacerle sentir lo mucho que nos importa.

— Le diré lo mismo que le he dicho a los empleados, trátenlo como un invitado de la familia, sean agradables, simpáticos, dense a conocer.

— No nos puedes poner al mismo nivel que los empleados. Mucho menos que nos debamos ganar su cariño nuevamente.

— Para Albert somos igual de desconocidos. Unos extraños, sin importar que haya lazos de sangre, sentimientos de por medio o solo estemos por un sueldo.

— Eres una hija de los Andrew, Candice. Compórtate como tal.

— Antes que nada soy una enfermera y si eso es lo que Albert necesita de mí en este momento es lo que haré.

— No nos llevamos bien, el único respeto que tenía por mi era porque soy la hermana mayor de su padre. Ahora ni siquiera tendré eso.

— Lo sé, lo sé. Siempre que necesite hablar cuenta conmigo y en el momento en que Albert acepté ver al terapeuta, trabajaremos juntos y quizás incluso tomemos una sesión o dos para resolver nuestros propios mecanismos de afrontamiento.

— Terapeutas, ¡qué van a decir los demás cuando se enteren!.

— Van a decir que nos preocupamos y ocupamos de nuestra salud mental y emocional.

— Simplemente no puedo con las nuevas generaciones que les importa tan poco el buen nombre de una familia como la nuestra.

— Los tiempos cambian y somos menos hipócritas y atentos a las apariencias, tía abuela.

— Eres imposible. Cuida de William y yo buscaré mi medicamento para la migraña que me han provocado ustedes.

— Cuídese, tía abuela. Más tarde iré a checarle la presión.

— Haz lo que quieras, como siempre.

OctoBert - Día 5. Columpiox Fran

En el vaivén del **columpio**.

De nuevo en la habitación, la expresión de Candy era cautelosa.

— Lo siento, sabía que pasaría, debí haberlo manejado sola.

— ¿William?

— Es hora de más revelaciones. Tu nombre completo es William Albert Andrew. Tu familia es en realidad un sistema antiguo de sociedad patriarcal escocesa. Se llaman clan y no solo lo compone la familia directa, la indirecta, la política, sino con quienes se relacionan en cierto grado por negocios y por favores. Tu eres descendiente directo de un hombre que se le ocurrió forzar a su hijo mayor a llevar su mismo nombre y su misma carga o expandirla, si era posible, y así sucesivamente esos hijos pasaron la maldición a sus siguientes hijos hasta llegar a ti.

— No eres aficionada del clan

— Cuando era más joven lo veía como una cosa increíble, sobre la que se escribían las novelas. Después de haberlo vivido en carne propia, de estar obligada a no solo disfrutar de los beneficios sino también de algunas obligaciones, creo que el costo es muy alto. Tampoco me gusta como tienes que sacrificar tu tiempo para mantener esa arcaica forma de vida. Uno debería ser lo que quisiera ser.

— Por eso elegiste ser enfermera.

— No es lo que en la familia consideran una forma respetable de ganarse la vida, pero hay una diferencia entre querer ayudar a los demás, estar en esos actos de caridad y beneficencia y realmente ayudar a la gente a que esté mejor.

— ¿De qué manera eres una hija de los Andrew?

— Ese tema es aún más complejo. No queremos que sobrecargues de información tu mente.

— Por favor, mira que no hago nada en esta cama, más que mirar el techo.

— Puedo ponerte música, tal vez la televisión, aunque no las noticias.

— Eso es aburrido. Platica conmigo.

- Serán temas simples.
- Cuéntame cosas tuyas que sean simples.
- En realidad, tengo algunos ejercicios para averiguar los alcances de tu memoria y tus habilidades mentales. También tienes pendiente ir descubriendo lo que te rodea y afecta personalmente antes de ponerte al día en la vida de tu enfermera.
- Qué remedio.

El doctor fue más permisivo de lo que Candy aprobaba. Dos días después, a Albert se le permitió levantarse e ir al baño por sí solo. Lo que trajo más gente a su vida, primero entró Cecil, su valet, que lo asistía con las cosas de su aseo personal y para apoyarlo mientras se movía de la cama al baño o para sentarse en una silla y Dorothy, el ama de llaves, que se encargaba de limpiar la habitación. Ambos se presentaron muy formales, le dijeron cuales eran sus labores y esperaban que él tuviera confianza en ellos para pedirles lo que necesitara. Claramente se veía la mano de Candy en ese trato.

Su tía Elroy pasaba todos los días por su habitación, limitándose a saludar y preguntar como iba todo. Albert no sabía cómo no sonar impertinente a los oídos de la anciana, así que de igual manera se mantenía en los temas superficiales, el clima, lo que pasa en su limitado entorno. Con Candy se le ocurrían mil preguntas, que ella no se dignaba a contestar, de la misma forma en que no se le ocurría ninguna para conocer mejor a su tía. No, si iba a ser una repetición de su primera visita en la que él era el responsable de su desasosiego.

También recibía tarjetas y arreglos florales de otros miembros de la familia. Stear envió un muñeco de peluche que Candy de inmediato retiró de sus manos y lo puso en la parte más alta de una estantería. Las rosas de Anthony las mantuvo más cerca que cualquier otro de los arreglos porque hicieron sonreír a Candy al grado que sus ojos tan cansados de cuidarlo día y noche se iluminaron. Archie envió una revista, que no pudo leer

porque aun le dolía la cabeza, pero Candy le leyó un par de artículos que recomendó su sobrino.

Se quedó dormido escuchando a Candy y cuando despertó estaba solo en la habitación, lo que era una novedad, ya que ella no se había despegado de su lado desde que entró como un bólido, el día del accidente. La llamó, pero no obtuvo respuesta.

Las cortinas seguían cerradas para controlar la entrada de la luz, recordó que en el baño había un par de gafas oscuras y fue por ellas para poder ver que había más allá. Una de las ventanas daba al frente de la casa, había un jardín con diseño geométrico en los arbustos, una fuente y un camino pavimentado donde estaba estacionado un auto. El camino que conducía hasta la casa se perdía entre los árboles, ni siquiera se alcanzaba a ver el portón de la entrada.

La otra ventana daba a un balcón, tenía un juego de jardín más dos grandes bancos colgaban con cadenas desde el techo para servir de columpio, y se conectaba con el de la habitación de al lado. No sabía si esa era la habitación que ocupaba Candy, se asomó pero estaban cerradas las cortinas, no pudo ver si su ocupante estaba dentro. Desde el barandal se veía una pequeña explanada, más muebles de jardín y toda la vegetación prolijamente arreglada, hasta abrirse nuevamente espacio a la alberca.

La voz de Candy llegó fuerte, sustrayendolo de estar contemplando la posibilidad de mover su convalecencia al área de la alberca.

— Me dicen que todos han firmado el contrato de confidencialidad, pero les solicitó encarecidamente que mantengan en silencio el estado del señor Andrew. Ni a los miembros de su familia les deben decir una palabra, mucho menos a los demás empleados.

— Sí señora.

— Por favor, no me digan señora. Me hace sentir que tengo a la tía abuela acechando en mi espalda.

— Sí, Candy.

— Como saben, el accidente que ocurrió hace unos días tuvo secuelas en el señor Andrew. Afortunadamente no su estado físico, pero su memoria quedó afectada. Ha estado asimilando y reteniendo bien la información que le hemos suministrado, por el momento solo han tenido contacto con él la señora Elroy y Archie, Anthony y Stear, de la familia y del personal Dorothy y Cecil, pero eso va a cambiar porque el doctor autorizó que se integre a actividades cotidianas, así que comenzará a tomar sus alimentos en el comedor y a deambular por la casa.

— Que bien que ya esté mejor.

— Será un alivio ver al señor de nuevo rondando por la mansión.

No reconocía las voces, pero sonaban genuinas en su alegría por la mejoría en su salud. A pesar de estar en el tercer piso, el viento debía estar a favor porque escuchaba todo claramente. Tomó asiento en uno de los columpios y siguió escuchando lo que Candy recomendaba para sus cuidados. Era ridículo que un hombre adulto se sintiera con deseos de ser mimado de la forma en que ella lo hacía.

— Les agradeceré que lo hagan sentir bien recibido, para él será un poco intimidante relacionarse con quienes considera unos extraños, así que trátenlo como a un invitado. Se presentan, le repiten sus nombres hasta que él pueda reconocerlos y llamarlos espontáneamente y deben hacerle saber cuál es su puesto y en que le pueden prestar ayuda. Aún no sabemos que tanto recuerda, por lo pronto no a las personas cercanas y los detalles de su vida. Tiene vagas nociones de un montón de temas, así que no es que les vaya a preguntar si la tierra es redonda o si un león es peligroso. Pero habrá preguntas cotidianas y les pido que no den más información de la estrictamente necesaria, no divulguen nada de otras personas, solo de ustedes y de sus interacciones con el señor, porque afectará a su recuperación que haya recuerdos implantados, en caso de recordar se confundirá si fue algo que le dijeron o algo que ha salido a flote.

— ¿Pero no le ayudará a recordar si se encuentra con sus cosas familiares?

— Aun cuando la causa de la amnesia parece deberse al trauma por la caída, últimamente estaba muy estresado por el trabajo, así que los doctores no han descartado que se hayan sumado ambas cosas. Algo que tienen que saber es que la principal causa de estrés entre los pacientes de amnesia se debe especialmente al impacto psicológico que se sufre al no recordar.

— Entendido Candy. Evitaremos dejarnos llevar por la costumbre y no presionaremos con cosas que dábamos por hecho.

— Si, queremos ayudar y haremos lo que digas.

— No podía esperar menos de ustedes y deben estar atentos a los cambios. Como se han dado cuenta se ha reducido el personal hasta quedar solo con el esencial y Dorothy y Sebastian han elaborado un horario para que ciertas tareas se hagan en turnos alternos cuando Albert está descansando u ocupado en otro lado. Él también será advertido de estos arreglos para que no haya desencuentros. Coordinense con ellos y traten de seguir al pie de la letra las instrucciones.

OctoBert - Día 6. Malentendidos x Fran

Fuimos **malentendidos**.

La conversación siguió haciendo un desglose del personal, sus labores, sus horarios, pero Albert dejó de prestar atención y se concentró en las palabras de Candy sobre su evolución. Era cierto que en un principio no tuvo tiempo de alterarse por la pérdida de su memoria porque el dolor lo estaba sobrepasando y la presencia de Candy sirvió para ordenar las prioridades. Desde ese primer momento ella ha tomado el control y lo ha relevado de la ansiedad que estaría sufriendo si fueran otras las condiciones. Comprender que está siendo atendido y la gente a su alrededor está más que dispuesta a colaborar para favorecer a su recuperación lo ha salvado de enloquecer.

Las voces disminuyen hasta que solo quedan Candy y Dorothy, cuando Dorothy se despide, Albert espera que Candy suba a verlo, pero desde el balcón puede ver como ella se dirige hacia uno de los jardines cercanos y se pierde entre los arcos de rosas.

Aun cuando el clima es agradable, la vista y la comodidad del columpio, Albert prefiere volver a la habitación a esperar a Candy ya que no puede ir a buscarla sin perderse en esa enorme casa. Como las gafas fueron de mucha ayuda las mantiene en la mesita de noche. Piensa en los cambios que vendrán, en poder ir más allá de las paredes de su habitación, de conocer esa casa que parece un museo, de hacer un poco de ejercicio en el jardín. Le preocupaba un poco la gente, pero después de lo que escuchó se siente más tranquilo.

No había pensado mucho en su recuperación, tenía la idea de que su memoria volvería cuando su cabeza se sintiera mejor, pero ni una cosa ni

otra han sucedido. Quizá se contraponían su deseo de recuperarse con tener que mantener la calma. Al igual que sus empleados iba a seguir las instrucciones de Candy al pie de la letra. La vida de William Albert Andrew parecía muy complicada, pero también tenía muchas ventajas por la atención de primera que está recibiendo.

Los ejercicios de Candy para determinar sus capacidades abarcaban muchas materias, no recordaba que sabía exactamente, pero en el instante en que ella formulaba la pregunta, la respuesta parecía fluir espontáneamente. El vacío negro que dominaba su mente el primer día ahora tenía diminutos puntos de color, Albert hubiera querido explorarlos, pero Candy se negaba a profundizar en las áreas donde sus nociones se topaban con pared. Debe venir de manera natural, repetía tantas veces que tal vez debería convencerse que ese será el modo en que su memoria regrese.

Los cambios continuaron y otra persona se integró al personal, una segunda enfermera que enviaron los demás miembros de la familia para que Candy pudiera descansar. La forma tan rápida en que cedió después de su inicial resistencia indicaron cuán cansada estaba si no tuvo la energía para pelear contra esa sugerencia. La rutina de Helen, su nueva enfermera era casi invisible, venía cada dos horas a verificar sus signos vitales, darle sus medicamentos y regresaba al área del personal, donde quiera que estuviera. Candy recibía un informe detallado antes de que Helen terminara su turno.

Con mayor independencia para valerse por sí mismo, Helen y Cecil pasaban menos tiempo con Albert y él podía andar a sus anchas en la gran recámara. Examinó los libros y era una pena que aún le molestara la cabeza, ya que había títulos muy interesantes. Las cosas personales no le interesaban, no se sentía conectado con los artículos lujosos, tampoco lo que hubiera en el vestidor, usaba lo que Candy o Cecil elegían para él, que

aun no iba más allá de las pijamas, muchos de sus vendajes se habían ido, pero aun quedaban unas heridas que requerían cuidados y sus moretones eran de todos colores, verdes, morados, amarillos, por lo que todavía eran necesarias las telas suaves.

Con el desayuno en el comedor, comenzaron también las visitas. Por lo regular alguno de sus sobrinos se presentaba. Como su tía desayunaba muy temprano la veía a la hora de la comida y por lo regular estaba muy cansado para bajar para la cena. Era Candy quien mantenía el flujo de las conversaciones y se veía que hacía un gran esfuerzo en tocar temas en los que Albert pudiera participar y que no tuvieran que ver con su relación personal.

Resultó que todos ellos eran muy cultos, hablaban sin parar de temas de cultura general, un poco de actualidad, de arte, de deportes, entretenimiento y hasta de ciencia y tecnología. Pronto se sintió entre amigos.

Sus sobrinos eran muy extrovertidos, principalmente Stear. Le contó que era inventor y que estaba de vacaciones de sus estudios en Alemania, su área de especialización era la robótica y los procesos automatizados. Se sentía tan orgulloso de sus logros aunque a su hermano y su primo no les parecían tan exitosos, reconocían que su ingenio era inigualable, su ejecución no tanto.

Archie era administrador y su fuerte eran las estadísticas, le fascinaba todo lo que tenía que ver con el mercado, el consumidor final, la satisfacción del cliente. No solo en su trabajo, sino también en su persona, para él era imperativo estar a la vanguardia y presumía que pocas veces se equivocaba en sus proyecciones. En realidad presumía de muchas cosas, de su buen gusto, de su apariencia, de su encanto. Su vanidad era motivo de mofa para su hermano y su primo.

Anthony resultó ser el más cercano a él, era hijo de su hermana Rosemary. Seguramente se había propuesto allanar el camino a su madre porque

hablaba constantemente de ella y como trabajaban juntos en el jardín. Ambos eran botánicos y Anthony además era genetista, había ganado concursos internacionales creando nuevas especies y mejorando algunas otras. La pasión de madre e hijo eran las rosas y todas con las que contaba el jardín habían sido plantadas por ellos. No era tan abierto como sus primos, pero igual tenía mucha fuerza de carácter, se había destacado por mantenerse muy firme en las discusiones que se presentaban con relativa frecuencia.

No fue insólito enterarse que su tía Elroy, trabajaba en las empresas familiares. Su labor, como era de esperar, consistía en mantener el buen nombre de la empresa vía el departamento de relaciones públicas. Constantemente estaba organizando eventos para los inversores, socios y clientes, supervisando las promociones para los clientes y las actividades recreativas de los empleados. Era la persona con más contactos en el mundo a decir de sus sobrinos. Probablemente ellos sean muy exagerados, pero Candy también tiene la idea de que ella es una mujer que puede hacer que se hagan las cosas conforme a sus deseos y para eso se necesita una capacidad que no solo da el dinero.

Tanto Archie como Stear hablaban sin reservas de sus novias. Anthony alegaba que tenía mucho trabajo para distraerse y su tía era una viuda dedicada a la empresa también.

El momento en que tocaron el tema de sus relaciones románticas volvió a poner a Albert en ese estado que podía estarle fallando a una persona si no recordaba tener sentimientos por ella. Aunque le habían dicho que vivía solo con la tía abuela en esa enorme residencia, bien podría estar teniendo citas con alguien y si le están prohibiendo la entrada a la casa, le está causando daño sin querer.

Más tarde al comentar con Candy si no había una chica en su vida, ella intentó negarse a seguir esa conversación con la misma excusa de siempre, sobre su salud.

— No te gustan las chicas — espetó secamente, disgustada por su insistencia.

— ¿En serio? Creo que me están empezando a gustar.

— Debe ser un síntoma de la amnesia retrógrada, quizá tu maduración psicológica esté en algún punto de tu adolescencia y por eso te atraen a las que consideras de tu misma edad

— ¿Dices que en algún tiempo me gustaron las mujeres y después ya no?

— Dije que no te gustaban las chicas. Les decías en su cara a las chicas que parecían muy ilusionadas contigo que no dejabas de verlas como una hermanita.

— Ufff vaya malentendidos

— ¿Cual malentendido? ¿Qué creías que te di a entender?

— Pues eso, tú hacías diferencia entre chicas y mujeres y yo creí que al no gustarme las chicas, me gustaban los chicos.

— Jajajaja. Si lo hicieras, no te faltarían pretendientes tampoco.

— Tienes una linda sonrisa. Una ventaja de la amnesia es poder descubrirla por primera vez.

La manera en que ella se sonrojó valió quedarse sin respuesta sobre las relaciones románticas en su vida.

OctoBert - Día 7. Hospital x Fran

De vuelta al hospital.

Un ejercicio que Candy le ha asignado consiste en elaborar un calendario con las cosas que va conociendo día a día. Esto, supuestamente, le ayudará a formar conexiones y no todo se le tendrá que ser revelado. Hace una cosa diferente cada día.

Ha conocido a los empleados que estaban al tanto de su condición, Sebastian, el mayordomo; Sally, la doncella asignada para la limpieza de su habitación; James, el chofer y Joe, el jefe de seguridad. Todos han probado su confianza en el pasado y lo debían haber hecho, a excepción de Dorothy, todos eran personas que contaban que rondaban los 50 años de edad, probablemente trabajaban para los Andrew desde que Albert era un niño.

Ha recorrido la casa, tal como Candy dijo la residencia tenía diferentes alas, tan solo el ala principal tiene 5 plantas, las alas laterales cuentan con 4 plantas y están destinadas, una para recibir a la familia, donde también está la cochera y las habitaciones del personal y otra para los invitados donde hay una alberca techada y un invernadero y en el ala posterior con tres pisos donde hay una torre con un reloj, además cuenta con todo tipo de habitaciones, muchas de ellas meros almacenes donde se guarda ropa de temporada, adornos de decoración, muebles y equipo de repuesto, talleres de reparación y mantenimiento de las distintas cosas que se necesitan para que la mansión esté siempre impecable y otro tipo de estancias para diversión como la sala de cine o la de juegos. Así como un pequeño museo familiar donde se va integrando la historia de los Andrew y al cual no pudo entrar para no afectar su evolución.

Incluso ha ido en auto a dar una vuelta por la ciudad, si bien no le era extraña tampoco era capaz de reconocer los edificios y lugares que le señalaban. Tantos llamaron su atención que Candy se percató de sus intentos por retener los nombres de las calles y hacia donde estaban orientados para visitarlos nuevamente, por lo que ella le anticipó que diariamente James lo podría conducir por un sector diferente de la ciudad para que la conozca y pronto pueda andar por las calles sin necesidad de un guía.

Al enterarse de los paseos, su tía Elroy manifestó su acuerdo, en palabras de ella, que lo vieran nuevamente entrar y salir de la mansión era una buena forma de mantener las apariencias para que no empiecen a circular rumores sobre el daño de su accidente.

Si bien Albert pasaba la mayor parte de su tiempo en el ala principal, el ala de invitados se conectaba mediante un hermoso corredor donde la luz no era tan intensa en las primeras horas de la tarde. Después del primer recorrido que tuvo para conocer la mayor parte de la casa, Albert hizo de ese lugar su favorito para estar antes de la hora de la comida.

Desde el segundo piso se podían los jardines, los cuales no podía disfrutar por mucho tiempo por que su dolor de cabeza de intensificaba a causa de la luz por lo que se lo mostraban al anochecer y realmente no prestaba atención entre pasillos y pasillos de vegetación que le parecían tan similares unos a otros. Sin embargo desde su puesto de observación podía acompañar desde la distancia a Candy cuando tomaba sus descansos. El jardín era su lugar preferido y frecuentemente la veía regresar llena de energía de esos paseos.

En esta ocasión el peso sobre sus hombros parecía mayor que el acostumbrado mientras se perdía entre los arcos de rosas. Algo andaba mal con ella y sin detenerse a pensarlo fue al elevador y llegó a la planta baja antes de darse cuenta de que no sabía cuál camino habrá seguido Candy. Tomó las gafas oscuras del bolsillo de su camisa y avanzó hacia el lugar que coincidía en el mismo ángulo de su puesto de observación.

Los arcos de rosas eran numerosos pero finalmente encontró a Candy en un rincón muy discreto donde había un pabellón escondido con enredaderas y un par de bancos desde donde contemplar la naturaleza. Hubiera pasado de largo de no ser por los sollozos que surgían de ahí.

— ¿Estás bien pequeña?

— Albert ¿pasa algo? ¿qué necesitas?

— Estoy bien, parece que tu no.

— Las mujeres a veces no podemos evitar ponernos emocionales ¿sabes?

— ¿Es algo que tiene que ver con la familia?

— Soy huérfana, mi familia es tu familia. Ellos están bien.

— Hasta donde sabemos. ¿Es tu trabajo?.

— Debo volver al hospital pronto, pero tú estás mejor, así que eso es una buena noticia ¿no?

— ¿Te irás de casa si vuelves al hospital?

— Me puedo quedar si así lo quieres, pero solo estaré supervisando el trabajo de Helen.

— Prefiero tu compañía que tus cuidados.

— Eres tan lindo. Gracias por intentar hacerme sentir mejor.

— Pero aun no lo consigo. Si no es la familia ni el trabajo ¿Acaso es un novio?

— Ya no somos novios hace tiempo.

— Esas lágrimas son porque quieres estar con él nuevamente

— Él me olvidó.

— Eres muy joven, ya te enamorarás de alguien más

— Lo dudo

— No me digas que era el amor de tu vida

— Vas a pensar que es una cursilería, pero siempre creí en encontrar al Príncipe de mis sueños

— ¿Y tu exnovio era ese Príncipe?

— Es difícil de explicar. Desde que era niña he estado sintiendo cosas por él. Me enamoré de otros chicos y los pude dejar porque no éramos amigos, porque no nos teníamos confianza, porque no había otra cosa

más allá de la atracción física, porque no nos comprendíamos, etc. Pero no a él, porque era una especie de pieza de ajedrez que no sigue una línea determinada y cubría un amplio espectro de mis necesidades afectivas, para cuando esos sentimientos que tenía por él se tornaron en atracción fue algo infinitamente diferente a lo que antes había creído que era estar enamorada. Él es alguien con quien más que depositar cualquier sentimiento romántico, le puedes confiar cualquier plan de vida y se compromete con ello. Nos hicimos muy felices cuando compartimos nuestros sentimientos.

— Entonces siéntete afortunada de haber conocido a una persona que despertó todo eso en ti. No es algo común.

— Lo sé.

— Probablemente tu exnovio tampoco vuelva a encontrar un amor así.

— No digas eso. Él debe poder volver a ser así de feliz o mucho más.

— Si se presenta la oportunidad de que lo vuelvas a reconquistar no dudes en pedir que te brinde toda la ayuda que puedas necesitar.

— ¿En serio, harías eso por mí?

— Es bueno que no escuchen esto los demás, pero te has convertido en mi persona favorita hasta el momento.

— Gracias Albert.

— No he hecho nada aun.

— No es necesario, con que me escuches y no me juzgues, ni límites es suficiente.

— Pan comido.

— Cuando te portas así ni parece que hayas olvidado quién eres.

Actuabas tal cual cuando te contaba mis problemas.

— Extrañas mucho al viejo Albert ¿eh?

— Eso creía, pero conforme vas recuperando tu condición física y van aflorando detalles de tu personalidad me hace sentir que vas a mejorar.

— Ay Pequeña, me vas a hacer tanta falta cuando regreses al hospital. Nadie como tú para confiar en que cada cosa nueva con la que batallo significa un avance.

- Claro que sí. ¡Mírate ahora! Saliste al jardín pese a la intensidad de la luz.
- Si contará con unas gafas más oscuras lo haría más seguido.
- Vamos, en tu vestidor debes tener no una, sino 20
- Por qué son tan derrochadores estos Andrew
- Mueves la economía. El dinero debe circular no acapararse en el calabozo del dragón.
- Eso ni tu te lo crees
- Era lo que me decías al comprarme un regalo muy caro.
- Creo que el viejo Albert es un embustero, pero de todos modos, cuando maneje algo de dinero te compraré algo muy caro.
- Jajaja.

En su habitación, Candy le mostró donde guardaba sus anteojos, parecía ser un coleccionista porque había dos cajones con 16 pares de lentes cada uno y solo de uso diario. Había otros tantos de diseños exclusivos en otro apartado del vestidor. Era tan grande el espacio para guardar su ropa que aun teniendo tanta no lo llenaba en su totalidad. Había estantes vacíos y la ropa colgada se distribuía con mucho espacio entre gancho y gancho. Desde luego hizo comentarios al respecto que hicieron reír a Candy. Era más agradable verla reír que llorar.

Con los días contados para que Candy dejará de ser su enfermera se intensificaron los ejercicios para fortalecer su memoria y comenzó a ir al gimnasio, ubicado en el piso de arriba, para hacer la rehabilitación de sus nervios, debilitados a raíz de los golpes que recibió, y para estirar su espalda. El doctor también lo dió de alta y recomendó que comenzará lo más pronto posible la terapia con el psiquiatra.

La tía Elroy se oponía porque para ella era una afrenta que un miembro de la familia fuera visto visitando un doctor de ese tipo y que iba a ser un riesgo poner en tela de juicio la estabilidad mental del hombre que tenía en sus manos el destino económico de una gran corporación. Para Albert la

sola idea de sentirse examinado hasta su más pequeño pensamiento le causaba rechazo y estuvo de acuerdo con su tía.

El día que Candy regresó a su puesto en el hospital se convocó también a una junta para establecer cómo se reincorporaría Albert a su puesto en las empresas Andrew.

OctoBert - Día 8. Sol x Fran

Eres como el sol.

Dos nuevas personas iban a entrar en su vida e iban a ser el total de las que estarían enteradas de su amnesia. Su hermana Rosemary quien llegaría con Anthony en unos momentos y era la persona que más sabía sobre los primeros años de su vida y Georges con quien empezaría a trabajar para encontrar la forma de reintegrarse a su puesto.

Impacientemente esperaba en la entrada al comedor cuando se escuchó el timbre de la puerta principal. Sabía algunas cosas que sus sobrinos le habían contado sobre su hermana. Una hermana, una persona con la cual creció y por la que ahora no era capaz de albergar un sentimiento. No quería causarle una decepción así a una persona para quien era tan importante. Pero la vida seguía y tenían que aprender a vivir con las limitaciones de Albert.

Sin lugar a dudas los Andrew estaba compuesto por mujeres impresionantes. Rosemary entró acompañada de Anthony y era una mujer maravillosa, la más alta que había conocido hasta el momento, con un porte magnífico, perfectamente peinada y maquillada y su ropa le quedaba a la medida. Su cabello rubio y sus ojos verdes con un asomo de brillo infantil tiraron algo en su pecho que se sintió familiar. Esa bella mujer avanzó antes siquiera de presentarse y lo envolvió en un abrazo.

— Pequeño Bert, me tenías tan preocupada.

— Rosemary, me alegro mucho de conocerte de nuevo.

— Cielos. Tantas veces que te recrimine que me olvidabas porque no avisabas donde andabas, no llamabas y no teníamos noticias tuyas y ahora que es verdad, siento que no debí haber exagerado tanto. Se siente como si de tanto repetirlo se ha convertido en realidad.

— No llores, por favor. Tus ojos son hermosos llenos de lágrimas, pero te apuesto a que eres aún más hermosa cuando sonríes.

— Al menos no has perdido el buen gusto. — Se colgó de su brazo y empezó a caminar directo al comedor. Su hijo los siguió y con un gesto saludó a Albert, consciente de que este momento era para Rosemary. — Anthony y Candy siempre eran muy positivos cuando contaban lo bien que estabas y como lo habías tomado de la mejor manera, pero tenía que verlo con mis propios ojos. Creo que el doctor alucinaba cada vez que veía mi número aparecer en su teléfono de tantas veces que lo llame para que nos diera la buena noticia de que había descubierto cómo devolverte la memoria.

— Entiendo tu impaciencia. Tras cada examen y análisis, lo único que llegaban a saber era qué tipo de amnesia me afectaba, pero no sabían nada de cómo curarla.

— ¿Cómo te sientes?

— Perdido. Todos son muy amables, tengo todo lo que necesito y hasta más, pero no dejo de sentirme fuera de lugar.

— Siempre fuiste muy independiente, tener a personas diciendo que hacer y a quien acercarte debe hacer renacer esa rebeldía tan arraigada en ti.

— ¿Yo, un rebelde?

— Si bien no era que rompieras cosas o atacaras a las autoridades, solo acostumbrabas hacer las cosas a tu manera, sin importar lo que la familia o la sociedad insistiera en imponer.

— Bien, porque me siento inquieto, pero no belicoso.

— Desde bebe siempre fuiste un amor, muy sonriente, simpático y muy dado a ofrecer una mano a quien lo necesite. Pero pasaste mucho tiempo a solas y eso te condicionó a inventar tus propias reglas en un mundo propio. No cualquiera era bienvenido ahí.

— Gracias Rosemary, eso me ayuda a aprender a conocerme a mí mismo.

— No agradezcas. Queremos que estés bien. Ah y llámame Rosy.

— De acuerdo Rosy, ¿que fue eso de pequeño Bert? Soy más alto que tú.

— En el momento en que alcanzaste mi estatura rechazaste mi mote cariñoso, por un tiempo fuimos Bert y Ross, agentes del desorden.

— Estaré encantado de escuchar las anécdotas de los agentes del desorden.

— Serán unas pocas. Nos han recomendado que acompañemos de material gráfico cualquier cosa del pasado que te contemos para no dar lugar a falsos recuerdos. No nos grabábamos cometiendo travesuras.

Después de desayunar ocuparon una pequeña sala. Los esperaban algunos álbumes fotográficos, la mayoría de las imágenes eran de los cumpleaños de Anthony, sus primeros 4 años abundaban imágenes de ellos juntos, en los siguientes Albert aparecía distanciado hasta que ya no se le veía más. Fue cuando se marchó a estudiar al extranjero, le explicaron.

Los recuerdos de Anthony eran escasos, lo relacionaba más con verlo cerca de su mamá que las veces que jugaron juntos, solía haber tantos miembros de la familia que tendía a confundirlos unos con otros. Resulta que se reencontraron hasta que ambos eran adultos y fue una revelación para su sobrino saber que existía un tío Bert.

Tras ese primer encuentro con su hermana, sus visitas fueron muy frecuentes. No siempre veían fotografías y vídeos de sus momentos compartidos, ella tenía una vida muy activa, un matrimonio a distancia con el capitán de un barco, su hijo, sus amigas, su trabajo, sus rosas, su labor en la fundación Andrew. Fue tan fácil establecer un lazo con esa mujer llena de vida y de amor por todo lo que la rodeaba.

Respecto a Georges no sabía qué esperar. El día que lo visitaría había cierta efervescencia entre los habitantes de la casa. Dorothy se aseguró que la biblioteca estuviera impecable, Cecil le escogió un traje con "mucho estilo" y se aseguró que contará con los accesorios adecuados, la tía Elroy tenía una especie de sonrisa en su rostro y Candy lo miraba como si fuera un pequeño que se dirige a su primer día de escuela.

Nadie le había dicho a Albert mucho sobre Georges. Sabía que era su mano derecha en los negocios, que aprendió mucho de él, así que se imaginaba a alguien mayor, más cercano a la edad de la tía Elroy y no a la de su hermana, como resultó ser. También se saltaron la fórmula empleada con Rosemary y fuera Archie quien lo acompañará para facilitar la transición, pero no fue así.

Georges Villiers cruzó la puerta de la biblioteca donde Albert lo esperaba y su rostro no mostró ningún indicio de sorpresa, camaradería o familiaridad. Hizo una pequeña reverencia, lo saludo llamándolo señor William y se presentó con su nombre y la labor que desempeñaría en su visita. Le resultaba difícil de creer que la persona que todos le describían como Albert, afable, abierto, transgresor pudiera trabajar codo a codo con alguien tan impasible como Georges.

Tampoco era un hombre que perdiera el tiempo, le mostró unos documentos firmados anteriormente por William Albert Andrew y le pidió que practicaría la firma para resolver asuntos que tenían pendientes. Su memoria muscular logró el trabajo después de un poco de esfuerzo. En el momento que le fueron presentados los acuerdos y órdenes ejecutivas hizo acto de presencia su tía Elroy para testificar que los documentos que firmaba correspondían a lo que Georges le comunicaba en voz alta. No hubiera podido leer los 30 y tantos contratos que tuvo que firmar y mucho menos entenderlos. Aun así, le entregaron copias para que las consultara más adelante.

La última solicitud lo llevó a presentarse en una videoconferencia con tres inversionistas. La pantalla de 40 pulgadas se dividió en 4 paneles y las personas que aparecieron eran unos desconocidos. Previamente Georges le había mostrado sus fotografías y dado sus nombres. Los saludo como si los conociera y los convenció de que no tenía mucho tiempo. En realidad Georges dirigió las negociaciones y Albert solo mencionaba frases clave que le fueron indicadas anteriormente. La sociedad se cerró y los

abogados se encargarían de legalizar dicho acuerdo en los siguientes días.

La tía Elroy le recalcó lo orgullosa que estaba por su colaboración y se despidió de ambos para volver a sus propias ocupaciones.

La armadura de Georges finalmente se desprendió.

Fue hacia un estante con puerta y sacó una botella con dos vasos, sirvió el líquido ámbar en ambos y le ofreció uno a Albert, que lo alcanzó sin tener deseos de beber. Georges se acomodó en uno de los sillones reclinables y se relajó visiblemente.

— No creí que volveríamos a tener que ejecutar estos malabares.

— Yo también pensé que el trabajo de oficina era todo menos emocionante.

— No pensarás lo mismo cuando te enteres de como he sorteado a la multitud de personas que exigían ser atendidos personalmente por ti, sin perder ni un solo trato.

— Me dicen que eres el mejor para cubrirme.

— Aprendí mucho de tu padre, pero con tus escapadas y aventuras me obligaste a ir siempre un paso adelante.

— Me cuesta mucho imaginar que la persona que creció en esta casa, rodeado de tantos lujos, arropado por gente que lo ama tanto prefiera otro tipo de vida.

— Te faltaba lo más esencial, libertad. Te cansabas de ser el sol.

— ¿El sol?

— Eres como el sol. Durante años hemos orbitado alrededor de tu nombre, el clan se sostiene con el mero hecho de que eres el descendiente en línea directa, pero no el único que puede solicitar el puesto. Antes de que estuvieras en capacidad de suceder a tu padre, creamos una figura que te represente, construyendo e improvisando para mantenerte lo suficientemente presente para que nadie dude de tu existencia.

— ¿Por qué no estaba en capacidad de ocupar el puesto?

— Tenías 8 años cuando tu padre falleció ¿no te lo han dicho?

- Sabía que no contaba ya con mis padres pero no que hubiera perdido a uno de ellos tan joven.
- Creo que me he excedido, con razón Candice se mostraba tan renuente a que más personas estuvieran cerca de ti. Es difícil llevar un consenso de lo que se puede contarte y lo que no.
- No es relevante, tarde o temprano iba a enterarme.
- Bien, no quisiera ser descartado en la lista negra de Candice. Archie y yo estaremos viniendo cuando haga falta que se vea tu rostro. También enviaremos los documentos a firmar.
- Hasta pronto Georges, fue interesante conocerte de nuevo.
- Lo creas o no, fue un alivio verte de pie y tan espabilado como siempre. Nos vemos.

OctoBert - Día 9. Zoológico x Fran

Regalos del **zoológico**.

Al contrario de Rosemary, que la relación fluyó y llegaron a tener conversaciones muy íntimas, Georges no se volvió a relajar a su alrededor. No volvió a mencionar nada personal y se limitó a instruirlo sobre su labor en las empresas Andrew. Según lo que su mano derecha le contó, los directivos y demás personal eran perfectamente capaces de llevar los negocios a buen puerto, pero los clientes, socios e inversionistas sólo confiaban en la cabeza de todo, lo mismo con la familia. Estaba obligado a ser una especie de figura imprescindible.

Se tomaba fotografías firmando acuerdos o cerraba negocios mediante videoconferencias. Habían resuelto que no iban a ocultar lo de su accidente, lo explicarían como algo más mundano y en vez de la caída de casi 5 pisos en su propia casa, los medios y el público en general escucharon una versión escueta sobre un accidente de esquí. Una pierna fracturada justificaba su falta de movilidad, su ausencia en su oficina y la incapacidad para viajar.

Mediante tarjetas, que contenían una fotografía e información básica de las personas con las que tendría que tratar, estimulaban su memoria visual. Georges lo preparaba para ir identificando los perfiles de aquellos con quienes tenían negocios y con Archie veía al personal de las empresas.

Con su vida en piezas como un rompecabezas, Albert se sentía incapaz de construir a una persona, casa, familia y trabajo estaban cubiertos. Obtenía pequeños fragmentos de su personalidad con las conversaciones con su familia, irreverente según su tía Elroy, ligeramente rebelde en la percepción de Rosemary, escurridizo a los ojos de su sobrino Anthony, un tipo genial en palabras de Stear, confiable para Archie, un buscador de su libertad de

acuerdo a Georges, comprensivo y solidario para Candy. Lo que hablaba más de la personalidad de ellos que la de él, ya que se formaron esa opinión de acuerdo a la respuesta de Albert en las situaciones que compartieron.

Probablemente sea ese impulso de rebeldía del que habla su hermana que lo lleva a sentir que debe tomar parte activa en su recuperación, quizá no de su memoria pero si de una vida en la cual se encuentre a gusto de vivir.

No es que se sienta atrapado, todavía, obedeciendo todo lo que hasta el momento le han indicado que debe hacer. Entiende que la paz, los buenos cuidados, la alimentación y los estímulos controlados lo han mantenido al margen de una crisis pero de igual manera, recibir las cosas ya resueltas lo hace sentir artificial y entre todo lo que le han proporcionado el vacío y la oscuridad se sigue sintiendo como una fuerza que lo arrastra.

Está en la encrucijada de decidir si debe recuperar al viejo Albert o reconstruir un nuevo Albert. Le han dicho que varias características de su personalidad se han mantenido, pero sigue siendo un hombre incompleto. Lo supo desde el momento en que despertó después de la caída y ese suave murmullo que le decía lo cerca que estaba se fue también a ese abismo negro.

Hay una cuenta pendiente de su pasado que se aferró por no ser consumida por la amnesia. Recuerda las palabras que creyó escuchar, pero no sabe a que se estaba acercando. El optimismo de Candy y la cantidad de cuidados que han puesto en Albert hicieron que se sintiera cómodo esperando esa pronta recuperación, pero ya ha pasado más de un mes y no ha llegado. Su estado físico es bueno, sus heridas han cerrado, los golpes han desaparecido, su cabeza solo duele con el cansancio o con algunos estímulos potentes y su vista debe recuperarse exponiéndose más a fuentes luminosas. Ha prescindido de Helen, su enfermera, y aunque

Candy se ofrece a hacerle un chequeo cuando lo nota abrumado puede darse por recuperado, al menos en la parte física.

Se siente lo suficientemente respaldado, anímicamente, gracias a su familia; médicamente, gracias al plan de salud y a los recursos del corporativo que actuarían para su beneficio para ir con Candy e inducir una nueva ronda de lo que ella llama momentos de revelaciones.

— ¿Quieres saber más cosas de ti?

— Supongo que no todo en mi vida era familia y trabajo, tendría tiempo para mi, gustos y aficiones. Amigos con quien divertirme y compartir esas horas de ociosidad.

— ¿Gustos? ¿Cómo si te gusta el azúcar en el café o tu color favorito o co...

— Verde. Me gusta el color verde ¿eso concuerda con el viejo Albert?

— Si. Nunca me dijiste que fuera tu color favorito, pero es el color de la naturaleza y te encanta la naturaleza. Los campos abiertos, lugares apartados, los animales...

— ¿Me gustan los animales?.

— Mucho. Tanto que la tía abuela lo veía como un problema.

— ¿Cuál es mi favorito?

— Tendremos que ir al zoológico para que los veas y descubras por cuál tienes más afinidad.

— ¿No lo sabes?

— Te he visto con todo tipo de animales, no puedo decir por cual demostrabas más adoración.

— ¿Adoración?

— Que te baste con saber que prefieres la compañía de los animales a la de las personas.

— ¿Cómo es que no he montado un zoológico en alguna parte de la mansión?

— Te lo prohibieron cuando asumiste la jefatura del clan, de lo contrario pasarías tus días cuidando a los animales y descuidando tus labores.

- ¿Y lo acepté? Tal vez no me gustaban tanto.
- No te gusta verlos atrapados, se te iría la vida en adaptar los terrenos de la mansión.
- ¿Cuándo tienes tiempo libre para acompañarme al zoológico?
- ¿Cuándo lo tienes tú? Te has convertido de nuevo en un hombre muy ocupado.

Tiene un teléfono inteligente al que le han bloqueado los motores de búsqueda de internet y demás aplicaciones que le pueden proporcionar información que se comparte en la red, para que no se contamine con todo tipo de chismes que suelen surgir ahí, solo puede recibir y hacer llamadas y comunicarse por mensajes de texto. Programan su calendario con la hora y los lugares donde debe estar y claro todos le han proporcionado vídeos y fotografías donde han compartido momentos con Albert. Le enseña a Candy sus horas despejadas y ella elige la que coincide con su tiempo libre y se envía una notificación a su propio teléfono que hace un sonido cuando la recibe.

Hábilmente Candy desvió su intención de solicitar información más profunda de su persona y se encontró más entusiasmado por ir de paseo con ella que por lograr su objetivo.

Lo que Candy ha dicho sobre que no le gustaba ver a los animales encerrados es verdad. El zoológico es grande, pero las instalaciones no son adecuadas, no han sido actualizadas hace tiempo. No sabe de dónde viene esa certeza, si de que estaba haciendo investigaciones para convertir el terreno de la mansión en un lugar apto para los animales o si era un masoquista que visitaba los zoológicos pese a que no le gustaban. Ninguna de esas respuestas era lógica para el tipo de persona que había llegado a pensar que era el viejo Albert. Como siempre, cualquier nuevo descubrimiento sobre su persona lo enviaba a un mar de dudas pero no iba a perderse en ello. Se dijo que lo iba a manejar y lo hará.

Aun así, puede corroborar que su preocupación por el estado de los animales es genuina. Reconoce a casi todos, pocos no le fueron familiares aunque sus nombres no dignaron a salir a flote. Por su parte Candy disfrutaba mucho de las exhibiciones, quería darle de comer a todos pese a los letreros de que no lo hicieran. Los saludaba o les gritaba para que le hicieran caso.

Con el teléfono tomó muchas fotografías de los animales, así que también buscó su teléfono en su bolsillo e hizo fotografías de Candy yendo de hábitat en hábitat, riendo de las gracias de los animales y haciéndole preguntas que siempre supo responder.

El recinto de los monos era muy variado, habían conseguido emular ambiente tropical en su mayoría. De nuevo esa sensación de que esas imprecisiones que encontraba en la información o las exhibiciones las podía reconocer no porque hubiera estado en un zoológico sino en el entorno natural. Su cabeza quería hacer un esfuerzo pero cuando Candy lo vio tan concentrado lo distrajo con una de sus bromas.

- ¿Encontraste a tus animales favoritos?
- ¿Los monos?
- Ya sé, Ya sé. Reconociste a tus ancestros
- Pero eso fue hace mucho tiempo, antes del clan.

Su excursión no podía durar más porque ambos tenían compromisos. Mientras esperaban que el chófer los recogiera bebieron un refresco y buscaron entre los recuerdos que ofrecía la tienda de regalos del zoológico algo que llevar a sus amigos. Candy puso un mono en los brazos de Albert y Albert le regaló una cotorra.

El auto llegó por ellos y se pusieron en marcha de vuelta a la mansión.

OctoBert - Día 10 Rescate x Fran

Un príncipe que acudiera en su rescate.

De camino a la casa, Candy no parecía muy interesada en saber si Albert había tenido un destello de memoria, después de todo lo que él había acertado no era necesario preguntar. Estaba muy sonriente y satisfecha cuando le preguntó si había disfrutado el paseo y si le gustaría repetirlo, Albert se encontró asintiendo. Entonces ella tomó su teléfono y agregó una nueva cita en alguno de sus horarios libres. Cuando se lo devolvió fue desconcertante sentirse decepcionado que no fuera otra salida con ella, sino una reunión con sus sobrinos para jugar billar, que ellos inmediatamente confirmaron.

— ¿Me gusta el billar?

— Te gusta ganar. Eso es algo en que ellos 3 son muy buenos.

— Me siento competitivo. ¿Y si no recuerdo cómo jugar?

— Aflorará, como tus conocimientos del reino animal.

— Eso fue impresionante, realmente no me produjo ningún esfuerzo.

— Todo está ahí en tu cerebro, hay que encontrar el camino apropiado para que emerja

La sala de juegos cuenta con dos mesas de billar. Se dividieron en parejas para enfrentarse, Stear y Anthony, Archie y Albert y luego intercambiaron. Les trajeron tantas bebidas y bocadillos que parecía una fiesta. Sobre todo porque estaban muy contentos.

Los chicos no le explicaron las reglas a Albert, le pusieron el taco en su mano y las bolas 1 y 4 sobre la mesa para decidir quién haría el saque de apertura. Como muchas cosas, jugar fue una cosa natural. En realidad los chicos eran muy buenos, competitivos, ingeniosos, pasaron unas horas

muy divertidas hasta que una alarma en el teléfono de Stear sonó y se dirigió a encender la televisión.

En la pantalla había una entrevista con una mujer muy hermosa, Eleonor Baker decía el cintillo. Los otros dos chicos al escuchar la voz de la mujer dejaron de jugar y la miraron embelesados llenándola de elogios sobre lo bien que se veía. Desde luego era guapa, tenía que ser alguien interesante para ameritar una entrevista, pero el entusiasmo de sus sobrinos no era normal para una figura pública.

La entrevista terminó y Stear apago la televisión. Eleonor Baker era una actriz promocionando su nueva obra de teatro y sus sobrinos ya estaban contemplando cuando podían ir a Broadway a verla. Ellos eran sus fans lo que explicaba tanto alboroto.

— ¿Sus novias no se ponen celosas de ella?

— Así como Patty tiene sus ídolos, yo tengo los míos.

— No deberían, todo es ficticio.

— Para nada. Annie es muy dulce y comprensiva.

— La única que se pondría celosa sería Candy... - comenzó Stear, pero se detuvo en medio de la frase

— ...en nombre de ellas — completo Archie, estaba acostumbrado a su dinámica de las grandes mentes piensan igual, por lo regular se atropellaban diciendo las mismas respuestas

— ¿Te acuerdas cuando nos pellizcaba por ser amables con sus compañeras de la escuela de enfermería?.

— No me habían contado eso. — Intervino Anthony en los recuerdos de sus primos a punto de una carcajada, pero luego se compuso — No me extraña, ella se toma muy en serio su papel de cupido.

— ¿Cupido?

— Oh si. Apenas se entera que a alguien le gusta una persona y busca facilitar los encuentros entre ellos. —Obviamente Candy tenía en Stear a

su más grande fan, siempre se expresaba con excesivo optimismo cualquier detalle sobre ella.

— Incluso si no conoce a uno de ellos. — La sonrisa de Anthony era un poco amarga al mencionar eso.

— Archie y yo nos hicimos novios de Annie y Patty gracias a su intervención. — Las confesiones románticas de sus sobrinos sobre Candy despertaron su curiosidad de cómo había llegado a relacionarse con ese exnovio por el que estuvo llorando.

— Candy me habló de este exnovio suyo

— ¿Cuál de todos?

— ¿Ha tenido muchos?

— No. Si. Depende a cuantos llames muchos... — Anthony, Archie y Stear hablaron al mismo tiempo.

— Hasta Anthony fue su novio como por 3 días

— Fueron 3 meses, Archie y dijiste que dejarías de burlarte de lo corta que fue la relación.

— No me estoy burlando, estoy informando

— ¿Cómo no funcionó? Te llevas muy bien con Candy

— Aparentemente mi lado sobreprotector se opone al abierto y libre de ella.

— Una cosa es ser protector y otra controlador — Archie no quitaba el dedo del renglón sobre la actuación de Anthony como novio de Candy.

— No era controlador, mis sugerencias para que ella fuera una persona más refinada no le cayeron bien

— ¿Candy no es refinada? — La encontraba un poco impulsiva, pero era tan dulce que compensaba su intensidad.

— Si la hubieras conocido hace unos años, ella era salvaje, corría, trepaba árboles, peleaba con chicos mayores que ella y ganaba — Lo que para algunas personas hubiera parecido algo reprobable, para Stear era digno de admiración.

— Anthony quiso matar todo eso. — Archie opinaba lo mismo.

— No lo quise matar. Si, lo acepto, la quise cambiar para que la tía abuela no la rechazara y convertirla en una dama digna de los Andrew, cuando ya lo era. Pagué muy cara mi incompreensión

— La verdad es que ganarse el cariño de Candy es fácil, ganarse su amor, no tanto. ¿Verdad Archie?

— Cállate Stear. Al menos yo si le confesé mis sentimientos y no deje que se me pudrieran dentro.

— Ahhhh. No se me pudrió nada, solo se ganó el lugar que debía tener.

— ¿No es causa de conflictos entre ustedes gustar de la misma chica?

— No. — Respondieron los 3 como una sola voz

— Siempre ganaba el deseo de que ella fuera feliz, y si nosotros no éramos lo que la hacía feliz, qué más podíamos hacer. — La seriedad de las palabras de Stear se vio reflejada en la expresión de los otros 2.

— Ella venía de un ambiente diferente al que crecimos. También nuestras ideas de romance eran diferentes. — Anthony parecía entender mejor por qué esas relaciones no funcionaron.

— Me dijo que esperaba por un príncipe ¿no es eso lo que buscan todas las chicas?

— Si, pero no era por un príncipe que acudiera en su rescate, sino uno que la entendiera. — Anthony desvió la mirada ante las palabras de Stear.

— ¿Ninguno de todos esos ex novios que dicen que tiene reunió los requisitos para ganarse su amor?

— Bueno, Anthony, aquí presente no - Archie se ganó un golpe en la parte de atrás de la cabeza de su primo por haber dicho eso, pero él continuó como si nada - el actor no, la dejó por otra. El doctor no, se fue a Francia o no se adonde...

— Ese no fue su novio — Reclamó su hermano.

— ¿No? Pero si pasaban todo el tiempo juntos en el trabajo y fuera de él, ella se iba a ir con él.

— Los unía el amor por la medicina y hacer el bien, nada más. — Lo apoyó Anthony.

— ¿Neil cuenta como exnovio? — La mención de ese nombre hizo que Stear se ganará las miradas asesinas de su hermano y su primo.

— Ni lo menciones, su compromiso solo fue una treta para "subir" su lugar en la familia. — Archie como siempre era el primero en recuperar la palabra.

— ¿Candy comprometida? ¿Está casada? — Eso podía ser alarmante por tantas razones que no alcanzó a enumerar porque Anthony lo negó de inmediato.

— Ese compromiso no llegó a realizarse. La familia de Neil la quería forzar porque él se encaprichó. Ellos vieron la oportunidad de arreglar un matrimonio con alguien que tenía el favor del tío abuelo.

— ¿Cómo es posible? ¿Porque pensaron que yo lo iba a permitir? — Después de pensarlo, podía ser una señal de que Albert no era la persona que creía ser — ¿Lo hubiera permitido?

— Tú todavía no ocupabas el cargo y como la mamá de Neil es la hija del primer matrimonio del difunto marido de la tía abuela, tiene mucha influencia sobre ella. — Lo que decía Anthony tenía sentido con lo que recordaba del árbol genealógico de los Andrew que le habían mostrado.

— La tía abuela nunca ha sabido qué hacer con Candy, vio como una salida acomodarla en una familia que según ella es honorable. — Incluso con la desaprobación hacia la decisión de su tía Elroy, Stear entendía el porqué de sus acciones.

— Si. Era una de esas cosas de todo queda en familia. — La ironía de Archie no tardó en relucir.

— ¿Cómo reaccionaron ustedes a eso?

— Nos enteramos muy tarde, solo Archie pudo intervenir. — Aclaró Stear.

— ¿Ella no pidió la ayuda de ustedes inmediatamente?

— Candy no es de las que piden ayuda. — dijo Stear en su defensa, lo cual sonaba muy acorde con la imagen que el mismo Albert tenía de ella.

— Disimula muy bien cuando está pasando por un mal momento, casi siempre la ves sonriente y animosa.

— Menos mal que Archie pudo ir en su rescate.

— Pero no fue así, mi solución no fue de su agrado. Ella encontró la forma de llegar a ti y cancelaste el compromiso.

— Ustedes me confunden, dicen que aún no había ocupado mi puesto para intervenir, pero que Candy me lo informó y cancelé el compromiso.

— Si, creo que estamos hablando de más... — Stear se cubrió la boca con la mano para no seguir hablando.

— No te debimos haber contado eso, tío Bert — Solo cuando estaba muy serio, Anthony lo llamaba tío Bert.

— Candy nos dijo que no.. — De igual manera Archie siguió con la negativa de hablar sobre el tema.

— ¿Por qué le hacen más caso a Candy que a mi que soy el jefe del clan?

— Por tu salud, tío

— Entiendo que ocultarme cosas haya sido necesario porque recién me enteraba, pero ha pasado el tiempo y he asimilado bien lo que la amnesia significa. He aprendido a confiar en las personas adecuadas ¿no?

— Bien. Llamaremos a Candy de inmediato si algo pasa. Probablemente ella te envíe con el terapeuta que te has negado a ver. — Archie probablemente era el más experimentado resolviendo problemas.

— Asumiré las consecuencias.

— El puesto de jefe del clan Andrew ha sido tuyo desde que eras niño. Pero no lo hicieron de conocimiento público hasta que tenías edad suficiente para no ser descalificado por tu juventud. — Anthony dio un paso al frente ante la indecisión de sus primos.

— ¿La familia respetaba eso?

— No lo sabíamos, sólo la tía abuela, nuestra abuela, tía Rosemary y Georges. Ellas 3 dejaron de tener contacto contigo cuando fuiste a estudiar al extranjero, solo te comunicabas con Georges y él informaba a la familia. Después hubo un tiempo en que ni a Georges le decías dónde andabas, dicen que viajabas mucho. No fue hasta que te presentaste como el tío abuelo William que descubrimos quién eras en realidad. — Resumió Archie

— Eso suena a que me conocían de antes.

— Te conocíamos por ser Albert, un amigo de Candy. — dejó caer Stear y se sintió como una bomba.

OctoBert - Día 11 Comida x Fran

A la búsqueda de **comida**.

Después de dar vueltas en su cama sin poder dormir Albert piensa en que no debió haber forzado a sus sobrinos a revelar esas cosas que de tan incompletas, lo dejaron más confuso que antes. Se arriesgó demasiado, si bien no había sufrido una crisis, su mente no podía dejar de girar en torno a lo que le dijeron sus sobrinos.

Solo Georges y Candy tienen algunos datos sobre esa parte de su vida. Perfecto, las personas que más se han cerrado para darse a conocer son los que más han convivido con él. ¿Eso es lo que los hace tan cautelosos? ¿Por qué todo tiene que terminar en Candy?. Ella no le ha explicado su lugar en la familia. Solo que es huérfana y su familia es la familia de Albert.

Si estuviera dormido no escucharía a su estómago protestar por el hambre. La dieta balanceada que recibe no ha aumentado ahora que hace ejercicio regularmente y tiende a quedarse con hambre. Enciende la luz para servirse un vaso de agua y engañar al estómago, pero decide mejor bajar a la cocina por un refrigerio.

Evitar el elevador para que el deslizamiento de las puertas o las luces no advirtieran a los vigilantes que había alguien despierto e hicieran un problema de su hambre nocturna. Bajo el tramo de escaleras que lo llevaba a una de las cocinas del segundo piso.

Miró en algunos de los frascos de las encimeras esperando encontrar galletas o botanas, pero eran granos y semillas, en los estantes superiores había diferentes harinas y avena, pero no cereales. Mientras abrió el refrigerador por si había alguna fruta las pisadas de alguien arrastrando los

pies le hicieron saber que, pese a todas sus precauciones había sido descubierto.

— Te escuche escabullirte — Albert no puede decidir si es algo bueno o malo que haya sido Candy quien lo descubrió.

— Nunca me ha llegado un sonido desde tu recamara.

— Los ruidos son más fuertes a las 3 de la mañana. Estaba en el balcón, tu ventana estaba abierta, oí tu puerta cerrarse. Me asomé por si tenías algún malestar y la luz del baño no estaba encendida. Como no estabas, te busqué en todo el piso y te alcance a ver cuando dabas vuelta en las escaleras.

— Tenía hambre, baje a buscar algo de comida.

— Menos mal.

— ¿A dónde iría en mitad de la noche?

— A muchos lugares. Los chicos me contaron que se les fue la lengua. Si debido a eso tenías una regresión a la época en que viajabas, te despertarías en un lugar no convencional y quizá te irías

— Es por eso que me acechabas desde el balcón.

— No tanto como acecharte. No podía dormir, los días que tengo guardia se me altera el horario de sueño.

— Muy bien. Ya que estás aquí ¿Me acompañas con un bocadillo nocturno?

— Claro. Quieres que te prepare algo. Por lo pronto voy a poner la tetera. Tal vez una infusión de menta o manzanilla nos ayude a relajarnos.

— Si tu lo dices.

— Siéntate. — Típico de una enfermera, estaba dispuesta a cuidar de él.

— Voy a ver que hay en el refrigerador.

— Espero que esté surtido.

— ¿Quieres un sándwich o algo caliente?

— Algo caliente me sentaría mejor en el estómago.

— Esperemos que haya sobras para calentar o puedo preparar unos huevos, porque no encontrarás comidas para calentar en el microondas en esta cocina tan elegante.

— Mientras sea ligero, una sopa tal vez.

— Probablemente haya ingredientes que sirvan, hay espinacas, calabazas, champiñones, tomates, cebollas

— Se puede hacer sopa con cualquier cosa. — Pero la expresión de Candy era de que no sabría qué hacer con muchas de esas verduras — ¿Acaso no sabes cocinar?

— Soy experta en bocadillos y comida congelada. Puedo hacer pasta con salsa de botella, pero aquí no hay nada de eso. Hacen la salsa para pasta desde 0 y cosechan los ingredientes en el jardín minutos antes para que estén superfrescos y blah blah blah. Me sorprende que no cultiven y muelan su propio trigo para la harina de la pasta. — Nunca entenderé como ella sea tan cercana a los miembros de la familia si parece reprobar el ambiente en que ellos crecieron.

— Lo más fácil sería la crema de espinacas, en 15 minutos queda, además de las espinacas necesita ajo, cebolla, mantequilla, sal y pimienta, crema o leche, pero si encendemos el procesador de alimentos hará suficiente ruido para que alguien nos oiga.

— No tienen del queso que me gusta para hacer emparedados a la parrilla

— Si cuentan con parrilla y la pechuga de pavo o el salmón no están congelados podemos hacer unas brochetas, son rápidas

— Sii, me encantan. Aquí no hay carne congelada, todo fresco. Creo que vi pimientos, los champiñones servirán y la cebolla, quizá calabacín.

— Candy solo es un bocadillo nocturno, no una comida completa.

— Lavaré y cortaré las verduras, tú te encargas de la carne y un aderezo si sabes como se hace.

— En el especiero hay de todo, improvisaré.

— Los pinchos deben estar en el cajón de los cubiertos. ¿Te parece si yo los armo y tú los cuidas en la parrilla?

Una vez que la infusión y las brochetas estuvieron listas, pusieron la mesa y comieron el fruto de su colaboración.

— ¿Cómo es que un heredero sabe cocinar más que una chica de la que, según he escuchado, es muy independiente?

— En el orfanato se me daban mejor otras cosas y la señorita Pony y la hermana María, las encargadas, que no se daban abasto con tantos niños fueron muy indulgentes conmigo y una vez que descubrí la comida congelada que ahorra tiempo, no se me hizo relevante saber cocinar.

— ¿Por qué estabas en un orfanato? ¿No eres una Andrew?

— No me discrimines, por favor. Para ser hija de los Andrew, hay que ser extraordinaria en algo. Es un programa de becas para brindar educación a niños y niñas sin futuro. Yo no era una niña extraordinaria, todo lo contrario, me decían que no pasaría de hacer el aseo o la industria de la comida rápida y hay personas que se aprovechan del sistema de acogida para conseguir niños que explotar. Los Legan, una rama de los Andrew, hacían eso, conseguían su servicio doméstico de esa manera para no pagarles sueldos. Nos hacían un favor. Tenía 13 años cuando entré por recomendación del párroco del pueblo, que era de los que no me veían ningún futuro. Las encargadas del orfanato se opusieron, pero no era de ellas la decisión, el orfanato depende de la iglesia local y estos de las donaciones. No se podía quedar mal con alguien tan generoso como los Legan.

— Si los Legan son una rama de los Andrew, de una manera u otra estabas en el camino para entrar bajo su protección.

— De no haber sido por Anthony, Archie y Stear que estuvieron de vacaciones ese verano, mi destino habría sido el peor.

— Tan malo era trabajar para los Legan.

— Mucho. Los hijos más que nadie, hacían todo tipo de tonterías y me echaban la culpa a mi. Era una huérfana y aparentemente eso hacía imposible mi defensa ante los bien educados señoritos de la casa. Cada falta que me achacaban habría sido una falla en su privilegiada educación y la crianza dada por su madre, así que la señora Legan estaba obligada a creer más en ellos que en la chica de dudoso origen.

— Lamento que hayas pasado por eso. ¿Entonces Anthony, Archie y Stear te recomendaron para la beca?

— Si, pero la tía abuela no la aprobó, entonces fueron arriba de ella y escribieron al tío abuelo.

— Así es como te convertiste en hija de los Andrew.

— Entrás bajo su protección, te conviertes en parte del clan.

— Por lo que entendí hay una historia detrás del tío abuelo. Muy pocos sabían que era yo. ¿Cómo era eso posible? Manipularon los parentescos y nadie en la familia lo notó.

— De no creerse. Solo se lo que otros me han contado, entré a la familia hasta que tenía 13 años. Tu ya eras una leyenda.

— ¿Crees que Georges me contará eso? Está decidido a no hablar de nada personal.

— Probablemente accederá si te haces un examen psicológico para determinar que no afectará tu estabilidad emocional.

— No creo necesitar eso. Lo he llevado bien hasta ahora.

— Estamos en un punto muerto de tu tratamiento donde la amnesia puede ser temporal o definitiva ya que dejó de estar ligada al golpe en tu cabeza.

— ¿Es el momento de tomar decisiones y vivir con las consecuencias?

— Supongo. Si eso es lo que quieres. No es justo mantenerte en un entorno limitado, pero no hay forma de recrear todo lo que has vivido para introducirte en la vida que llevabas

— Tal vez deba irme del país e iniciar una nueva vida.

— ¿Y si unos meses o años después tu memoria regresa?, igual puede ser catastrófico para tu salud emocional encontrar que tus viejos conocidos, tus viejos afectos ya no son parte de tu vida.

— También les hago daño a los demás si no puedo reconectarme con ellos de la misma forma en que lo estábamos en el pasado.

— Vamos a convencer a Georges. Vamos a hacer todo lo posible para que encuentres el camino a tu felicidad.

OctoBert - Día 12. Mayo x Fran

Nos vemos en mayo.

La conversación que tuvo la madrugada que pasó con Candy comiendo brochetas y tomando bebidas calientes pudo haber sido un placebo de no ser porque ha descubierto que Candy en realidad no miente, prefiere quedar en silencio que hacerlo. Hablaron de ello con Georges y ellos a su vez hablaron con un terapeuta sobre la mejor manera de elegir cuánta información proporcionar.

Siendo Georges y Candy las personas que mejor lo conocían llegaron a un acuerdo y unos días después Georges le dijo lo acordado con Candy y se combinarían con otras personas para hacerlo de forma cronológica, como Rosemary y la tía Elroy para llenar las dudas sobre su infancia e irían avanzando y aumentando el círculo de personas que se involucraron en ese pasado tan manipulado por terceros.

Para Albert esto era un paso hacia adelante, no precisa en qué dirección, no sabe si ayudara a su memoria o complicaría su recuperación, pero estaba convencido que si no recuperaba la memoria, al menos iba a recuperar su pasado. Un hombre construye los esquemas de su futuro en base a los esquemas de su pasado.

De acuerdo a lo que Georges le estaba informando no había mucha gente que podría mentirle en ese aspecto. Desde los 8 años, tras la muerte de su padre, el número de personas con las que vivía se redujo a sus tía abuelas, su hermana, Georges, y del personal eran Sally, James, Sebastián, Joe y Cecil, que era hijo de una de sus niñeras y en ocasiones un compañero de juegos.

No fue fácil enterarse que no conoció el amor de una madre, ya que Priscilla Andrew murió cuando él nació. Su hermana, que era una adolescente en ese entonces, intentó suplir ese papel pero ella también tenía que hacer su propia vida y poco después de la muerte de su padre, ella se enamoró, se casó y se fue a viajar por el mundo con su esposo hasta que llegó Anthony. Tras su embarazo ella quedó afectada de su salud y regresaron a Chicago, eso le permitió convivir unos pocos años con Anthony, pero conforme fue creciendo su sobrino, limitaron sus encuentros. Anthony tenía 7 y Albert 17 años cuando se fue a estudiar al extranjero.

Únicamente dos personas en ese entorno sabían quién era él, un tutor académico y un guardaespaldas. Para la mayoría era otro rico estadounidense que buscaba enriquecer su currículum académico. Por ese entonces es que comenzó a reclamar la parte de poder que le correspondía como jefe del clan. Todavía estaba bajo la supervisión de sus tutores pero ya no se sometió a sus mandatos sin discutirlos hasta conseguir el mejor arreglo para su persona.

Los años siguientes a la universidad son un misterio incluso para Georges. Se movía por diferentes países, en ocasiones por asuntos de las empresas Andrew y en ocasiones por elección personal. Su amigo podía saber su ubicación, pero no con quien se relacionaba o como se desenvolvía.

De todo lo escuchado, Albert podía asentar que la soledad era algo que había impregnado gran parte de su vida. Incluso ahora la ausencia de una pareja o amigos íntimos hacían ver que su personalidad era la de un solitario. ¿Sería feliz de aquella manera? ¿Qué era aquello que se esfumó en el vacío del olvido el día del accidente y que se sentía tan renuente a dejar ir?. Aún se despierta algunas noches con la misma sensación del día en que se despertó sin recuerdos. Algo tan tenue como un hilo que lo arrastra de vuelta y se niega a romperse pese a que todo se ha esfumado.

El instinto le decía a Albert que eso era algo demasiado precioso para dejarlo ir. Pero sin amigos o confidentes en quienes hubiera depositado ese tipo de detalles estaba lejos de poder ahondar en ello.

Otra noche llena de inquietudes como esas hacía mella en su descanso. Con desgana realizó la rutina matinal que había encontrado confortante y salió al balcón a esperar que llegaría la hora de bajar a desayunar. Era finales de verano, pero aún se sentía mucho calor y las puertas del balcón de la habitación de Candy estaban abiertas. No estaba seguro de que contarle que no había tenido una buena noche no desencadenaría una ola de preocupación en su enfermera, pero de alguna forma él solo charlar con ella, aunque sea de cosas triviales, era suficiente para calmar la ansiedad que lo aquejaba.

Se detuvo frente a las cortinas preguntándose si tocar el vidrio del ventanal de su vecina era una forma educada de anunciar su presencia.

— Disculpa mi aspecto, unos minutos menos y me encuentras durmiendo todavía.

De alguna manera Candy se había dado cuenta que estaba intentando asomarse por la ventana abierta. Desde luego tenía buen oído si lo escuchó esa noche cuando salió de su habitación y la acústica era buena en el balcón.

No tenía caso esconderse, se deslizó entre las cortinas y encontró a Candy de espaldas a él, sentada en el tocador peinando su cabello y recogéndolo en un moño para que no le estorbara mientras seguía hablando.

— Si no estuviera tan ocupada te haría una visita. Te extraño mucho.

No tenía sentido lo que Candy estaba diciendo, se veían todos los días.

Candy hizo una pausa, como si esperara una respuesta

— Stear ya te ha contado cuán absorbentes han estado las cosas si él decidió terminar el semestre a distancia para quedarse a apoyarnos.

También cancele mis vacaciones, no creo poder tomar un tiempo libre hasta mayo.

Un movimiento de Candy dejó al descubierto la computadora portátil que estaba frente a ella. En la pantalla estaba una chica con anteojos que movía la boca y hacía gestos pero no se escuchaba sonido alguno.

— No son solo los preparativos de la boda, también están escogiendo donde vivir.

La chica en la pantalla volvió a tomar su turno en la conversación, pero de repente se detuvo cuando descubrió a Albert y parece que se lo mencionó a Candy. Candy lo vio en el espejo, se quitó el audífono y lo invitó a pasar.

— Albert, no te quedes ahí. Ven a saludar a Patty.

La habitación era, en su mayoría, idéntica a la que él ocupaba, misma distribución, muebles y decoraciones similares, a excepción de que estaba muy desordenada. Las cajas se amontonaban en una esquina, canastos y bolsas llenos de objetos estaban regados por el piso. Había un armazón con ropa colgada en ganchos, ropa femenina, uniformes de enfermera y las botas y zapatos se amontonaban al pie de la estructura. Recordó que Candy había tenido que mudarse para hacerse cargo de su cuidado.

— Hola Patty, buenos días, o mejor dicho buenas tardes. — Rectificó recordando que Stear le había contado que ella vive en Londres.

— Buenos días para ti. Te ves muy bien, nos diste un susto con ese accidente. — El sonido de su voz emerge de los altavoces después de que Candy desconecta su audífono.

— Gracias, me siento mejor. Creo que mi accidente alteró un poco tu vida también. Te prometo que pronto tendrás de nuevo a Stear cerca.

— Ya sabemos que Stear está donde quiere estar.

— Cierto, se divierte mucho con su hermano y su primo, como cuando eran pequeños.

Candy termina de maquillarse y se levanta para tomar un vestido del armazón e irse a cambiar al baño. Patty sigue charlando con Albert sobre trivialidades de sus sobrinos, la universidad que Albert reconoce es en donde estudio y los cuidados apropiados para el caparazón de una tortuga. Hasta que Candy regresa y comienzan a apresurarse porque Patty tiene clases y Candy debe desayunar antes de irse al hospital.

— Hasta pronto Patty, un gusto saludarte. — Albert comprende que es el momento de despedirse.

— Nos vemos Patty, prometo estar disponible más seguido. — Candy dice adiós a su amiga y se acerca a la computadora para cerrar la ventana.

— Nos vemos en mayo. — Se despide Patty de ambos con alegría en su voz.

— Perdóname, no quería interrumpir. Te escuché hablar y pensé que estabas sola, así que debía ser a mi a quien le hablabas.

— A Patty le habría parecido más extraño que no la saludaras. Ella no sabe de tu amnesia.

— ¿Por qué Stear no se lo ha contado?

— Porque sabe que no es su secreto para contar. Fue lo que decidimos en las primeras horas, esperando que recordarás apenas te recobraras de tus heridas. Ahora tenemos el problema encima de haber mentido a personas cercanas, pero debes ser tú quien resuelva a quien decírselo y a quien no.

— Estoy complicando la vida de demasiadas personas.

— No digas eso Albert. Nosotros elegimos esas complicaciones. - Candy echó un uniforme y un par de zapatos en su maleta y otros objetos que estaban en una mesa y cambió de conversación - ¿Qué planes tienes para hoy?

— Lo de siempre Georges vendrá por los asuntos de la oficina.

— Que no sea todo trabajo y nada de diversión.

— Rosemary ha estado insistiendo en que vaya a comer a su casa y como Georges me animó a hacerlo, lo haré que me acompañe. Después Anthony invitó a Archie y Stear para hacer una "expedición" al cine. Se están tomando muy en serio eso de reintegrarme a las actividades mundanas, también quieren llevarme a un centro nocturno.

— Me encanta la idea. Estuviste muy bien ante Patty, tal vez podamos presentarte a Annie ahí. No se necesitarán conversaciones trascendentes con la música tan alta.

— No me digas, Annie tampoco sabe que perdí la memoria.

- Supongo que Archie no le ha dicho nada o Annie disimula muy bien conmigo.
- Cuantas complicaciones
- No te compliques tu. Vamos a desayunar. Me muero de hambre.

OctoBert - Día 13 Sorpresa/Sorpresivo x Fran

Otro giro **sorpresivo** del destino.

Por mucho que Albert no quisiera complicarse, no podía evitar sentirse responsable de que las personas cercanas a él estuvieran haciendo esfuerzos más allá de lo necesario para resolver la situación en que se encontraban debido a las medidas que tomaron para enfrentar las consecuencias del accidente y al mismo tiempo procurarle un ambiente propicio para su recuperación, aligerando su carga y liberándolo de tensiones.

Por lo tanto, una a una estaban reanudando las actividades cotidianas en la mansión. El personal ya ocupaba sus puestos habituales en sus horarios de costumbre. Los conocía por las referencias que Cecil y su tía le habían hecho y no fue difícil tener el mínimo trato con ellos. Solo la planta donde se ubicaban su recámara y la de Candy mantenían las máximas medidas de seguridad.

Los viajes a la oficina también se multiplicaban. Archie y Georges lo asesoraban de antemano y se limitaba a repetir lo que le habían indicado. Asistía a juntas gerenciales, aunque no entendiera mucho al respecto infundía muchos ánimos en los asistentes. La productividad aumentaba porque querían impresionar al jefe.

El chófer lo dejó en la entrada de la mansión después de uno de esos viajes a la oficina. El clima era agradable, tal vez invitaría a Candy a dar un paseo por el bosque. Al entrar la acostumbrada calma fue rota por unos indignados gritos.

— Cada vez que algo se descompone en esta familia tienes que estar detrás de ello ¿verdad?

— Eliza, si nuevamente has venido solo a insultarme, regresa por donde viniste. No tengo tiempo para tus rabietas. — La voz de Candy no sonaba con la dulzura acostumbrada, aunque sus palabras eran tan benevolentes como siempre.

— ¿Rabietas? Crees que soy una niña o que. Durante mucho tiempo estuviste bajo mis pies y mis deseos eran órdenes para ti.

— Ah qué tiempos aquellos. Lamentablemente para ti las cosas han cambiado. ¿Por qué no te vas y regresas cuando esté la tía abuela para recibirte?

¿Desde cuándo su tía tiene visitas tan groseras? Se preguntó Albert mientras cruzaba el vestíbulo y se encaminaba a la sala donde se escuchaban las voces.

— Ya hablé con ella, de qué otra manera me rebajaría a cruzar una palabra contigo.

— ¿Qué puedo hacer por ti, Eliza? Además de tener que prestar oídos para tus aburridos insultos.

— Tu eres la aburrida, patética, insípida enfermera de cuarta, no sé como el tío abuelo se...

— Eliza, concéntrate. Viniste a decirme algo.

La doncella que sostenía un servicio de té en una charola estaba en la esquina dudando en entrar y ser víctima de la furia de la visitante. Le indicó con una seña que se retirara y escuchó atentamente antes de saber cómo mediar en esa discusión. La siguiente respuesta le dio la razón para intervenir.

— Ya sabía yo que apenas tuvieras un poco de poder te inflarías como un apestoso globo de gas ¿Con qué autoridad has pospuesto la reunión mensual del clan y por si fuera poco la has exiliado de la casa familiar donde se había hecho ininterrumpidamente desde hace siglos...

Fue una sorpresa que la causante de tal alboroto fuera una mujer pelirroja de estatura similar a la Candy. Mucha furia para una mujer tan pequeña.

— Bájale dos rayitas a tu indignación. Por si no te enteraste, hubo un accidente en la reunión pasada. No íbamos a arrastrar los ecos de esa experiencia a la siguiente reunión, por eso se hará en un hotel. Si se atrasó fue porque el salón que deseaba la tía abuela no estaba disponible.

— Eliza, hubiera esperado más consideración por mi salud que por el lugar de una reunión.

— T..Tío abuelo... yo... yo solo me preocupo por las tradiciones familiares. ¿Cómo va tu recuperación?

— Muy bien, como puedes ver estoy de vuelta en el trabajo. Gracias a los cuidados de mi competente enfermera.

— Ya veo. Sin embargo creo que es un error hacer esos cambios. Si dejamos que Candy altere las tradiciones...

— ¿Qué te hace pensar que fue Candy y no yo quién tomó esa decisión?

— No tenía la menor idea de dicha reunión, pero sí de que era el causante de los cambios de planes.

— La tía abuela me dijo que fue en consideración a tu salud y quien más que Candy tiene autoridad sobre ello.

— Hagamos como que este escándalo que viniste a montar a mi casa es producto de un defecto de tu personalidad y no algo que estés haciendo activamente para molestarme.

— Lo siento tío abuelo, yo no quería molestarte, pero la reunión...

— Alto Eliza. No comprendes. Lo menos que espero de ti es que ofrezcas una disculpa a Candy.

— ¿Qué yo que? No voy a... Nunca...

— Te preocupa más una reunión que el respeto que debes a mi casa y los miembros de la familia.

— Cuando haces cosas así, me es muy difícil respetarte. — El murmullo entre dientes fue lo suficiente bajo para dudar que haya dicho eso y lo mantuvo cuando se dirigió a Candy - Candy discúlpame. — Se levantó y tomó su bolsa antes de comentar con altivez — Supongo que ya estarás contenta.

— Como no tienes idea.

— No esperes la presencia de los Legan en ese evento. No nos prestaremos a esa afrenta a las costumbres familiares. Adiós. — Con un dramático giro que hizo volar sus rizos se volvió hacia la entrada y se alejó dando fuertes pisadas.

— Adiós Eliza. Nos vemos en la reunión.— Se despidió alegremente Candy.

— Acaba de decir que no irá.

— Su familia piensa lo contrario. Nunca se pierden un evento para dejar constancia de su lugar en el clan Andrew.

— ¿Un paseo por el bosque te haría olvidar el mal rato?

— Desde luego.

Fueron a la cocina por un par de botellas de agua y se internaron por el camino entre los árboles. Después de pensarlo un poco, durante su caminata con Candy, el nombre de la chica que acababa de abandonar su casa hizo su camino en las cosas que recién había aprendido Albert.

— Eliza Legan. ¿Los mismos Legan que te sacaron del orfanato?

— Si. Como has presenciado han sido una pesadilla en mi vida.

— ¿Porque nadie ha tomado medidas contra ellos?

— Su intervención en ocasiones me ha llevado a cosas desagradables, pero también fue por ellos que conocí a Anthony, Archie y Stear y entré en el clan. Además están bajo la influencia directa de la tía abuela.

— ¿De qué manera?

— Son parientes políticos, creo. Son familia de su difunto marido. La mamá de Eliza es hijastra de la tía abuela. Siempre se han considerado cercanos a la rama principal.

— ¿No me digas que Neil es su hermano?

— ¿Ya conociste a Neil?

— Mis sobrinos me contaron lo que te hizo cuando quería casarse contigo.

— No se toman muy bien que no se les satisfagan sus caprichos. Neil quería que saliéramos, cuando me negué, él dijo a sus padres y la tía abuela que yo no lo aceptaba porque creía que la familia me iba a reprobar por mis orígenes y amenazó con hacer un escándalo por esa

discriminación que dejaría el nombre de la familia por los suelos. Tuvieron que ir contra sus "ideales" y dar el consentimiento para ese matrimonio. Sin que yo tuviera nada que ver en el asunto. Fue desagradable.

— ¿Cómo es que no tenías en quien apoyarte?.

— Cuando Neil me acosaba, estaban pasando cosas más graves; Anthony había tenido un accidente y estaba incapacitado, Stear fue enviado a una campaña al extranjero durante su servicio militar, Archie, aun con la preocupación por su hermano me propuso escapar, pero yo no quería escapar. Me las arreglé para averiguar dónde podrías estar, me presenté de improviso y te conocí.

— Un enorme movimiento para pedir un favor a alguien que no conocías.

— En realidad me presente ante ti con toda la intención de renunciar a la protección de los Andrew si me pretendían obligar a eso. No fue precisamente la primera vez que nos vimos. Eso facilitó las cosas.

— Algo de eso me dijeron. Ellos creían que era un amigo tuyo.

— Tu eras tan descarado. Como nadie sabía como eras y todos pensaban que eras un anciano, andabas por todos lados. A veces eras un mesero en una fiesta, a veces te encontraba en el parque, al salir de la escuela, en todas partes te veía.

— Impresionante, de entre todas las personas que veías a diario, me elegiste a mi para acercarte y hacerte mi amiga.

— Fuiste tú quien me eligió. Cuando todavía estaba con los Legan, me llevaron de excursión y como en Hansel y Gretel querían perderme en el bosque. Tu me ayudaste a ir de regreso a su casa. Creí que eras alguien del pueblo, cuando te veía me acercaba a saludar y charlabamos, nos llevábamos bien, me aconsejabas, escuchabas mis problemas, te reías de mis complejos, te consideraba mi amigo.

— Con lo parecidos que somos Anthony y yo. Cómo no nos relacionaste.

— Porque además de descarado, eras un maestro del disfraz. Usabas el cabello oscuro, largas barbas, anteojos oscuros, ropa que no se ajustaba a tu físico. De inmediato uno podía ver que no eras lo que aparentabas, podrías ser tantas cosas opuestas a un Andrew.

— Qué divertido, tú llegaste a ser una Andrew y yo no lo parecía.

— Eso nos hacía interesantes el uno al otro. Cada vez que nos veíamos teníamos diferentes papeles. Cuando era una niña desvalida tu eras un héroe. Cuando fui una Andrew te estaba escondiendo de los guardabosques de la propiedad. Cuando me escapaba de clases tu me dabas refugio para que no me atraparan. Cuando estudiaba para enfermera me ayudabas con las lecciones.

— Y ahora soy tu paciente. Otro giro sorpresivo del destino.

— Para una enfermera no es un giro del destino atender a miembros de su familia.

OctoBert - Día 14. Kilt x Fran

Con el **kilt** bien planchado

— ¿Cómo decidiste ser enfermera?

— Aún cuando los Andrew me adoptaron, la tía abuela no era tan fan de ocuparse de mí, así que me enviaron a un internado. Ahí tampoco eran muy fans de educarme y en unos meses se rindieron y me expulsaron. Después de que me expulsaron del internado me fui a vivir sola, conseguí un trabajo de medio tiempo, pague una pensión, tenía algo de dinero aun de las mensualidades que me daban. No quería que la familia se enterara y solo lo hable con Georges, él me pidió que me mantuviera en contacto mientras averiguaba que quería hacer en el futuro por lo que le escribía un par de veces al año para hacerle saber que estaba bien. Apenas me estaba adaptando a ese estilo de vida independiente y volviste a mi vida. Mi trabajo consistía en entregar y recoger paquetes. Un día cualquiera estaba apenas llegando en el aeropuerto y tu salías de ahí porque regresabas de África, te había mordido un león, de todas las cosas.

— Que clase de inconsciente va a dar a las fauces de un león.

— Por eso no querías que se enterara la familia, no podías volver a curarte ahí, pero a mi me dijiste que estabas sin fondos. Obviamente te creí. Te di asilo y te cuide esos días, se te infectaron un poco las heridas, intente cuanto remedio pude investigar hasta que estabas 100% sano con una cicatriz de la que presumir. Una vez recuperado no te fuiste, rentaste un cuarto en el mismo lugar que yo, vivimos por un tiempo en esa humilde pensión. Fortalecimos nuestros lazos, cualquier tiempo que teníamos libre lo pasábamos juntos. Me motivaste para que siguiera estudiando y aunque yo no hice nada por ti, creo que estabas fascinado por experimentar la vida de las personas comunes. Regresé a la escuela a terminar el bachillerato y tú no sé qué hacías pero tampoco parecías querer ir a algún lado.

Cambiaste varias veces de trabajo, decías que estabas buscando el empleo que quisieras hacer para toda tu vida. Curiosamente yo lo descubrí por algo de lo que me dijiste mientras cuidaba tus heridas, me hizo querer ser enfermera o al menos pensar que tenía mejores posibilidades haciendo eso que cumpliendo con las expectativas de los Andrew.

— Hasta yo estaba evadiendo esas expectativas.

— Son muy difíciles de cumplir. Después decidí estudiar enfermería, me ayudaste a prepararme para el examen de ingreso y cuando lo aprobé me tuve que marchar a otra ciudad, volví a entablar relaciones con la familia como le había prometido a Georges.

— ¿Qué impresión se habrían llevado si nos hubiéramos mantenido juntos?

— Supongo que por eso fue que nos separamos. También era más fácil reconocerte, te convencí de decolorarte el cabello para fingir que nuestra cercanía se debía a que éramos parientes y no cualquiera de las otras mil cosas que se les ocurría a los vecinos.

— Después de tan bonita amistad, habrá sido difícil romper contacto.

— Me escribías y mandabas regalos, pero yo no sabía dónde localizarte. Y ya ves aquí estamos, tu ocupándote al frente de tus negocios y yo trabajando en el hospital.

— ¿Eso es todo?

— Fue lo que me preguntaste. Así fue como llegué a ser enfermera.

— Siento que me ocultas algo.

— Lo hago, recuerda que solo debo contarte sobre lo que quieras saber y no imponerte ninguna información sin que estés preparado para la carga de sentimientos y responsabilidades.

— Está bien.

— ¿Por qué sonrías de esa manera? ¿Haz recordado algo?

— No, solo pienso en como hacer la pregunta que me de la respuesta de lo que ocultas

— No te estreses por lo que se te escapa, como para olvidarte de lo que te hará ser tu.

— Sé reconocer un cambio de tema cuando se me presenta. Me dices por favor de que reunión estaba hablando Eliza.

— Todos los meses hay una reunión para miembros del clan. Es como un trámite administrativo, se anuncian bodas, futuros nacimientos, se presentan nuevos miembros del clan. También los que han permanecido lejos del clan tienen una oportunidad de volver a crear lazos. No tiene siglos realizándose, por cierto. La implantó la tía abuela cuando tomaste tu puesto, porque todos los días había gente solicitando audiencia para presentarte sus respetos. Limitó la zalamería para solo una vez al mes.

— Entonces es obligada mi presencia

— Solo lo fue los primeros meses. Incluso usabas el traje tradicional escocés, con el kilt bien planchado y el saco de gala. Con el tiempo se ha ido relajando. Además no siempre estás disponible por tus viajes de negocios. Pero a la familia le gustó reencontrarse así y no tener que pagar por una reunión, así que se ha mantenido los siguientes años.

— Lamento que hayan tenido que cambiar los planes porque no me puedo presentar ante tantas personas que me conocen.

— Para nada. La tía abuela debe estar contenta por poder sacar la reunión del jardín de la mansión. Siempre se queja del estado en que dejan el pasto. Aunque sí es lamentable no verte más seguido usando el kilt.

— ¿También lamentas la pérdida de las tradiciones como Eliza?

— Jajajaja. Claro que sí. Eliza tiene toda la razón.

Después de dar un largo rodeo por los senderos de la propiedad Candy y Albert finalizan el paseo a la orilla del lago. Ella ha recuperado su ánimo habitual y Albert tiene más cosas en que pensar más tarde en la tranquilidad de su habitación.

El pequeño incidente con Eliza le dio a Albert una nueva perspectiva de porque su tía Elroy y los demás se tomaban tantas molestias en manejar con sumo cuidado el asunto de sus recuerdos perdidos. No solo estaban preservando la estabilidad de Albert sino la de todo el clan.

Las razones para ocultar que, debido al accidente, Albert quedó afectado por la amnesia se multiplicaban. Anunciarlo de un momento a otro, cuando ya había pasado tiempo desde el accidente lo haría sospechoso tanto de que se tengan tan malas medidas de seguridad como de que su seguridad esté en riesgo incesantemente. No podían retractarse sobre todo porque, en su calidad de presidente, Albert ya había interactuado por videoconferencia con algunas personas que no verían con buenos ojos haber sido engañados.

Si había sido un error mostrar a William Albert Andrew sin estar seguros de que su recuperación sería rápida o no, estaba fuera de la discusión. Mientras más discreción guardaran al respecto, más avivarían el deseo de los medios para especular. La falsa normalidad proporcionaba más tiempo para dar con un plan que no tuviera tantos efectos negativos tanto en el negocio como en la familia.

La discusión sobre la posibilidad de que el presidente de las empresas Andrew tomará unas largas vacaciones concluyó que solo haría que más personas se interesaran e intentaran entrometerse llegando a la verdad eventualmente.

Actualmente, el pequeño equipo compuesto por tía Elroy, Archie y Georges canalizaban sus energías en diseñar un plan para la reestructuración de las diferentes divisiones de las empresas nombrando un director para cada una de ellas para reducir la presencia del jefe del clan en muchos de esos negocios. Al escuchar las propuestas, hasta el mismo Albert se daba cuenta de que no había forma de que, hacer un anuncio de esa índole, no afectara en forma negativa las acciones, los negocios en curso y los futuros.

No solo los negocios eran un motivo de preocupación, los asuntos financieros a fin de cuentas tienden a caer y recuperarse por diferentes causas. La estabilidad del clan ha estado en riesgo desde que el padre de

Albert falleció. Para muchos, Albert es el sucesor del hombre que lideró el clan tras la muerte de William C. Andrew. Si los nombres que comenzaban con A se popularizó en la familia se debió a William A. Andrew. Albert era heredero de esa costumbre y no debido a quien se inició.

Que el actual jefe del clan renunciará a tan pocos años de haber asumido el cargo iba a dar lugar a un examen exhaustivo de las ramas de la familia para encontrar al siguiente. No solo descubrirían que los lideraba un niño desde los 8 años, sino que habían sido manipulados para pensar otra cosa.

Con todo ese peso sobre sus hombros, Albert apreciaba que, tanto el niño que ascendió al poder a los 8 años como el hombre que ahora ha olvidado su pasado, contaran con personas tan dispuestas a ayudarlo a encontrar soluciones. Si bien tuvo que pelear un poco por el derecho a tener información ahora tiene una mayor cooperación en ese aspecto.

Afortunadamente muchas cosas se estaban dando de forma natural. Ya fuera su inteligencia natural o el aprendizaje adquirido durante años de riguroso estudio, estaba preparado para varias de las responsabilidades de su viejo yo. De no ser por el relato de Candy de su tiempo compartido nunca hubiera podido adivinar que actuar era una de ellas. Fingir ser el tío abuelo William, líder del clan Andrew, se ha convertido en su principal ocupación y no le desagradaba del todo haber encontrado esa forma para manejar que aún se siente ajeno a esas personas y a ese entorno.

OctoBert - Día 15. Amabilidad x Fran

El rey de la amabilidad.

No sabe si fingir es la respuesta, pero proporciona también un margen a Albert para que la presión en la familia se aligere. Los que están al tanto de su pérdida de memoria se han preocupado tanto por detallar cada aspecto de su vida diaria que apenas si tiene un minuto libre durante el día para pensar en todo los huecos que aún le falta por llenar de quien fue el viejo Albert.

La vida de William Albert Andrew es fácil de darle seguimiento porque, aparentemente, hay una especie de guión, hay asistentes, hay agendas que cumplir. La vida de Albert ha sido un poco más complicada, no se puede resumir más de 3 décadas en unas cuantas semanas y es en las noches, en la tranquilidad de su cama, que puede explorar cómo es que no se siente identificado con la forma de vida de los Andrew.

Todos ellos son cálidos y simpáticos, ha sido fácil relacionarse en las pocas reuniones que han compartido, incluso con la tía Elroy, quizá porque los choques de antaño ahora carecen de peso y ha dejado de reprochar lo que el viejo Albert hizo. Aun así el estado de las relaciones son desiguales, ellos ya habían desarrollado sentimientos por él y Albert apenas los está construyendo. No les puede devolver las frases de cariño, la emoción de cada abrazo, la alegría de sus sonrisas con la misma intensidad con la que ellos lo desearían.

Debido a la reunión familiar se encontró solo en la mansión con un número reducido de los miembros del personal, ya que en su mayoría fueron convocados al hotel donde se realizó. No le dejaron instrucciones de

ningún tipo. Era tan absurdo sentirse abandonado y no pensar en nada que hacer hasta la cena, si es que llegaba a tener hambre.

Estaba en la posición que organizaba su propio horario y se preparaba por su propia cuenta para las tareas elegidas. Repasaba los perfiles de las personas con quienes trabajaría, leía los proyectos para al menos familiarizarse con los términos durante las juntas. Los fines de semana estaban llenos de invitaciones, al club, a algún evento, comidas y fiestas. No agendó nada, a la espera de que Candy no asistiera y pudieran pasar tiempo juntos.

En realidad ella estaba muy comprometida con muchas actividades de la familia y regularmente era quien ponía a Albert al tanto de lo que andaban los demás. Probablemente haya asistido a la fiesta en su papel de enlace de Albert con el resto del mundo.

También Stear era el más comunicativo y quien regularmente era designado como el acompañante y guía para cada una de esas actividades que no le deberían ser ajenas a Albert. De sus sobrinos Stear era el que tenía un horario flexible, pero por sus ojeras era fácil darse cuenta que trasnochaba, quizá asistiendo a sus clases en línea o trabajando en sus proyectos.

No son los únicos atrapados en ese estado intermedio donde hacen malabares con su vida rutinaria y el limbo donde se encuentra Albert, donde es demasiado pronto para involucrarse en todo lo que conlleva su antigua vida y donde no ha encontrado ningún fuerte estímulo hacia al cual encauzar su futuro.

Ante la inminente reunión del clan, salieron a flote algunos pormenores de la reunión en la cual se accidentó. Por una parte Candy les resto importancia, pero por otro lado esa debió serlo, tan solo por las personas que asistían.

Candy le había dicho que ese había sido el motivo de su presencia en la mansión como si no pasara tiempo en ella.

Stear había venido por sus vacaciones y se había quedado para ser útil.

Los padres de los Cornwell también habían vuelto de Arabia, donde dirigían las operaciones del negocio del clan en medio oriente, pero regresaron a su lugar de trabajo cuando les informaron que con descanso se recuperaría y desconociendo que padecía amnesia.

Los Legan estaban establecidos en Florida, pero no solían faltar a las reuniones mensuales, de ahí la molestia de Eliza por el cambio de planes. Le molestaba hospedarse en un hotel en vez de la mansión, a pesar de que su familia se dedicaba a la hotelería.

Rosemary tenía un negocio de floricultura y aprovechaba las rutas en que su esposo Vincent navegaba para intercambios internacionales por lo que dividía su tiempo entre Chicago y altamar. Siendo una coincidencia que se encontrara en Chicago.

Anthony pensaba fundar un laboratorio para sus propias investigaciones, por lo pronto adquiriría experiencia colaborando con la universidad de Chicago y con una fundación para lograr la independencia sustentable de pequeños agricultores. Por lo que la mayor parte de sus labores se realizaban en las áreas rurales.

Nada en el comportamiento o las cosas que dejan escapar al respecto le da a Albert una idea de si celebraban algo tan relevante como para atraerlos desde las diversas partes del mundo donde se encontraban o si solo era una casualidad.

No se escapaba de su comprensión que algunos miembros de la familia eran excéntricos. Lo que en una familia con tan arraigadas costumbres resultaba incongruente. La casa Andrew no deja de ser una marca y algunos de sus integrantes tenían los gustos más dispares que no se apegaban a los rubros de los negocios del clan, centrados mayormente en la banca y las finanzas. Sin embargo esta diversificación ha llevado a la

expansión de los negocios familiares desde que Albert inició su gestión al frente de los negocios de la familia.

¿Quién diría que en su calidad de rey de la amabilidad también obtenía dividendos? Escuchando "entre líneas" ha encontrado que la generosidad de William A. Andrew es lo que ha distinguido su liderazgo de los de sus predecesores. ¿Cuánta de esa amabilidad provenía de Albert y cuánta era parte del programa de relaciones públicas de William A. Andrew? Probablemente ninguna, conociendo la disciplina e inflexibilidad de la tía Elroy. ¿Eran acaso los consejos de Georges? Aun cuando era admirablemente responsable y un organizador impecable, a Georges no le gustaban los experimentos, su tarea consistía en tirar de la cuerda y mantener todo unido.

Elroy, Archie y Georges eran los únicos que colaboraban codo a codo con él para dirigir las empresas Andrew. Pero no sería para siempre. La edad de su tía, la juventud e inminente boda de Archie y Georges que, por muy eficiente que fuera, no era uno de los descendientes de los Andrew eran suficiente motivo para saber en quien caían esas decisiones.

Las concesiones a que las pasiones de algunos miembros de la familia se conviertan en modos de vida para ellos iban más por el camino de crear caos que el de obtener ganancias. Esos actos de amabilidad eran 100% de Albert. Le produjo una inmensa satisfacción saber que era ese tipo de persona y que era una cualidad que aún mantenía.

Descubrirse a sí mismo encabezaba la lista de cosas que hacer para superar la amnesia. Llegar a estas revelaciones de su carácter lo alientan a no desviarse de su objetivo. Necesita tanto dejar de depender de los demás, de liberarlos para que sigan con sus planes.

Ser amable, preocuparse por los demás, no es algo nuevo que recién descubra, es algo que viene desde lo más profundo de su ser no como un recuerdo sino como una convicción.

OctoBert - Día 16. Cuarto cero x Fran

Pensamientos sobre su cuarto cero.

Si bien su antiguo yo lo intrigaba, Candy también lo hacía.

Su mente le ha develado algunas habilidades y conocimientos interesantes pero cualquier cosa en relación con las personas de su pasado permanece oculto tras las cortinas del olvido. Por lo pronto su memoria ha dejado de ser ese espacio vacío y negro, las pocas luces que inicialmente se asomaban ahora brindan suficiente iluminación para reconstruir y darle forma a algunos recuerdos genéricos.

La visualiza como una habitación que debe ser decorada y amueblada. Por lo pronto está vacía, pero es más fácil asignar sectores donde se acumulan conocimientos y despejar aquellos donde hay mayor resistencia para ser ocupados. Los va enumerando simbólicamente, conforme han ido manifestándose, dejando el número 0 para las incógnitas que aún falta por revelar. Dentro de ese cuarto cero se forjaba un espacio imaginario con la silueta de Candy que urgía ser revelado.

De alguna manera sentía que estaba ligado a ella y había dejado de creer que era únicamente su formación médica la que la hacía actuar frente a él de la manera en que tan atinadamente había hecho.

Cuando se despertó entre extraños fue ella quien les dio nombres a las caras, lo situó en el lugar en que estaba y le transmitió mucha calma pese a lo inusual de su condición. Probablemente sea normal en él confiar en los demás de buenas a primeras, pero nadie que recién olvida todo su pasado confiaría de esa manera como lo hace Albert con Candy.

No cabe duda que de entre todos no solo es la que mejor llegó a conocer al antiguo Albert sino que se las ha arreglado para adaptarse al ritmo de

cómo se va descubriendo ahora. ¿Qué los hace tan afines? ¿Por qué está tan dispuesta a sacrificar su actual vida para mudarse de tiempo completo a la habitación de al lado? ¿Por qué no se permite él mismo dejarla ir?

Hay tantas cosas que le gustaría preguntar a Candy, a pesar de que ella es muy rígida en cuanto a solo responder a preguntas específicas. Para encontrar la forma de llegar a los temas deseados requeriría charlas muy largas y soportar una sobrecarga de antecedentes, sin embargo sus horarios de trabajo se trasponen frecuentemente y el tiempo que antes pasaban juntos ahora se ha visto reducido. Es gratificante verla corriendo de acá para allá, sonriendo y animando a quienes hacen el trabajo doméstico, hablando y respondiendo mensajes por su teléfono que no puede estar en silencio por menos de 5 minutos, mediando entre Dorothy y la tía Elroy para que no su tía no complique la labor del personal de la casa. Simplemente no es capaz de quedarse quieta el tiempo suficiente para una larga conversación. Eso debería desesperarlo pero se siente como si fuera el orden natural de las cosas.

La lluvia en el exterior golpea furiosa contra los toldos y las hojas de los árboles, el olor tierra mojada se filtra y lo invita a salir a presenciar el regalo de la naturaleza. En la habitación de al lado las puertas se abren casi al mismo tiempo para permitir a Candy salir a contemplar la lluvia.

A la mente de Albert vuelven esas dudas sobre si esto es algo que acostumbran hacer a menudo, pero se siente injusto que sea ella quien deba siempre estar proporcionando información cuando Albert no tiene mucho que ofrecer a cambio. Quisiera darle mejores noticias sobre lo que va encontrando familiar en vez de que ella llene los espacios vacíos para él. Candy es totalmente del tipo de personas que se atreven a bailar bajo la lluvia y es la primera vez que Albert ve llover en la mansión parece lógico que ambos quisieran salir a verlo.

Es bello y es tranquilizante, se quedan en silencio hasta que la noche termina por oscurecer el jardín. Preguntarle a Candy si desea que hagan algo más surge tan espontáneamente que se siente como una forma de hacer real, un momento que parece de ensueño.

Lo que tiene la realidad es que golpea con sus simplezas e inconvenientes, pues Candy estaba muy cansada para ir a algún lado y él no quería ir si no es con ella. Albert no sabe si sentirse decepcionado o aliviado. De hacer algo juntos lo tendría que dejar en manos de Candy y hasta ahí iba a llegar su gran iniciativa. Cuando está a punto de irse derrotado de vuelta a su habitación la escucha hacer una invitación.

— ¿Quieres entrar a ver algo en la televisión? — Acepta de inmediato porque parece una continuación de contemplar la lluvia a contemplar algo que sucede en una pantalla.

La habitación de Candy no ha cambiado mucho desde la única vez que estuvo aquí, los baúles y cajas siguen en el mismo lugar, hasta parece que hay más bultos y canastas y la ropa colgada tiene diferentes colores por toda diferencia.

Frente a los muebles frente al aparato, Candy el control remoto de la mesa y se lo ofrece a Albert para que encienda la televisión mientras ella va a uno de los aparadores y saca una bolsa de frituras y una caja de chocolates que lleva a la mesa junto con la jarra llena de agua y dos vasos.

Se arroja sobre el sofá, después de que Albert optó por uno de los sillones reclinables y mira a los niños que juegan fútbol en la pantalla.

— ¿Qué te apetece ver?

— No tengo preferencias - No ha visto mucha televisión en realidad.

Algunos documentales y videos de eventos familiares o empresariales.

— Bien, me dices cuando haya algo que quieras ver. - pidió ella mientras levantaba el control remoto y comenzaba a explorar lo que había en cada canal.

Pasaron por los canales de noticias y deportes, los shows de realidad y los concursos. Las telenovelas y series, por un instante se detuvo en los dibujos animados, pero viendo el desinterés de Albert continuó avanzando programas hasta que una trepidante persecución nocturna en el bosque alternando con escenas de criminales y policías mientras los créditos iniciales de una película presentaban al elenco y el equipo técnico lo hizo inclinarse hacia enfrente. Había elegido que ver.

La película es un drama de acción donde un policía corrupto y un criminal con un estricto código de honor se ven obligados a trabajar juntos contra un mal mayor. El título "Tabula Rasa" le recuerda a sus propios pensamientos sobre su cuarto cero. Estos dos enemigos tienen que aprender a colaborar dejando atrás sus viejos conflictos.

— Creo que ya vi esta película.

— La acaban de estrenar en la tv y no sueles ir al cine, mucho menos ver este tipo de entretenimiento en casa, prefieres actividades al aire libre.

¿Qué se te hace familiar?

— No sé si habrá sido la escena inicial del bosque, pero es como si ya hubiera estado ahí. Cada vez que se avecina una escena a golpes, lo sabes por el lenguaje corporal.

— Bueno, la historia no es tan original. Tal vez, las actuaciones sean exageradas y poco creíbles.

— La actuación es muy buena, pero este actor en particular está telegrafando todos sus movimientos, sería fácil ganarle en una pelea.

— Se filma de esa manera para crear emoción en los espectadores sobre el próximo golpe.

— No es eso, es la rutina de golpes. Las 3 veces que ha peleado es una variación de los mismos movimientos.

— Claro que los conoces, si tu se los enseñaste.

— ¿Le enseñé a pelear a Terry?

— ¿Recordaste a Terry?

— Lo vimos en la película cuando fui con mis sobrinos

— ¡Esos tramposos!...

— ¿De qué hablas?

— Te llevaron a ver esa película donde aparece alguien que conoces.

— ¿Conozco a un actor famoso?

— Lo conocimos cuando todos éramos pobres y no sabíamos qué hacer con nuestra vida

Mientras estuvimos en Nueva York, tu regresaste de África y yo regresé expulsada del colegio en Londres, pues en ese entonces Terry seguía los pasos de su mamá que es actriz, hacía audiciones.

— ¿Cómo coincidimos con él?

— Lo conociste en el bar donde trabajabas y él frecuentaba. Por mi parte era un cliente difícil, siempre encontraba motivos para criticar el servicio de entregas.

— ¿Pelemos por eso? ¿Tuve que defender tu honor?

— Jajaja Por supuesto que no. Siempre pude encargarme de él. Aunque él no era muy simpático, tu si lo eres y se hicieron amigos.

— Es raro que siendo amigos nos haya llevado a una pelea a golpes.

— En ocasiones le ayudábamos a ensayar para sus papeles. Esos movimientos se los enseñaste para obtener el papel de matón #4 en una de sus primeras películas. Le fue bien, consiguió un papel mejor que por el que fue a audicionar y su carrera despegó. Son sus movimientos de la suerte.

— Supongo que con el asunto de la fama, tu trabajo y los negocios ya no somos cercanos.

— Quedamos en ser esos conocidos que se mandan tarjetas de navidad y cumpleaños. ¿Te interesa verlo?

— Me gustaría practicar unos golpes.

— Eso es terreno de Georges. Él nos ha enseñado artes marciales

— ¿A ti también?

— Claro, ¿por qué te sorprende?

— No me sorprende.

Recibe una sonrisa por toda respuesta y regresan su atención al momento clímax de la película.

OctoBert - Día 17. Sandwich x Fran

Sándwich de queso fundido a medianoche.

Aun cuando Candy no puso oposición a las sesiones de entrenamiento de artes marciales, Georges sí lo hizo y tuvo que consultar con el doctor que recomendó esperar un mes más antes de arriesgarse con la posibilidad de golpear la cabeza nuevamente. Habían dicho lo mismo sobre montar a caballo, el golpeteo rítmico del galope podría ser contraproducente. Sin embargo ya podía hacer largos viajes por carretera o volar en avión. No es que aún esté preparado para pretender ser el mismo que han conocido sus socios y clientes, sobre todo porque muchos de esos viajes los hizo sin compañía. Son del tipo de cosas que solo el viejo Albert sabe. Sin embargo puede ir de vacaciones, pero Candy ha dicho que hasta mayo no tiene tiempo libre, así que ni contempla hacer planes.

Poco a poco ha ido recuperando partes de su vida, conquistando cada vez un poco más de independencia, reconstruyendo lazos. Están más lejanos los días en que creía que no iban a dar resultado los intentos de reintegrarlo en la vida que ese otro Albert había construido. Probablemente no hubiera puesto mucho de su parte para acatar la rutina y el arduo trabajo de no ser por la confianza que Candy y Georges tienen en él.

Ya no es necesario que estén constantemente sobre él recordando sus ejercicios, voluntariamente estudia los informes de sus relaciones para facilitar su trato con ellos en caso de no estar rodeado de las personas que le pueden echar una mano y en cuanto al papel que debe desempeñar en la oficina, se le da mejor cada vez.

A diferencia de otros, este ha sido un día divertido en el trabajo, hizo una observación sobre el comportamiento de los intereses en ciertas inversiones que no siempre tendían a apegarse al ritmo de la inflación y

dio pie a nuevas ideas de cómo reestructurar algunos créditos, de ofrecer ciertos paquetes y otras transacciones en base a eso. Georges inclusive lo llamó revolucionario. Tenía tantas ganas de contarle a Candy como el viejo Albert resurgía para hacerse cargo de sus labores.

Pero tendría que esperar otro día porque esa noche Candy tenía guardia nocturna y estaba en camino al hospital cuando regresó de la oficina. Cuando eso sucedía no la veía en el desayuno del día siguiente porque su turno se alargaba el doble de tiempo y cuando regresaba apenas se podía mantener despierta durante la cena.

Después de la cena Candy y la tía Elroy se despidieron y se marcharon a sus habitaciones. Ante la falta de algo que hacer, Albert salió al jardín a dar una vuelta. Caminar lo ayudaba un poco a distraerse cuando las cosas se acumulaban en su cabeza y no encontraba un lugar donde acomodarlas y los exteriores de la mansión eran tan extensos para agotar todas esas inquietudes.

Horas después seguía dando vueltas en la cama pese a haber hecho todo lo posible por distraerse. William A. Andrew tenía todo lo que muchos podían desear, estabilidad económica, una casa bien organizada, un trabajo demandante y lucrativo, incluso una familia unida y comprometida, eso era lo que había heredado pero seguía existiendo ese hueco a nivel personal. Este logro, quizá cotidiano para el viejo Albert, lo sentía como algo propio y que deseaba compartir, ya había sido felicitado por Georges y se había regodeado frente a la tía Elroy, pero extrañaba la alegría de Candy ante esos pequeños avances.

Realmente lamentaba que su horario se alterara debido a sus guardias nocturnas. La última ocasión descubrió que Candy se acostaba temprano y se despertaba de madrugada tras cierta noche que se escabulló a la cocina por un bocadillo. Claro que para ella eso no es necesario, ya que guarda comida en sus cajones. Sin embargo no estaría de más aprovechar

su insomnio para cocinar algo que le guste y tener un buen pretexto para invitarse a su habitación para tener esa charla que le está robando el sueño.

Esta vez no cierra la puerta para no hacer ruido y dar la sorpresa a Candy una vez que todo esté listo. Le gusta mucho esa cocina, parece diseñada especialmente para este tipo de situaciones, comidas improvisadas para unas 4 o 6 personas como si su antiguo yo tuviera invitados informales frecuentemente. Hasta el momento, fuera de su doctor y su tía a nadie se le ha permitido ir mas allá de la primera planta y ningún amigo se ha presentado intempestivamente, pero no deja que muera esa esperanza de que haya tenido espacio en su vida para ese tipo de personas que no encajan en la formalidad de los Andrew.

Tal como lo esperaba, encuentra en el refrigerador una gran porción del queso suizo favorito de Candy. Reunió los demás ingredientes, encendió la parrilla y preparó los sándwiches como si no fuera la primera vez que lo hacía.

Una vez que los bocadillos estuvieron listos buscó unos platos y una charola para llevarlos a las habitaciones, pero se le presentó un problema que no había contemplado, la escalera para llegar a la habitación de Candy está en el otro extremo de la suya y no sabe si pondrá seguro a la puerta y ella deba levantarse para abrirle, pero también se le hace un atrevimiento colarse por la puerta del balcón, así que lo que hace es hablarle por teléfono para saber si está despierta.

— ¡Albert!, ¿pasa algo?

— ¿Te desperté?

— Estaba casi despierta. Mi horario interno cree que ya he dormido suficiente. ¿Qué necesitas?

— Bajé a la cocina y tenían el queso que dijiste que te gusta. Te he preparado un sándwich de queso fundido ¿Quieres que te lo suba?

- Solo si va acompañado con un vaso de leche con chocolate muy fría.
- Hecho. Voy a entrar por el balcón ¿de acuerdo?
- Como gustes.

Cuando llega al balcón, Candy está al otro lado esperando a Albert con las luces encendidas y vestida con un pijama exactamente igual al que él trae. Es azul claro con rayas verticales azul oscuro que se ha convertido en su favorita, no sabe si por el color o por lo suave que es. Apenas lo ve llegar abre las puertas y una vez que pasa las cierra de inmediato. No hace tanto frío pero por lo visto ella no ha puesto la calefacción.

- ¿No te importa si comemos en la cama? No quiero que pierda calor cuando me vuelva a dormir.
- Deberías encender la calefacción.
- Pero luego se siente mucho calor, prefiero manejarme con las mantas.
- Bien, mientras seamos extracuidadosos de no derramar nada.
- Excelente.

En la cama hay suficiente espacio para ellos dos y la charola. Lo primero que Albert quiere saber es quien le robó el pijama a quien, pues resulta que fue un regalo de Candy de hace tanto tiempo que ella ni sabía que aún la tenía o la usara. Como Albert en realidad no presta atención a la ropa, es Cecil quien lo hace. En una ocasión estaba bajo su almohada y se sintió tan cómoda que ha dado instrucciones para que se rote lo más frecuentemente posible. Ella solo sonrío cómplice, conocedora de la comodidad de la prenda.

Memoria procedimental fue lo que dijo Candy cuando Albert le relató lo relativamente fácil que fue analizar los informes y separar cuales prestamos funcionaban con los intereses de acuerdo a la inflación y cuáles no. Y aunque era la primera vez que daba un paso adelante, regularmente llegaba a las mismas conclusiones que la mesa de negociaciones antes que ellos, pero no se había sentido seguro de estar en lo correcto, pero en

ese momento había actuado sin pensar, sabiéndose seguro de tener toda la autoridad y la convicción para hacerlo.

Al igual que con algunas otras cosas, no se siente como si esta fuera la primera vez que hacen esto de quedarse conversando en la cama hasta altas horas de la noche. Ni siquiera cuando la alarma de Candy suena a las 7 de la mañana y descubren que se quedaron dormidos mientras conversaban. En algún momento Candy le prestó una manta a Albert porque dijo sentir frío y envuelto por la calidez y la comodidad se olvidó de volver a su habitación dejándose atrapar por el sueño.

Probablemente Candy estaba tan acostumbrada a cuidarlo que ni siquiera hizo un intento de echarlo de su habitación, le dijo que descansara todo el tiempo que necesitara mientras ella se preparaba para ir a su trabajo. Pero Albert por primera vez estaba muy entusiasmado por ir a la oficina, así que rechazó la recomendación y también fue a prepararse para iniciar el día.

OctoBert - Día 18. Fiesta/Celebración/Baile xFran

¿Por qué debo asistir a esa **celebración**?

Las visitas entre Albert y Candy a sus respectivas recamaras se multiplican. Antes del desayuno, después de la cena, cuando los ataca el insomnio, algunas tardes que coinciden, por lo que no es sorpresa encontrarse a Candy sentada en su sala leyendo uno de esos gruesos libros que acostumbra al regresar de un día muy largo en la oficina.

Con el otoño adentrándose, la puerta de su balcón permanece cerrada, Candy debió dar la vuelta de su camino habitual para subir por las escaleras del otro lado cargando ese libro que se ve muy pesado.

— ¿Qué estudias?

— Abrieron otra fecha para el ascenso que perdí la otra vez por el permiso que solicite. No es el mismo puesto, pero estaré más cerca de lo que quiero.

— Más tiempo con los pacientes y menos trámites burocráticos.

— No sé porque la enfermería se tiene que convertir en más papeleo que atención a los pacientes. ¿Cómo me entiendes cuando tu trabajo es todo lo contrario?.

— No amo el papeleo ni mucho menos, pero tener todo documentado y todos conectados a esos datos ayuda a que no tenga que hacer muchas preguntas.

— Mírate, ya estás volviendo a ser todo un estratega.

— ¿Tienes mucho esperándome?

— Probablemente no, el tiempo pasa muy lento cuando tengo que estudiar. Tenía que asegurarme de que recibieras esto.

Extiende un sobre blanco con un logotipo verde y en letras negras su nombre: William A. Andrew y familia. Por la calidad y presentación del

sobre, visiblemente se trata de una invitación. Durante este tiempo Cecil es quien se encarga de ese tipo de correspondencia.

Dentro del sobre destacan con letras doradas: Aniversario de la fundación Chicago Verde.

— ¿Qué es?

— Una celebración del aniversario de la fundación.

— ¿Por qué debo asistir a esa celebración cuando no he asistido a ningún otro evento al que he sido invitado.

— Como sabes, estábamos evitando los eventos sociales, pero es el alcalde. Él y tú trabajaron codo a codo para reunir suficientes fondos y voluntarios para evitar que los espacios verdes de Chicago disminuyan. Claro, él lo hizo por motivos políticos, ganarse a las nuevas generaciones y conseguir votos, pero tu mi querido Albert, lo hiciste porque realmente crees en ello. De todos modos el resultado fue el mejor.

— ¿Otra de esas cosas donde soy la cara?

— En efecto, Anthony y Rosemary son los que están más comprometidos con los asuntos de la fundación y claro hay un equipo que se ocupa de los asuntos contables y administrativos.

— ¿Hay algún protocolo?

— En determinado momento dirás algunas palabras y estarás en la mesa principal. No difiere mucho de otras fiestas, comida, baile, algo de conversación.

— Con gente que se supone debo conocer

— Estarás bien — Los ojos de Candy brillaban como esmeraldas pulidas, como lo único en lo que Albert solía encontrar ánimo hasta ahora. Enfrentó el paso por los médicos en el hospital, las limitaciones de la amnesia, conocer de nuevo a su familia, un trabajo de alto nivel, pero esto...

Una fiesta es un terreno nuevo y desconocido. Es más gente de la que ha estado manejando, son imprevistos, es el plan de ocultar su estado a punto de fallar. Nadie puede prever tantas variables.

— No quiero ir a una fiesta, estar entre desconocidos, no creo ser capaz de sostener el personaje de Albert frente a ellos. — Hasta el momento ha

consentido a todo lo que Candy ha puesto en la mesa, esto se siente diferente, como si algo dentro de él se resistiera.

— No tienes que hacerlo, será una reunión social, plática superflua.

Cuando sientas que se están entrometiendo te las ingenias inventando una excusa y vas por una bebida, a saludar a alguien que conoces, devuelves la pregunta, eras muy bueno en eso, no lo encontrarán diferente.

— Ven conmigo

— ¿Al baile?, pero Albert yo ya estoy...

— Te compraré un vestido

— No necesito un vestido nuevo, me las arreglaré para conseguir uno.

— Eso quiere decir que me acompañaras

— Si eso es lo que quieres.

Siendo los Andrew parte de la organización tienen información a la mano de la mayoría de los invitados, pasa horas con su tía, sus sobrinos, Georges y Candy por separado aprendiendo detalles de esas personas que William A. Andrew debería conocer. La estrategia es que esté en compañía de cualquiera de ellos o que los use de pretexto para alejarse cuando las cosas escapen de sus conocimientos recientemente adquiridos.

Incluso debe enterarse de algunas cosas sobre su sastre personal antes de que este se presente para hacerle su nuevo traje. Por fortuna al hombre solo le gusta despotricar contra el gobierno y las tendencias que contaminan el buen vestir.

Su traje de fibras 100% naturales llega un par de días después, lo que aumenta su ansiedad ante el engaño masivo que está a punto de ejecutar. Aún está a tiempo de dar marcha atrás, pero todos han invertido tanto tiempo en prepararlo que su culpa sería mayor a su inconformismo si los decepcionara.

Con la ayuda de Cecil se prepara y recibe los últimos consejos de etiqueta social. Por lo menos la ropa se siente bien, será una cosa menos en qué pensar mientras intenta que no se escapen de su cabeza rostros, nombres, temas comunes, etc.

En la planta baja Candy lo está esperando y no puede contener su asombro. Todo lo que le han dicho sobre Candy versa mucho sobre lo poco sofisticada que es, ni siquiera su profesión, tan pulcra e impecable, lo podría haber anunciado, ella es extremadamente agradable y carismática, claro, eso hace que sea atractiva su compañía, pero de ahí a lucir tan espectacular en un vestido de seda que se ajusta y se amplía en los lugares adecuados con un maquillaje que destaca cada uno de sus rasgos característicos y esa hermosa masa de rizados dorada recogida en caprichosos remolinos alternándose con pedrería y listones.

Si ya lo llenaba de cierta inquietud ir a esa fiesta con ella, ahora siente que todos deben verlo en su compañía. Instintivamente seca las palmas de sus manos en la tela de su pantalón, avanza el tramo que lo separa de Candy y le ofrece su brazo al que ella se engancha enseguida con una gran sonrisa.

La limusina que los espera en la entrada luce formidable. No es una novedad que no sea rentada a juzgar por el escudo de la familia en las puertas en un tono mate. El chófer los espera con la puerta abierta y Albert ayuda a Candy a entrar en el vehículo tomando su mano para que ella pueda maniobrar su vestido sin perder el equilibrio.

La tía Elroy le lanza una mirada irritada desde el interior en cuanto asoma la cabeza, sabiéndolo culpable de la tardanza. Fue una discusión de todos los días la renuencia de Albert para asistir al evento y se demoró deliberadamente en su arreglo porque aún no estaba convencido. Aunque alegaban que la fiesta no era trascendental sino una simple formalidad, no estaba impaciente por presentarse.

Como siempre, Candy rompe el hielo con su entusiasmo por lo que les espera. El auto se pone en marcha y reciben más indicaciones de como manejar algunas situaciones de parte de su tía Elroy.

Es un evento verde y por lo tanto tienen que dar muestra de su compromiso de reducir los daños el ambiente compartiendo el viaje con el resto de la familia. En el camino recogen a Rosemary y Anthony y después a Stear, Archie y Annie, la prometida de Archie.

No han llegado a su destino y Albert está a punto de cometer su primer tropiezo antes de recordarse que se supone ya conoce a Annie y la ha tratado. La saluda de la forma más natural que puede y la felicita por su apariencia al igual que hizo anteriormente con las otras damas que los acompañan, consciente de que no debe hacer diferencias si es que Archie aún no ha revelado el asunto de su amnesia.

Es todo lo que se le permite hacer, Annie y Candy inmediatamente después de los saludos se enfrascan en su propia conversación, mientras los demás están emocionados por las personas que esperan ver en la celebración.

La limusina se detiene y todos ajustan sus ropas preparándose para salir. Archie y Annie encabezan la comitiva Andrew. En seguida Stear ayuda a la tía Elroy a salir. Anthony y Rosemary son los siguientes y Candy y Albert cierran el grupo.

OctoBert - Día 19. Poema x Fran

Su rostro es un poema de diversión.

Las luces de los flashes cegaron momentáneamente a Albert que no estaba preparado para el gran número de periodistas que se aglomeran tras las barreras de control de multitudes. Su familia posó para algunas fotografías y saludó a algunos conocidos. Candy y Albert los imitaban pero fueron los primeros en atravesar las puertas al interior del salón.

En el vestíbulo los estaban esperando Georges junto con una de las asistentes, que tomó sus abrigos y los llevó al guardarropas, antes de conducirlos a la antesala. Una joven periodista lo llamó en voz alta para que diera unas palabras para su canal de noticias, pero sin pensarlo Albert le respondió que hiciera lo que los demás y esperara la conferencia de prensa.

No comprendió de donde venía la risa espontánea de Candy pero creía haber hecho bien en defender su tiempo aun del entusiasmo de una chica que hace un esfuerzo extra por destacar en su trabajo.

En la antesala los esperaban ya algunos de los involucrados en la fundación y el alcalde llegó pocos minutos después y también su tía Elroy. Tras los saludos habituales algunos de ellos se dirigieron a la sala de prensa y sus acompañantes se quedaron a esperar. Una vez en la conferencia de prensa cada uno dio su declaración. Se respondieron algunas preguntas de los medios que estaban en el guión que estudió Albert y lo que no, lo desvió para ajustarlo a los beneficios que la naturaleza trae a la ciudad incluso atajó un par de intentos del alcalde de hacer proselitismo.

Hasta el momento Albert pensaba que todo ha ido bien. El grupo con el que había tratado es reducido y la conversación mayormente se había centrado en asuntos de la organización del evento y temas ligeros como el tiempo que llevaban sin verse o la ropa que usaban.

En su camino al salón de banquetes se fueron agregando su hermana y sus sobrinos y fueron recibidos entre aplausos mientras la mayoría ocuparon la mesa asignada, Albert, Candy y Rosemary avanzaron hasta la mesa principal. La primera hora mientras se daban los discursos y servían la cena se fue más rápido de lo que Albert hubiera deseado, porque después vino la parte de socializar yendo mesa por mesa para agradecer la presencia de cada uno de los invitados y sus contribuciones.

Sonrisas, palabras amables, bromas inocentes y un alto compromiso por la ecología fueron las armas de Albert frente a tantos desconocidos a los que fingía conocer. De no ser por las oportunas intervenciones de todos los miembros de la familia, eso habría sido devastador.

Después la gente iba de mesa en mesa conviviendo y Albert no había retenido ni siquiera la mitad de lo que conversó con ellos, qué hubiera pasado si alguno de ellos hubiera querido acercarse y ahondar en algo de lo anteriormente tratado, que tal que alguno de ellos hubiera sido un amigo más cercano y ni siquiera la familia hubiera tenido ese conocimiento.

Cuando el mesero pasó frente a él tomó un vaso de whiskey y una copa de champaña que le ofreció a Candy que pareció haber detectado su nerviosismo y dejó a su grupo de amigos para acudir en su ayuda. Mientras él vacía su bebida de un solo trago, Candy apenas mojó sus labios con la suya.

- No te gusta la champaña
- No manejo bien el alcohol, podría cometer alguna imprudencia
- ¿Conmigo?

— Tal vez — Si Candy supiera lo que esa picardía natural lo hace sentir, sería más cuidadosa al mostrarla. Ya la ha elogiado por su apariencia pero las palabras salen antes de poder detenerlas.

— Te he dicho que te ves como una princesa

— No lo has hecho. Eso es muy halagador. Gracias.

— Si tu no bebes para no cometer imprudencias y yo no quiero socializar por lo mismo. ¿Qué te parece si bailamos?

— Ups, no adelantamos las clases de baile.

— Se bailar

— ¿En serio?

— Lo siento en mis huesos. ¿Acaso no bailaba antes?

— Jajaja. — Su rostro era un poema de diversión como siempre que Albert dudaba de hacer algo que parecía contrario a lo que él creía era en su pasado. — Claro que sí, todos ustedes tomaban clases y todo.

Caminaron de la mano a la pista de baile, se incorporaron entre las parejas que ya estaban bailando alrededor.

Candy era enérgica, como en todo, reía y giraba con la música, moviendo sus miembros en sincronía y dejándose llevar. La forma en que sus caderas se balanceaban y toda la gracia que desbordaba eran un deleite para los ojos de Albert. Su propio cuerpo no olvidó las lecciones y creía que era un digno compañero de baile para ella.

Los ritmos musicales se sucedieron unos a otros y fue capaz ejecutar los pasos para cada uno de ellos pero pudo notar que Candy no. Probablemente no hayan sido de su época. La llevó a la mesa donde estaban los demás tomándose un descanso de vigilar las interacciones de Albert con los invitados.

Se refrescaron tomando limonada y se divirtieron haciendo comentarios sobre la participación de Candy y Albert en la pista y ante las burlas de su hermana de que tenía bien escondido ese entusiasmo la arrastró hacia donde se encontraban los demás bailarines para que ella demostrara

también se atrevía a bailar casi de todo. Rosemary le compartió anécdotas, que incluso ella había olvidado, de fiestas a las que solo asistían ellos dos y lo único que podían hacer era bailar hasta el amanecer.

Esa conexión con la música ha permanecido, como han permanecido otras cosas por encima de la amnesia. Ese mismo instinto que le advirtió que su hermana no aguantaba bailar hasta el amanecer como antes y regresaron a la mesa que ocupa el resto de la familia.

Candy y Archie estaban bailando, tras un breve descanso Albert se sintió obligado a hacer contacto con Annie e invitarla. No tuvo que esforzarse mucho en la conversación, tal como han dicho otros, la boda era el único tema en su cabeza. Finalmente la música se volvió más tranquila, y Albert consideró que era el momento oportuno para bailar con su tía. Ella quiso excusarse diciendo lo cansada que estaba, pero Albert solo tuvo que insistir una vez más para que ella ceda.

Al terminar la pieza usaron de pretexto el cansancio de su tía para retirarse mientras los demás optaron por quedarse. Después de unas palabras de despedida para el alcalde y felicitaciones para los organizadores emprendieron la retirada.

Había algunos fotógrafos afuera todavía, probablemente esperando algún suceso escandaloso para cerrar sus ediciones. Si supieran que el hombre que estaba saliendo en ese momento ya no era más William A. Andrew, tendrían el escándalo de su carrera.

La limusina los estaba esperando frente a la entrada y fuera de ser detenidos por unas fotografías pudieron cantar victoria.

Al menos hasta el día siguiente que los periódicos daban nota de su cambio de actitud. De la distancia que el magnate puso entre ellos. De lo mundano y frívolo que, según los asistentes, se mostró.

Durante el desayuno la tía Elroy hizo un recuento de los daños. Al contrario de Candy que le mostró exultante una nota donde aparecía una foto de ellos dos.

— Mira Albert, estamos en la portada.

— La foto te favorece mucho.

— A ti también. Si yo tuviera un periódico también la habría elegido.

— Ojalá el texto sea igual de favorecedor.

— Los Andrew en la cúspide nuevamente. — Comenzó a leer Candy, impostando la voz — El magnate y su pareja iban impecablemente vestidos, blah blah los diseñadores, blah blah las joyas. La celebración por el compromiso adquirido con la ciudad por salvar la calidad del aire y que apenas le dedican dos frases pero no así a la impresionante lista de asistentes. Se dieron cita autoridades blah blah, empresarios blah blah, celebridades blah blah, deportistas blah blah, la reducida lista del quién es quién en Chicago.

— Creo que eso fue pagado por los patrocinadores. Tantas menciones de marcas.

— No fuimos nosotros, pero seguramente muchos de ellos se aliaron para mandar a escribir esa reseña. — Confirmó tía Elroy.

— Jajaja. También hay una lista de todas las canciones que bailaste. Van a analizarlas para integrarlas a una teoría de conspiración. — Evidentemente los portales de noticias que leía Candy no eran los más respetables.

— Lo dicen como si nunca me hubieran visto bailar.

— No lo hacías. Digo en esos eventos por compromiso, ni en los de la familia. Solo en los personales.

— No va con tu imagen. Cansado y sudoroso no es como se debe ver un hombre de negocios. — ¿Eso era una broma de su tía? Conociéndola, podría decir que ella lo creía firmemente, pero que él se hubiera doblegado a eso, no parece congruente.

— ¿Por qué nadie me detuvo?

— Y perdernos la oportunidad de bailar contigo. Para nada. — Candy amaba el caos, eso era un hecho.

— Ha pasado un tiempo desde la última vez que sucedió. — Que su tía coincidiera era inexplicable.

— ¿Verdad tía abuela que la pasamos bien, siendo elegidas por el hombre más atractivo de la fiesta?

— No es que ser el blanco de las envidias sea pasarlo bien. Pero si, fue una distracción más que bienvenida. Obviamente fue lo menos grosero que hacer para no desairar a quienes buscaban tener unas palabras contigo. Bien pensado sobrino.

Las mujeres siguieron intercambiando observaciones sobre lo que los medios habían encontrado eminente en su actuación en el evento. Todo era tan desconcertante, desde verlas actuar en conjunto siendo que son personalidades extremas hasta los detalles más insignificantes que los reporteros creían tenían el derecho a reclamar de su conducta.

OctoBert - Día 20. Mentira X Fran

Ser atrapado tarde o temprano en la **mentira.**

Uno a uno van llegando los miembros de la familia, incluido Georges, con diversos grados de inquietud. Primero se encierran en la biblioteca donde no permanecen ni media hora y luego se trasladan a la alberca actuando de lo más despreocupados. Cuando Albert se une a ellos, nadie habla del tema de la fiesta y cree que eso es porque han encontrado como contrarrestarlo, lo cual disminuye un poco su sensación de haber fracasado en su primera presentación ante tanto público.

El agua de la piscina tarda más en calentarse en estos días, pero el sol todavía es intenso al medio día, por lo que se compensa. Los trajes de baño aparecen como por arte de magia dando a entender que esto es una práctica común si todos ellos mantienen sus pertenencias en alguna parte de la casa.

Por lo que sabe, ellos han pasado casi tanto tiempo en esta casa como el mismo Albert. Su tía y su hermana crecieron aquí. Georges vivió en la mansión desde que su padre lo trajo de Francia, se ausentó mientras estudiaba y regresó. Fue el tutor de Albert hasta que cumplió 18 y también se fue a estudiar al extranjero. El vivió unos años más en la mansión, hasta que los negocios comenzaron a requerirlo en diversas partes del mundo en representación de William A. Andrew.

Los padres de los Cornwell dejaron a sus hijos al cuidado de la tía Elroy, y por lo tanto en la mansión, desde que se marcharon a Arabia cuando Stear tenía unos 12 años con intención de mandar por ellos en cuanto se instalaran. Debido a que el riguroso ambiente de ese país no era el apropiado para los chicos descartaron ese plan y solo iban en ocasiones de vacaciones o sus padres venían a visitarlos. Anthony desde que inició

la escuela pasaba temporadas en la mansión cuando sus padres estaban de viaje.

Eso hizo a sus sobrinos tan unidos que estaban planeando celebrar en conjunto los cumpleaños de Anthony y Archie, que habían nacido con 11 días de diferencia entre ellos y la fecha se aproximaba. Sugerían ideas extravagantes, desde un fin de semana en un yate en el lago Michigan hasta saltos en paracaídas.

Ha sido fácil integrarse entre esta gente sana, entusiasta y divertida que resulta ser su familia. En las contadas ocasiones en que ser un Andrew se siente más como una carga que como una buena ventura, intenta imaginar otros posibles escenarios desde una familia más modesta y significar un problema mayor hasta caer en el lado equivocado de esta familia, que fue lo que lo mantuvo aislado gran parte de su vida donde aprovecharían su inestabilidad para beneficiarse. El peor de los escenarios es despertar completamente solo en un hospital vegetando y preguntándose constantemente quién era, qué quería, qué iba a hacer, adónde podía ir.

Los Andrew no le habían dado tiempo de hundirse en cualquiera de esas dudas. Apreciaba sus intentos de hacerle la vida más fácil, de darle tantos propósitos, de infundirle vitalidad cuando flaqueaba. Quizá por eso no se ha sentido tan atribulado por verse inmerso en esta vida que siente que no le pertenece del todo pero se siente satisfecho de ser capaz de protegerlos como ellos lo han hecho con él. Todavía dudaba de ser capaz de ser el hombre que ellos querían que fuera, de que lo que ellos aportan mediante sus recuerdos no sea ni la mínima parte de lo que era. Pero tomará lo que le puedan dar y los recompensará en la medida de sus posibilidades.

Realmente aprecia la templanza de su hermana, la vibrante energía de sus sobrinos, la sonrisa de su tía Elroy se reserva solo para ellos, Georges participando en las competencias de natación y ganando es revelador. No

tanto como Candy emergiendo de la piscina, con la piel brillante por la humedad y sus atributos contrastando gracias a ese bikini rojo.

Antes de siquiera pensarlo estaba tomando el protector solar para untar en la piel de Candy cuando la vio tumbarse en el camastro contiguo al de él. Ella se volteó y se soltó la cinta en su dorso de la parte superior para que no hubiera obstáculos al aplicarlo en toda la extensión de su espalda.

Desde su primer encuentro, el contacto entre ellos se ha dado de manera natural. Ella no ha vuelto a pedir consentimiento después de la primera vez que checó sus signos vitales y desde entonces no ha parado de comunicarse mediante toques y caricias, por su parte él la toma de la mano cuando se siente alterado y necesita un ancla, la abraza para confortarla o para demostrar su alegría. No hay ningún tipo de incomodidad en los roces o cualquier otra manifestación física producto de su cercanía.

Sus alarmas internas se encienden porque de nuevo se está desviando del papel que debe representar para dar paso al temor de no llegar a ser nunca el hombre al que interpreta y ser atrapado tarde o temprano en la mentira.

Se relaja mientras está con ellos, olvida que no conoce la naturaleza de su relación con Candy. Es una de las pupilas de la familia que por azares del destino ha estado muy cerca de sus sobrinos e incluso cerca de él y que de entre todos los protegidos de la familia sea coincidentemente quien tiene una carrera en el cuidado de la salud la hizo la mejor opción para llamarla. Pero no sabe si llevarla a un baile o ser quien ponga el bronceador en su piel es algo típico o algo que atraerá la atención de la gente fuera de la familia que no sabe que son cercanos porque ella es, fue, su enfermera.

Inadvertidamente había catalogado muchas cosas sobre su apariencia física tiempo atrás. El cuerpo de Candy era menudo pero atlético, con curvas en los lugares adecuados y la piel firme sobre sus músculos, con la ropa se le delineaba una figura agradable y ahora que se presentaba la oportunidad le gustaba mucho como se veía debajo de ella.

No va a negar que ha encontrado a Candy cautivadora desde el primer minuto en que tomó cuidado de él, pero no había considerado relevante que fuera atractiva, todos en la familia lo eran, la genética y el cuidado los favorecían. Aunque por ninguno de ellos se despierta esa curiosidad que siente por la pequeña enfermera rubia.

Ha catalogado cada uno de sus gestos, sus reacciones, sus risas hasta sus lágrimas. Se ha empeñado en saber que le gusta, que la hace feliz. Poniéndolo en perspectiva podría suponer que provocó en él la misma reacción que en sus sobrinos y se conmovió ante su triste historia excepto que las emociones que le despierta han pasado por todo tipo etapas, de sutiles a tangibles, de evidentes a caóticas, de ridículas a intensas.

Su mente deja de divagar en el momento en que termina de aplicar el protector solar, no solo en la espalda, sino en piernas y brazos de Candy, le entrega la botella a ella para que cubra las partes faltantes. La sonrisa que recibe con un entusiasta gracias lo hacen sonreír de manera espontánea, lo dejan con un hueco en el estómago, la boca seca y sin palabras para evitar decir que está a sus pies.

Pronunciar esas palabras lo harían definitivamente cruzar una línea o dos de su amistad con Candy y a riesgo de parecer atrevido ante ella, se calla porque la mujer junto a él probablemente no comprenda cómo el brillo de sus ojos, la coquetería de sus gestos, lo tentadores que son sus labios cuando sonrío lo afectan.

Esta vez no es su estómago, es su corazón el que da un vuelco al desentrañar que se estaba enamorando de Candy.

OctoBert - Día 21 Rosemary/hermana x Fran

Por Rosemary sintió una afinidad casi inmediata

Por supuesto que después de llegar a ese conocimiento, el domingo en la piscina no fue igual para Albert. Fue más brillante. Las rosas más hermosas. El cielo más azul. Estaba en sintonía con las canciones de amor, las que celebraban la vida, incluso con las desesperadas porque esa sensación tarde o temprano quedaba atrás si un enamoramiento tocaba a la puerta por primera vez.

Sobre todo disfruta de la cálida sensación en la boca del estómago cada vez que la escucha reír, cuando le dedica un guiño, cuando hace cualquiera de sus incontables travesuras. ¿Como hizo el viejo Albert para no enamorarse de ella?, apenas llevan viviendo puerta con puerta un par de meses y ha sucumbido a sus encantos. Antes vivió más de un año puerta con puerta y ¿no llegó a sentir nada por ella? ¿Cómo es eso posible?

Algo en su interior le dice que de haberse dado su amnesia en otras condiciones y se hubiera encontrado a Candy en la calle habría sentido lo mismo, la habría reconocido como alguien cercano. Sus pecas o sus ojos verdes le habrían sido familiares, claro. Tal vez se parezca un poco a su hermana, como se parecen Anthony y Archie, puedes enumerar sus características y pensar que son iguales, cabello rubio, piel blanca, ojos azules, pero uno junto al otro se distinguen como personas distintas.

Tanto Candy como su hermana tienen el cabello rubio y los rizos, los ojos verdes y vivaces pero ahí acababan las similitudes. Rosemary era alta y Candy más pequeña. Su sentido del humor era muy diferente. Su sentido de la familia también, Rosemary impulsaba la independencia y Candy era del tipo protector. Su hermana era una apasionada en lo que se

involucraba, la pupila de los Andrew se regía por el entusiasmo ante casi todo lo que la rodeaba.

Por Rosemary sintió una afinidad casi inmediata y quizá haya sido lo mismo con Candy, fue eso lo que lo hizo sentirse seguro, que podía confiar 100% en ella, que si ella se lo pedía podía superar cualquier cosa. Sin embargo los afectos por cada una se han derivado en sentimientos diferentes.

Con su hermana ha encontrado una gran fuente para saber de sí mismo, mucho de lo que fue se debió a ella, a su ejemplo, a sus consejos, a que sus caminos eran paralelos, hasta el momento era un sentimiento sólido, que sabe donde se arraigaba y con límites identificables. Con su ex-enfermera eran huecos que debían ser llenados, extravagancia, reacciones dispares, sus sentimientos iban de un extremo a otro, se transformaban, lo enriquecían y se sentía rejuvenecer.

Lo que viene después del domingo en la piscina es averiguar cómo decírselo a Candy sin que ella lo sobreanalice y contrataque con una explicación de cómo podría tratarse de un mecanismo de defensa y no crea que esos sentimientos sean auténticos debido a un retroceso a la adolescencia. Pero Albert lo sabe bien, no es una proyección o una necesidad de encontrar cómo llenar las múltiples carencias que la amnesia le ha dejado.

El nerviosismo que ahora experimenta Albert es completamente nuevo, ahora que sabe que se está enamorando de Candy teme que cualquier acción o palabra lo delate. Es ridículo que un hombre de su edad tenga tantas dudas de cómo llevar a cabo el cortejo. Ya no es si existe entre Candy y él una diferencia generacional, es una vida que Albert no ha

vivido, experiencias que una persona de su edad ya debió haber superado varias veces.

¿Cómo actuar de manera que no tergiversara la amistad que tienen?, que nada de eso que han construido hasta ahora cambie sino que avance sobre ello y lo acreciente, porque también ha amado cada uno de esos momentos. ¿Es posible conservar la amistad al dar paso a otra relación? No quiere arruinar una cosa mientras intenta torpemente alcanzar otra porque si falla tal vez no pueda conseguir un perdón.

Lo que no ayuda es mostrarse inquieto, excitado, apresurándose a abrirla las puertas, a ayudarla con lo que sea que necesite intentando adelantarse a sus deseos, obviamente ella se entera de que hay algo diferente antes de que él pueda armar un plan donde pueda vislumbrar cómo hacer las cosas bien.

La única persona con la que siente que puede ser honesto es, por supuesto, Candy.

— ¿Hay algo en que pueda ayudarte Albert?

— Estoy bien. Hay... cosas que ya no son iguales.

— ¿Es tu memoria? ¿Has recordado algo?

— Todo lo contrario, quiero avanzar más allá de lo que dicta el pasado.

— ¿Qué quieres decir?

— Candy no puedo más. Necesito espacio.

— ¿De mi?

— No, de William Albert Andrew. No puedo ser quien quieren que sea.

Nada de lo que hemos hecho ha servido para que lo recuerde. No importa cuando lo deseen ustedes, no importa cuanto lo desee yo. No me siento capaz de recrear a esa persona.

— ¿A qué viene todo esto?

— A lo que pasó después de la celebración.

— ¿Qué crees que pasó?

— Me salí del guión, evadí relacionarme con los demás invitados. Estoy empezando a querer cosas para mi mismo, cosas que no se si deba permitirme.

— Nos dio gusto que te divirtieras, también nos dio la oportunidad de divertirnos, de sentirnos bien por ti.

— Los medios notaron el cambio. Si esto se sale de control, si hago que William A. Andrew pierda el poder, si vuelvo a ir con mis instintos, si dejo atrás esa imagen en la que tanto hemos trabajado. ¿Será muy catastrófico?.

— Estamos conscientes de eso. Que no podemos hacer que todo sea igual que antes y que ese teatro no se podrá sostener por mucho tiempo. Solo pretendemos que afiances tu identidad. Que tengas confianza siendo quien te decimos que eres. Conociendo mucho de tu pasado, tu nombre, tu familia, te quitarás un peso de encima cuando llegue el momento de tomar decisiones.

— ¿Qué pasa si este es ese momento?

— Así como estás recibiendo esa oportunidad, también nos tienes que dar una a nosotros. Ante nuestros ojos no has cambiado, hay mucho de ti de lo que eras antes de la amnesia. Tu lugar en nuestro corazón está intacto pero no sabemos si vamos a ocupar el mismo lugar antes en el tuyo. Necesitamos este tiempo contigo, por favor, no pienses en abandonarnos.

— ¿Me extrañarías mucho si me fuera?

— Probablemente te perseguiría. — Puede que esta sea la señal de que sus sentimientos pueden ser correspondidos, pero se tiene que asegurar

— ¿En nombre de la familia?

— Por tu propio bien. Eres propenso a meterte en dificultades cuando andas solo.

— Me haces sentir como un niño.

Candy abrió los brazos y lo invitó a que se acerque, Albert se agachó y se dejó envolver en el abrazo y por primera vez de las muchas que se han abrazado duele, porque deseaba más de lo que estaba obteniendo.

También lo golpeó la sensación de que aunque él no la veía como una hermana, tal vez Candy si lo veía como un hermano, peor aún un hermano menor y propenso a accidentes.

— ¿Por qué eres tan buena conmigo?

— Porque siempre fuiste muy bueno conmigo. Es la forma en que nos comportamos uno con el otro.

— Dime la verdad. ¿Es por agradecimiento a la familia?, ¿por qué me ves como un inútil?

— No digas eso, te admiro, te quiero, eres la mejor persona del mundo. Tienes un lugar muy especial en mi corazón.

— Gracias Candy. Yo... Yo quisiera que sintiéramos lo mismo. — Es un golpe bajo confesarle veladamente lo que quiere, pero es necesario para recuperar su calma cuando lo que quiere es gritarlo.

— ¿Necesitas tiempo para ti? Yo creo que podemos negociar con Georges para que tengas más tiempo libre y siempre que digas a donde vas, mantengas el teléfono encendido para cuando te encuentres con un antiguo conocido nos puedas consultar.

— Quiero ser un hombre nuevo. Quiero ofrecerles a ustedes algo diferente que los compense por el Albert que perdieron ¿Tiene sentido?

— Supongo que eso significa que nosotros debemos resignarnos y saber que no vamos a recuperar al antiguo tú.

— ¿Por qué te pones triste? Este niño tiene que crecer, andar solo. No puedo ser él que fui.

— Lo sé y serás muy feliz con lo que sea que elijas.

Candy se separó de él y asegurando que tenía cosas que hacer corrió hacia la escalera. Albert también creía que era tiempo de poner manos a la obra, de construir un hombre del que Candy sea capaz de enamorarse. De olvidar cómo era su relación anterior y abrir las puertas a una nueva.

El mejor lugar para empezar es la red Andrew. Uno a uno interrogará a los miembros de la familia para saber qué puede hacer para acercarse a

Candy, aunque probablemente le digan que ya son cercanos, viven puerta a puerta.

OctoBert - Día 22 Comunicación x Fran

Tenía que superar las fallas en la **comunicación**.

Como prometió Candy, hablaron con Georges sobre darle más tiempo libre a Albert y dejarlo elegir como cumplir con sus actividades. Lo primero que hizo fue acomodar su horario para que coincidiera con el de Candy, los días que ella tenía guardia él los podía dedicar a adelantar trabajo. Reservar energía para preparar los bocadillos nocturnos. Tener libres los mismos días y horarios que ella. También tomar algunas decisiones domésticas que le atañen para que ella no tenga que mediar entre la tía Elroy y el servicio.

Necesitaba a Candy con tiempo libre y relajada para que fuera receptiva a sus intenciones románticas y no esté más interesada en cómo y cuándo se planchan las camisas que en disfrutar de su compañía.

Su trabajo se estaba volviendo relativamente más fácil y gracias a los medios de comunicación, que reducían distancias, agilizaban trámites y proporcionaban rápidamente información, podía tener tiempo libre entre conferencias, juntas y revisiones de informes bursátiles. Aunque se lo ocultaba a Georges con la esperanza de dedicar esos minutos a evaluar qué cosas habían funcionado con Candy y cuáles habían sido un fracaso en el tiempo que llevaba conociéndola. La comida era un gran sí y bromear sobre sus pecas, un gran no.

De acuerdo a su horario, se trasladó a la oficina de Archie para discutir las noticias que le deben interesar al director de las empresas Andrew. La secretaria lo dejó pasar sin que tuviera que pedirlo y cómo su sobrino andaba en otra área, le trajo el café que acostumbra a esa hora.

La oficina de su sobrino estaba tan impecable como siempre. Por primera vez descubre que usa una silla diferente a las que hay en las otras oficinas, probablemente de masajes o algo por el estilo, conociendo la predilección de Archie por no descuidar ningún detalle de su apariencia no es un desacierto pensar que necesite aliviar el estrés de muchas horas de estar sentado. Sin detener su curiosidad, rodeó el escritorio y probó la silla. Ciertamente el respaldo se adapta a la línea de la espalda mejor que muchos asientos pero no había interruptores para un masaje.

Frente a él quedó la computadora con el internet abierto, no restringido como el de su teléfono o las computadoras de la mansión. El primer pensamiento que pasó por su mente fue buscar: cómo hacer que una mujer guste de un hombre. También podría ir y buscar su nombre o el de cualquiera de ellos, pero no lo hará porque estaría rompiendo la confianza que ellos guardan de ir dosificando la información que le dan y porque hasta el momento todos los intentos que se han hecho no han dado resultados, lo que se publique ahí no puede ser más cierto que la información de primera mano que le han dado ellos. Además sus prioridades han cambiado, de importarle que era lo que movía a William Albert Andrew a convertirse en un hombre que sea atractivo para Candy.

Cuando Archie volvió a su oficina, Albert estaba sentado en la silla de visitante, casi terminando su café. Antes de comenzar con su labor en común, su sobrino estuvo haciendo preguntas sobre los cambios y sus planes. Se alegró de que estuviera adquiriendo más libertad e independencia, pero lo reprendió por el modo en que se lo planteó a Candy, que tuvo un susto tremendo pensando que quería marcharse. A decir de Archie, eso era muy fuerte para que lo manejara ella sin previa advertencia. Albert tiene que prometer que ofrecerá una disculpa a Candy por ponerla en esa posición.

El asunto no termina ahí, porque Anthony se presentó a la hora de la comida para invitarlo a un restaurante. Se interesó mucho por el asunto de

ser un hombre nuevo y Albert tiene que explicar que se ha cansado de repetir lo que se supone que debe hacer William A. Andrew.

Probablemente sea lo correcto, pero no deja de sentir que lo está falsificando. A pesar de no quedar muy convencido, su sobrino aceptó eso sin exigir más. Le dijo que estaba contento por él, y que esperaba que no renunciara a todo lo que es su pasado incluyendo su familia.

De alguna manera algunos interpretaron la intención de Albert de hacer unos cambios como el abandono de todo lo que tuvo hasta ese momento. La calma volvió a Anthony cuando le aclaró que no los está sacrificando, solo pretendía actuar en base a sus decisiones que él tomaría y no las que los demás hubieran proyectado que haría William A. Andrew.

Como era de esperar, Stear lo estaba esperando en la mansión al llegar del trabajo. Lo primero que hizo el joven con lentes al recibirlo fue darle un golpe en el hombro con el puño, no lo suficientemente fuerte para derribarlo pero si para moverlo un paso atrás.

— No vuelvas a entristecer a Candy, — fueron las palabras que pronunció a modo de saludo — ¿que es eso de que quieres marcharte o ser una nueva persona?

— Me disculparé con ella por mi falta de tacto. Estoy aceptando que la memoria puede no volver. Debo moverme hacia adelante. Candy pareció comprenderlo.

— Ella se mudó al apartamento de la reina para hacerte la vida más fácil. ¿Qué pretendes poniendo distancia?.

— ¿Apartamento de la reina? — Ni en sus más elevadas fantasías Albert había llegado a contemplar la idea de Candy como su reina, eso se debía a que no se consideraba un rey. Había fallado en lograr con esas acciones un acercamiento con Candy.

— Mira como soy yo el que olvida que no sabes ciertas cosas. La mansión en su estilo castillesco también tomó la costumbre de que la habitación principal se divide en los aposentos del rey y la reina, entonces se comunican por el vestidor para que nadie se entere cuando el rey visita a

la reina. — La mirada que le dirigió Stear era como una advertencia de que no se atreviera a abrir esa puerta, pero la retiró inmediatamente y continuó su descripción de las costumbres familiares. — Las habitaciones de los príncipes están arriba, pero vas a tener que reducir tus expectativas de 6 a 2 hijos, porque con los años, las habitaciones de los niños se han convertido en otra cosa, como el gimnasio, el cuarto de souvenirs, la sala de relajación y el cuarto de pánico.

— No me dijeron del cuarto de pánico. — Por supuesto que la familia tomaría tales medidas para proteger a la cabeza de la familia.

— También se llega por una escotilla en el vestidor. La única vez que he ...

— Stear se detuvo abruptamente de lo que estaba diciendo y lo señaló con el dedo índice — No me distraigas con las excentricidades de la familia.

¿Por qué le dijiste eso a Candy? ¿Qué querías ser un hombre nuevo?

— Los primeros días de la amnesia encontré que era absolutamente necesario conocer mi pasado, reconstruir lo que era, pero ya no más. Me angustiaba no ser capaz de recuperar lo que había perdido. Pero esa desesperación pasó. Ya no me importa el pasado, gracias mayormente a Candy.

— Si le dijiste eso. ¿Por que ella siente que falló, que nos quieres dejar?

— ¡No le puedo decir eso!

— ¿Por qué no?

— Me estoy enamorando de ella, no creo que sea lo que William haría —

Tenía que superar tales fallas de comunicación, si era Candy la que resultaba lastimada. Si era sincero consigo mismo tenía que serlo con los demás.

OctoBert - Día 23 Bienvenido versus adiós x Fran

Bienvenido versus adiós.

— Jajaja — La risa de Stear fue intensa y le llevó un momento controlarse

— ¿En serio? ¿Tú también? Tanto que te sorprendió que nosotros lo hiciéramos y has caído en lo mismo. — Tomó su teléfono y escribió un mensaje, estaba a punto de enviarlo pero se arrepintió. Dirigió su atención de nuevo a Albert — Dime cómo te puedo ayudar.

— ¿No te opondrás? ¿No lo encuentras extraño?

— Lo que será, será y lo que no, no. — dijo su sobrino crípticamente — Soy un creyente de que todo se debe intentar al menos una vez

— Pero tu no lo hiciste

— Era joven y mi hermano era muy vocal al respecto. Pensé que él debía tener su oportunidad primero. Luego Candy se volvió a enamorar y yo conocí a Paty, se cerró la ventana de cualquier oportunidad con ella.

— Lo que será, será.

— Así es.

— ¿Crees que tengo una oportunidad?

— No lo sé. Ella ya había encontrado el amor...

— No lo he pasado por alto. Se que debo "competir" con su exnovio, el señor perfecto.

— Si bien es uno de esos amores que trascienden las pruebas, las adversidades, las separaciones. No son los actos perfeccionistas o los principescos que llegan en el momento único de rescatar a la doncella lo que construye el amor. Son las pequeñas cosas.

— ¿Flores? ¿Pequeños regalos? ¿Citas a la luz de la luna?

— Noooo. Eso solo desvía la atención de ti, de la persona. El romance está bien, pero para cuando los dos han acordado involucrarse en ello y sea algo que ambos disfrutan o una concesión hacia el otro. Antes es como si estuvieras pagando por su atención, por amor. Ugh, desagradable.

— Pero quiero su atención.

— Ya la tienes. Candy te pondría primero en cualquier situación.

— Cree que estoy en peligro todo el tiempo.

— Si bueno, en este momento nos tienes a todos así. No te desanimes y busca que eso te favorezca.

— ¿No es eso igual de desagradable? Pagar por atención o aprovechar mi desvalidez.

— No es que te aproveches de tu "desvalidez". Candy es una persona que cuida ¿no?

— Así es.

— Entonces hay que dejarse cuidar.

— Le he dejado hacer eso.

— ¿Sin quejas? ¿ni de dientes para afuera?

— He confiado en ella.

— ¿Ves? Ahí está.

— ¿Ser un inútil?

— No. Confiar tu persona a ella. ¿Te das cuenta que clase de regalo es ese? — Obviamente la mirada de confusión de Albert, le hizo saber que no se daba cuenta. — Tu eres quien nos cuida, quien en su vida ha tenido que anteponer a la familia, a sus responsabilidades con otros por encima de las propias. Sin embargo has elegido a Candy para que cuide de ti.

— Claro, si lo pones así parece importante.

— Ves que solo tienes que ser auténtico, dar de ti lo que puedes ofrecerle cotidianamente, espontáneamente, sin condiciones o esperando una recompensa.

— ¿De qué otra manera se logra que las cosas sucedan?

— Primero debes establecer qué es lo que quieres que suceda.

— Que se enamore de mi.

— ¿Para un romance a corto plazo o un amor que dure toda la vida? Porque un amor se construye así, en el día a día, con muchas partes aburridas y nos solemos equivocar esperando que las personas se ajusten a la figura idealizada que nos hacemos de una pareja.

— Para toda la vida, obviamente. — Se podría decir que llevaba poco tiempo en este mundo y que una vida era demasiado tiempo comparado con eso, pero no se imaginaba un futuro donde no tuviera a Candy a su lado. Tal cual era ella, capaz de despertar tanto amor en los demás y obviamente con mucho amor para dar. El quería eso, quería esa clase de amor.

— Eso quería escuchar. No me gustaría ver a Candy sufrir de nuevo por amor.

— ¿Por qué siempre he sentido que ustedes están más del lado de ella que del mío? Yo también podría estar sufriendo por un amor no correspondido.

— Ideas tuyas. Debe ser porque no te hemos visto en esa situación. Acéptalo, solo tienes que salir un poco y encontrarás que eres amado, codiciado, deseado por muchas que harían lo que sea por ser elegidas por ti.

— Eso es perturbador.

— Por eso te recomiendo ser natural. Si intentas mostrar un hombre que no eres o lo que aconsejan para facilitar el romance serás tan falso como sientes que es William.

Las palabras de Stear dejaron una profunda impresión en Albert. Era contradictoria y reveladora al mismo tiempo. Por supuesto que estaba dispuesto a dar todo de él para contribuir a la felicidad de Candy, pero aún estaba en vías de reinventarse y en ese trayecto tenía que conocer a una Candy diferente a la enfermera que la ha cuidado y a la amiga que lo ha ayudado a tener el ánimo alto.

Se sentía muy motivado por la idea de descubrir lo que la atrae, lo que la emociona, lo que la perturba, lo que espera de un hombre... Entonces recordó al Príncipe de Candy.

No había vuelta atrás desde el momento en que optó por tomar la felicidad que se siente amar a Candy sin reservas en vez vivir atormentado porque

alguna vez la memoria regrese y sus antiguos sentimientos regresen. Incluso antes de enfrentar las diferencias que puedan surgir esperando en la juventud de ella y su fortaleza emocional para que encuentre en Albert otro a quien querer. En resumidas cuentas le decía al amor bienvenido versus adiós a las dudas, al viejo Albert, al dichoso Príncipe, a todo lo que siente que estorba para que ambos alcancen una felicidad incesante.

El escalofrío que busca subir desde la base de su columna emerge como algo con lo que continuamente está luchando, porque no tiene ningún derecho a reemplazar a ese Príncipe de Candy, pero desea tanto hacerlo. El olvido, su experiencia ganada mediante un duro proceso de aceptación era algo que podía traer a su presunta relación ya que hasta el momento solo ha recibido mucho de parte de ella.

Valoraba tanto a Candy, sentía que solo podía entregarle lo mejor de sí mismo. Ella lo hacía sentir tantas cosas, siendo tan especial como es. Por eso mismo no le faltan admiradores. Por eso mismo supo que no iba a luchar por ella, iba a luchar con ella para que pudiera superar a su exnovio y encontrar en Albert un amor más grande que el que sintió por su Príncipe.

Esa noche, cuando llegó Candy, Albert se disculpó por su falta de tacto con el tema de superar la pérdida de memoria como un hombre nuevo. Agregó que también esperaba contar con ella y que de ninguna manera se involucraría en algo que a ella la llenaba de preocupación.

La tía Elroy llegó cuando los llamaron para la cena y también tuvo que aclararle sus intenciones de dejar de luchar contra la amnesia. Siendo la señora tan suspicaz dio un largo repaso por lo que estaba dispuesto a continuar haciendo por las empresas y el núcleo familiar en sí. No fue fácil discutir sobre querer ser algo más que poner la cara para los asuntos de

negocios, pero no teniendo los suficientes conocimientos para llenar su puesto de trabajo.

Para romper la tensión que se estaba generando, Candy sugirió aparentar una inspección similar a la que hacen en un programa de televisión donde un alto ejecutivo o el dueño de una empresa se infiltra desde los puestos más bajos para conocer cómo funcionan realmente. Con genuino interés Albert escuchó a Candy y disfrutó de su entusiasmo cuando les describió algunas de las situaciones que surgieron en el programa.

Dado que los rumores de la reestructuración de las empresas se habían comenzado a filtrar la tía Elroy dio luz verde a organizar reuniones con todas las dependencias para que Albert comprendiera lo que hacían desde el más pequeño puesto hasta las más altas gerencias. Después de eso elegiría dirigir o supervisar proyectos en las áreas que le llamarán la atención.

Anotaron eso en la agenda para que Georges y Archie lo implementaran y Albert vio a Candy brillar de satisfacción por haber ayudado.

Esa noche no quiso romper la burbuja de efervescencia en el ánimo de Candy y antes de ir a dormir estuvo un momento en su recámara gastando la energía de ella con un videojuego de espías que mostraba distintas aventuras alrededor del mundo y mediante aditamentos exteriores deben hacer que sus personajes corran, salten, suban escaleras, rueden, disparesn haciendo ellos dichos movimientos.

En un inicio, ella trató de competir y llevar la delantera, pero en determinado momento llegaron a un ritmo sincronizado donde prácticamente se comunicaban mediante miradas y risas. Hasta el nivel que representaba un conflicto en un tren, donde mostraron diferentes respuestas de lucha o huida. Con la misión cumplida Albert saltó, mientras que Candy encontró y desactivó la bomba salvando a los pasajeros

ficticios y avanzando al siguiente nivel. No fue el hecho de perder lo que lo hizo dar por terminada la noche, sino que ya no estaban a la par porque Albert debía encontrar la puerta al siguiente nivel mediante misiones secundarias.

Se fue a dormir pensando que si incluso en esas pequeñas cosas esperaba que ambos coincidieran, era lo más sano esperar a saber en qué estado se encontraba el corazón de Candy antes de impulsar un cambio en su relación.

OctoBert - Día 24 Medicina x Fran

Una cucharada de mi propia medicina.

Una más de las razones por las que está seguro de que sus sentimientos por Candy no son pasajeros es porque la intensa emoción que lo recorre cada mañana al ser su cara la primera que ve se ha mantenido ahí desde que ella lo vigilaba sentada junto a su cama mientras estuvo en reposo forzado y no se ha cansado de ello, por el contrario desea un mayor acercamiento.

Si Candy insistía en hacerle un leve chequeo cada mañana probablemente era para justificar su presencia como enfermera en la mansión y Albert no iba a hacer nada para hacerla desistir de esa rutina que le alegraba el día para enfrentar su trabajo como figura decorativa en las empresas de la familia.

Durante el desayuno intentó encauzar la conversación para establecer el estado sentimental de Candy.

- ¿Candy, qué tenías planeado hacer cuando recuperará la memoria?
- Viviríamos nuestra vida como siempre lo hicimos.
- ¿Cómo es eso?
- Trabajo, familia, amigos, diversión.
- ¿Nada más?
- ¿Qué más?
- Dices que no quieres reemplazar a tu exnovio, pero eso no debe significar que cierres tus puertas a una relación.
- No tengo tiempo para algo así
- ¿Por qué?
- Porque estoy contigo.

- No me vas a cuidar eternamente. Quiero que lleves tu vida como normalmente lo harías.
- ¿Es una orden del tío abuelo?
- No. De ninguna manera te podría ordenar tal cosa. Es algo sano, procurar la felicidad propia.
- Soy feliz, Albert.
- ¿Aquí? ¿Viviendo con un enfermo despistado?
- Aunque no lo creas.
- No sé cómo lo haces, pero creo en todo lo que me dices.
- Con gusto me quedaría revelándote los demás misterios de la vida pero mis pacientes me esperan.
- Bien, dejemos esta conversación para otro día. Vámonos.
- ¿Tu a dónde vas?
- James y yo te llevamos al trabajo, Candy.
- ¡Pero entras a la oficina hasta dentro de una hora!
- De ahora en adelante este va a ser mi nuevo horario.
- Me huele a que planeas una travesura
- Planeo hacer nuevos recuerdos contigo.

La molestia que empezaba a mostrarse en el rostro de Candy por la intromisión de Albert en sus asuntos personales se disipó y la sonrisa no la abandonó incluso después de que se despidió agitando su mano mientras se dirigía a la entrada del hospital.

Era entresemana y tenían que rechazar la invitación de Archie y Annie para ir a bailar al lugar de unos amigos. Albert había agregado más horas a su jornada laboral y Candy seguía teniendo guardia nocturna una vez a la semana. Pero ella era joven y enérgica, seguramente se aburría entre las paredes de la mansión. Las caminatas en el jardín, el gimnasio, los recorridos por la ciudad en auto y los libros eran por el momento el entretenimiento de Albert, su mente se terminaba agotada al final del día

de todas las cosas nuevas que se instalaban en su mente mientras que para otras personas se fueron colocando a lo largo de muchos años.

Los pasatiempos era el tipo de cosa en que las parejas se divertían juntos y conocer lo que le gusta a Candy lo ayudaría a encontrar algo que también le atraiga y puedan hacer en común, mientras sea algo ajeno que los distraiga de las capas de relaciones que tienen entre ellos, enfermera-paciente, tutor-pupila, compañeros de piso.

La próxima vez que ambos tuvieron un tiempo desocupado Candy le contaba sobre el videojuego que se había puesto de moda entre los pacientes y que era divertido porque formaban equipos y construían hábitats mientras se acompañaban aunque sus camas estuvieran en diferentes alas.

— ¿Además de los videojuegos en que te entretienes?

— Salgo con mis amigas, preparando mi evaluación, presenciando las pruebas de los experimentos de Stear, jugando cartas con mis pacientes, aunque pierdo más frecuentemente de lo que ganó, la última vez me desplumó un niño de 10 años.

— Bien, no quiero ser amenazado nuevamente por un invento de Stear, eso no era una pistola de agua y mucho menos ganarle a alguien que no es competencia para un niño de 10 años.

— ¿Estás buscando un pasatiempo?

— No. Si. A veces de tanto pensar y abrir más y más compartimentos en mi mente siento que necesito un descanso. Concentrarme en algo trivial.

— Pero no tan trivial como los dibujos animados.

— La televisión es algo antisocial. Te embobas con la pantallita en vez de disfrutar de lo que te ofrece el mundo.

— Para eso existen las comunidades en línea, donde la gente socializa en torno a su programa favorito.

— No, eso es peor, dar vueltas y vueltas en torno una sola cosa.

— Bien, las cosas fuera de casa se vuelven complicadas, en primera porque lo que te gustaba consistía en tomar un avión y adentrarte en la selva o el desierto o escalar rocas. Cualquier espectáculo requiere que un ejército vaya contigo para sortear las eventualidades. Eso te deja, recorridos por el parque, una ruta en bicicleta, quizá andar en bote en el lago. Una visita al museo podría interesarte.

— No quiero ir a un museo cuando en la mansión hay tantas cosas similares a las que encontraría ahí.

— Buen punto, en la mansión hay muchas cosas que hacer. Veamos si en la sala de juegos o la sala de música tiene algo para entretenerte.

— ¿Sala de música? No creo estar de humor para sentarme a escuchar música.

— No para escuchar, sino para tocar algún instrumento de los que están ahí.

— ¿Tengo esa habilidad?

— Por lo menos con la gaita.

— ¿Te gusta escuchar la gaita?

— Digamos que lo encuentro refrescante.

— Ya veo, no te gusta. ¿Tan mal tocaba?

— ¡Oh cielos! Diciendo esto probablemente ofendo a cientos de generaciones escocesas, pero creo que apreciar la gaita es más un gusto adquirido que algo para disfrute de los sentidos.

— Jajaja No quiero torturarte, pero has despertado mi curiosidad de porqué piensas eso de las gaitas. ¿Me acompañas a la sala de música?.

— Muy bien. No tengo otra cosa que hacer.

— ¡Vaya! Cuánto entusiasmo. Prometo que la tortura será leve.

La sala de música, como cualquier habitación de la mansión parecía la viva estampa de un museo. El brillante piano de cola dominaba la habitación, la disposición de los asientos en semicírculo se dirigían a una esquina que debía servir como escenario. En las paredes había vitrinas con algunos instrumentos pequeños, violines, flautas y trompetas. Otros

más estaban en soportes como el violonchelo, las guitarras y otros instrumentos de percusión.

En un estante de altura media se mantenían los instrumentos que se guardaban en estuches con etiquetas con el nombre de sus propietarios. Stear era el que parecía poseer más instrumentos, aunque algunos tenían nombres desconocidos. No podía faltar una colección de instrumentos nativos de diversos países como una cítara japonesa o un didgeridoo australiano. También había antiguos aparatos como fonógrafos, tornamesas y un rack con sintetizadores.

Las dichosas gaitas en su mayoría adornaban las paredes dentro de marcos. Las de uso común lógicamente estaban en los estuches.

Después de escuchar y compartir con Candy sus impresiones sobre los instrumentos y lo injusto que es que solo estén a disposición de la familia hacen una pausa en la conversación mientras Albert examina el contenido del estuche de William A. Andrew. La gaita es familiar en sus manos, incluso conoce el proceso de limpieza y desinfección previos y posteriores a su uso.

Tiene en la punta de la lengua la pregunta para Candy sobre si habrá alguien en la mansión que esté al tanto de hace cuanto que le dieron mantenimiento cuando las notas del piano cobran vida.

Los primeros acordes que Candy obtiene de las teclas del instrumento solo son la escala básica, después intenta un par de combinaciones y se ve tan sorprendida por los resultados que se anima a comenzar una pieza. Tras un par de titubeos debido a errores en las notas reinició hasta que pudo tocar la melodía de corrido. Le faltaba mucha práctica, pero era comprensible, no todos tienen un piano en casa para practicar.

— Hubiera apostado que eras más una persona de rock and roll que de música clásica. — Intervino Albert cuando Candy se dio por vencida en una ligeramente complicada combinación de notas.

— Solo sé unas pocas canciones de cuna.

— ¿Cómo nace tu interés por las canciones de cuna?

— Aprendí cuando estaba en el internado, eran el tipo de cosas que las religiosas creen que deben enseñar a las señoritas a su cargo. Creía que ese tipo de cosas elegantes estaban bien para complacerte.

— ¿Complacerte a mi? ¿Por qué?

— Jajaja. Bueno, no a ti específicamente. A mi tutor, al hombre que me proporcionaba educación.

— ¿Qué dije cuando me dedicaste tu primer concierto?

— Ahh, nunca lo hice. Fue muy impresionante descubrir tu identidad y no me lo vas a creer pero estuve un poco resentida contigo por ocultármelo, así que no iba a deleitarte con mi talento.

— Eres rencorosa. ¿Qué tipo de cosas puede hacer este pobre mortal para resarcirte?

— ¿Resarcirme? ¿Ves como me sentía obligada a ser elegante, si usas ese vocabulario?

— Tengo amnesia, no tengo noción de que es elegante y que no. Responde si me perdonaste o todavía no lo haces.

— Te perdoné.

— Que bien. Como se hace para ganar tu perdón.

— No tienes que hacer nada, solo ser tu.

— Si te das cuenta, desde hace unos meses que no soy ese yo.

— Claro que me doy cuenta, por eso estamos haciendo esto.

— ¿Tocando el piano?

— Haciendo nuevos recuerdos.

— ¿Me debo tomar esto como una cucharada de mi propia medicina?

— ¿Creías que tenías la exclusividad de guardar sorpresas bajo la manga?

— No lo creía, lo quería hacer. Quería, mejor dicho quiero que dejes de verme como el hombre que fui y me veas como alguien diferente.

— ¿Por qué?

— Para que no estés triste de perder a tu antiguo amigo. Si tienes alguien que sea igual de impresionante que él.

— No estoy tri... - Se gira hacia Albert con el reclamo en la mirada, pero debe encontrar en sus ojos que está siendo genuino porque sonrío en vez de derramar su furia — Olvida eso, ¿que opinas de la gaita?

— Creo que primero debo averiguar cuándo fue la última vez que la desinfectaron.

— Cecil probablemente lo sepa ¿Qué hacemos entonces?

— Sigue tocando.

— Pero me equivoco mucho.

— Te diré cuando lo hagas y como corregirlo.

— ¿Recuerdas cómo tocar el piano?

— Reconozco la melodía y me doy cuenta de tus errores.

— No fue así como esperaba que iría la primera vez que tocaría para ti.

— Mientras sea más divertido para ti que oírme tocar la gaita.

— Jajaja Mientras me prometas que dirás cuando parar si es mucha la tortura.

— Claro que lo haré.

OctoBert - Día 25. Secuestro x Fran

Les gritaré que eso es un secuestro.

La idea de que Albert encontrara y ocupara un puesto inferior que se sintiera capaz de desempeñar sin tener que ser constantemente supervisado no fue bien recibido por Archie y Georges, pero no estaban en capacidad de contradecir a su presidente. La nueva reestructuración estaba recibiendo algunos cambios.

La primera sorpresa la tuvo el departamento de Recursos Humanos cuando el mismísimo presidente de la empresa se presentó a las entrevistas de personal que estaban realizando ese día. En el momento en que los evaluadores anteponían la apariencia y las referencias rimbombantes ante la experiencia y el entusiasmo de los solicitantes Albert estuvo tentado a objetar ese sesgo pero eso evidenciaría que desconoce los procedimientos de ese departamento. Lo cual fue lo que vino a aprender.

Que un superior tomará notas debió ser algo nuevo para los miembros del departamento, le dirigieron miradas interrogantes pero no cuestionaron el método o los motivos. Fue difícil no intervenir en la primera selección una vez que se enteró que tipo de filtros aplicaban y todo lo que pudo hacer fue agendar un espacio para presenciar las capacitaciones que mencionaron que realizaban las nuevas contrataciones para fortalecer o nivelar sus aptitudes.

Al contarle a Candy como se había sentido desmotivado para ser parte del departamento de Recursos Humanos porque aparentemente no tiene la dureza necesaria, ella estuvo de acuerdo con que Albert es el tipo de persona que perdona las faltas de todos los demás. Lo que le habría caído bien tener un superior de ese estilo cuando ella misma suele estar

frecuentemente bajo escrutinio por involucrarse en funciones que van más allá de sus labores.

Las anécdotas de Candy sobre "sus faltas" iban desde involucrarse en el campo de las trabajadoras sociales hasta introducir una mascota de un paciente que estaba triste. Cosas como esta son las que hacen que sea difícil ser William A. Andrew cuando es tan fácilmente seducido por cosas tan caóticas como la personalidad de Candy. Si imagina vividamente proporcionándole todo tipo de ayuda para que infrinja las reglas tantas veces como su viejo yo no pudo hacerlo.

El sábado en la tarde ha quedado con un vacío en su estructurada agenda de actividades. Archie y Annie cancelaron sus planes con ellos por una emergencia en la familia de Annie. Han llamado a los miembros de la familia, pero todos tienen compromisos ineludibles, hasta la tía Elroy se ha tomado el fin de semana libre en la casa de veraneo. No le sorprende que todos estén regresando a sus vidas normales y no estén en posición de acudir de inmediato para cualquier eventualidad que se le atravesase a Albert.

Eso lo satisface porque ha disminuido esa presión sobre Albert de ser el centro de la familia. Espera que sea porque ya están tranquilos sobre su estabilidad y le pueden confiar su propia independencia. Si la familia le estaba dando espacio ya sea a propósito o porque en realidad es el cauce natural de este ciclo de sus vidas y la normalidad requería su atención, Albert lo agradecía.

Sin embargo tiene ganas de salir, ha estado tan ocupado sabiendo que hará cada hora que estos momentos libres que tiene por delante no los va a pasar entre las paredes de la mansión. Cruza hacia el balcón para ver si Candy está disponible, no tiene que ir más allá, la encuentra tendida en uno de los columpios manipulando su teléfono.

— Estoy aburrido, Candy. — Dice por todo saludo.
— Haz algo divertido
— ¿Qué haces tú?
— Estoy en un juego en línea con Susy, Sam y Jeff, unos hermanitos que conocí cuando estudiaba en Londres.
— ¿No es media noche allá?
— Tienes razón, a veces olvido la diferencia de horarios. Voy a mandar a esos chicos a la cama. — Envía unos cuantos mensajes y pone boca abajo su teléfono. — Bien, ahora los dos vamos a estar aburridos.
— Hagamos algo divertido.
— Es más fácil decirlo que hacerlo.
— Esa fue tu propuesta cuando dije que estaba aburrido.
— ¿Quieres que juguemos billar o veamos algo en la tv?
— Vayamos a algún lugar fuera de casa, me siento encerrado.
— Ya está muy frío para ir al lago y no me quiero arreglar para que vayamos a bailar o cenar.
— No te hace falta que te arregles nada.
— Ni se te ocurra decir que vayamos a hacer jardinería. No quiero causar más mal a las plantas.
— Y si nos robamos uno de los muchos autos de la cochera. Buscamos una colina que domine un lindo paisaje y vemos el atardecer juntos.
— ¿Sabes conducir? — Candy aprueba la idea poniéndose de pie y yendo a su habitación por un abrigo.
— Si alguna vez lo hice, estará en mi memoria muscular.
— Dado el golpe que recibiste en tu cabeza, no es recomendable que operes equipo peligroso. Conduciré yo.

Candy entra tras Albert y después de elegir un abrigo para él salen de la habitación y se ponen en camino a la cochera en medio de una animada discusión.

— No sé Candy, si eres tan exuberante en eso como lo eres en todo, puede que te guste la velocidad

- Más respeto. Soy tan cuidadosa como una enfermera puede ser.
- Eres la más irreverente de las enfermeras.
- Ja Ja Ja. Espero que los nuevos recuerdos no incluyan este sentido del humor. No es gracioso.
- No es broma. Si vemos una patrulla en el camino les gritaré que eso es un secuestro.
- ¿Será más fácil convencerlos de que yo te secuestre o que tu me secuestraste?.
- Obviamente me creerían a mí. No eres alguien a quien secuestrarían, definitivamente secuestrarías a alguien.
- No sé porque te has hecho esa impresión de mi.
- Porque te agrandas en cualquier situación.
- Eso me lo vas a tener que explicar Albert, porque me siento ofendida.
- No es ninguna ofensa. Cuando llegemos a donde sea que vayamos te explico lo que quieras. ¿Cuál auto nos vamos a llevar?

Mientras Albert esperaba que Candy eligiera el pequeño deportivo rojo, Candy tomó uno de los juegos de llaves del perchero en el garage y se dirigió al todoterreno verde.

- ¿A dónde quieres ir? — Preguntó Candy cuando estaban por cruzar el portón de la mansión.
- A la derecha — Le indicó Albert el camino opuesto hacia la ciudad.

Se ponen en marcha hacia la reserva forestal y aunque no encuentran un banco vacío para contemplar la puesta del sol, Candy no tiene ningún inconveniente en sentarse sobre el pasto, haciendo rápidamente amistad con los niños que juegan alrededor.

El sol se pone, los días terminan, todo termina y así como la vida que antes tenía su antiguo yo, Albert no debe dejar de hacer las cosas que le nace hacer. Se sienta junto a Candy y la abraza mientras ven los últimos rayos del sol desaparecer.

— Me debes una explicación.

— Lo siento si me tome tantas libertades

— Ahora te disculpas cuando antes dijiste que no era una ofensa. — Instantáneamente Albert se da cuenta que Candy no estaba cuestionando que la abrazará, sino lo que estaban conversando en el auto, camino hacia acá.

— Porque no es una ofensa. Te lo debí haber dicho antes y no cuando estábamos bromeando.

— Decir que me agrando es como decir que soy uno de esos niños abusivos del patio del colegio. Que respondo con más fuerza.

— Si lo haces, pero no solo ante la gente que te incomoda. La primera impresión que tuve de ti, fue muy opuesta a la que tuve de mis sobrinos por ejemplo. Ellos estaban alterados, vi en sus miradas que eran incapaces de lidiar con la situación cuando descubrieron que no los recordaba. Mientras que tú tomaste las riendas de todo.

— Eso se debe a que estoy más expuesta a las emergencias médicas que ellos.

— Desde luego. Pero en ese momento yo estaba en extremo vulnerable y sentí que me podía refugiar en ti, porque me pusiste en primer lugar, no esperabas nada de mí, sino que me lo ofreciste todo, sin empujarme más allá de lo poco de lo que era capaz, porque te pusiste entre mi y todos los demás dándome espacio para respirar.

— Albert yo...

— No digas nada. Me prohibieron que te hiciera sentir triste.

— ¿Quién se atrevió a hacer eso?

— Stear me lo dijo directamente, Archie, Anthony y Georges me lo insinuaron. Rosemary solo que tuviera cuidado en general, pero creo que también se refería a ti.

— Fue hermoso eso que dijiste y no estoy triste, estoy emocionada que pienses eso de mi.

— Tomas muchos riesgos para una persona de tu tamaño.

— Tonto.

- ¿Te apetece que vayamos a buscar donas y chocolate caliente?
- Claro. De repente siento un hueco en el estómago. Debe ser hambre.

OctoBert - Día 26 Tartan x Fran

Destacar los colores del tartán familiar

Los cumpleaños de Anthony y Archie se celebraron en conjunto y la fiesta tuvo lugar en una ruidosa taberna. Era como si los chicos hubieran perdido una apuesta porque el lugar no iba de acuerdo a la personalidad de ninguno de ellos. Resultó que era un capricho que habían tenido desde que cumplieron 21 años y les fue permitido beber legalmente.

Pero estando Archie involucrado no iba a ser tan simple como reservar un local por toda una noche para uso exclusivo de sus amigos e invitados. Debido al origen escoces de la familia estaban bebiendo únicamente whisky escoces y cócteles preparados con dicha bebida. Incluso un chef reconocido se encargó del menú para lograr el perfecto maridaje entre la bebida y alimentos que realzaran los sabores del whisky.

La decoración era sobria, fuera de un cartel con el nombre de los festejados y un racimo de globos parecía una noche normal en una taberna normal, lo que hacía destacar los colores del tartán familiar que se escogió para los manteles de las mesas y los aros para las servilletas.

Entre los compañeros de trabajo de Archie, que ya conocía y los compañeros de trabajo de Anthony, que no conocía, además de amigos de ambos con los que nunca llegó a tener un trato profundo fuera de este tipo de reuniones, Albert no tuvo que recurrir a William A. Andrew en ningún momento de la noche, pudiendo disfrutar del evento sin presiones de ningún tipo.

Estando enterado que Candy no maneja bien el alcohol se mantuvo pidiendo cócteles sin alcohol para ella, pero él no se abstuvo de probar

algunas de las marcas que eligieron sus sobrinos como dignas de estar en su cumpleaños.

Cuando el mesero les trajo sus bebidas, Albert levantó su copa y ofreció un brindis a su acompañante.

— Slàinte Mhath

— Do dheagh shlainte — Candy levantó su bebida y respondió a su brindis. Después del primer trago su frente se arrugó.

— ¿Hay algo mal con tu bebida?

— Todo lo contrario, está muy rico. Dime Albert ¿recordaste algo?

— No. ¿El bar en el que trabajaba era parecido a este?

— Creí que habías recordado algo porque hiciste el brindis de "buena salud" en gaélico.

— Lo he escuchado a lo largo de la fiesta.

— Eres más observador que yo.

— Serás a la primera que vaya si alguna vez recuerdo algo.

— No tienes que hacerlo. Aunque sería un deleite para mí estar frente a ti cuando nos recuerdes.

— Creo que las posibilidades de que eso suceda son muy altas.

— ¿Lo dices porque cualquier cosa me da alegría?

— No. Porque de entre todas las personas con las que me relaciono, pasó más tiempo contigo.

— Últimamente estás más horas en la oficina.

— Entonces Georges te ganará la primicia.

— No te lo recomiendo, porque te hará trabajar más duro.

— Tienes razón. Que mal que no pudo estar en la fiesta por tener que viajar en mi lugar. Yo solo atenderé la videoconferencia.

— Con lo que ahora sabes, las habilidades que has desarrollado y lo observador que eres, las posibilidades de que te desempeñes en esas tareas sin contratiempos son altas.

— Aun no me siento capaz de manejar algo con tanto riesgo.

— Bueno, las personas de tu pasado no siempre vuelven dramáticamente. Casi siempre hay avisos o acercamientos previos.

— ¿Qué posibilidades hay de que encuentres a tu exnovio en un evento, el trabajo o de compras?

— Pocas, apenas lo están invitando a eventos a los que debo asistir, no está en mi mismo rubro de trabajo y creo que prefiere las compras en línea
¿Cuál es tu interés en mi exnovio? ¿Quieres intervenir? ¿Se te despertó el instinto de casamentero?

— Tal vez me mueve el interés.

— ¿Cuál interés?

— Desde que deje de querer regirme por el pasado, me encuentro más propenso a seguir adelante. Quiero lo mismo para ti.

— De plano no te interesa recordar nada.

— Creo que es la mejor decisión que he tomado. ¿Te has dado cuenta que la familia me ha estado dando más espacio?

— Si, también a mi. Hasta hace un par de semanas todo el tiempo estaban sobre mí, enviándome artículos sobre la amnesia, cosas que podrían hacerte recordar, datos sobre doctores que han tenido algunos éxitos en ese campo, entre cosas por el estilo y desde hace unos días están muy tranquilos.

— En el momento que te dije que quería ser un hombre nuevo, cada uno de mis sobrinos se presentó para saber que tan firme era mi convicción.

— ¿Te acosaron con eso?

— Un poco, pero a partir de eso me han dejado en paz.

— ¿Por qué te sientes en paz?

— Creo que el viejo Albert estaba un poco reprimido. Tanto peso sobre sus hombros y no podía pensar en él, sin pensar antes en todas las consecuencias de cada uno de sus actos. Creo que por eso...

— ¿Por eso... qué?

— ...por eso no tenía una esposa todavía.

— ¿Crees que la solución de los males de las personas consiste en tener una esposa o esposo?

— Bien, no una esposa específicamente, alguien especial, si lo quieres poner así. El viejo Albert se negó a hacer amigos, probablemente se haya negado a actuar de acuerdo a algún sentimiento de atracción.

— ¿Y si ya tuviera a alguien?

— No. Esa persona no lo habría dejado pasar solo por algo tan extremo como lo es la amnesia.

— Pero si tu no recuerdas lo que tu viejo yo pudo haber sentido por esa persona habría sido muy doloroso estar contigo sin que esos sentimientos fueran correspondidos. Fue algo que dijiste muchas veces respecto a la familia.

— Imagina que fuera el detonante que estuvimos buscando. Entiendo que había que priorizar mi estabilidad, pero quiero creer que si hubiera tenido alguien así en mi vida, no se habría rendido ante esas palabras. Porque era cuando más le necesitaba. Sin importar que no correspondiera a sus sentimientos románticos, habría más en la relación que eso.

— Apreciarías que hicieran un gran esfuerzo por ti ¿no?.

— No lo veo como una cuestión de esfuerzo. Las relaciones son de dos, puede que algunas funcionen con uno solo dando y el otro solo recibiendo. En mi caso si espero haber despertado un sentimiento que trascienda la pérdida de memoria es porque debí haberme entregado de manera similar.

— ¿Crees que fallaste?

— ¿Sabes, Candy? Cuando desperté tuve la sensación de que estaba dejando algo pendiente, algo a lo que tenía que volver, una pieza faltante que estaba muy cerca de mi a punto de alcanzar. No sé qué sería, desde hace un tiempo no es más que una sombra.

— ¿Por qué no me habías dicho sobre eso antes?

— No era más que una sensación, ahora que ya no está pienso que solo fue una señal de miedo de mi cerebro al detectar que perdió sus memorias, pero como ya tengo nuevas capas de memorias ha dejado de estar en pánico.

— Gracias por compartirme eso. Te he visto intentar ser fuerte y responder positivamente a la manera en que lo manejamos. Supongo que es difícil aceptar y confesar que hubo algo de miedo ahí.

— Deberíamos hacer eso. Compartir no sólo las partes buenas y ya superadas, sino también las malas y que nos tienen pensando.

El rostro de Candy pasó por varias emociones que podría clasificar como estupor, incredulidad, conmoción, fascinación, satisfacción y alegría hasta que finalmente acarició la mejilla de Albert y dijo con una voz muy clara "Acepto".

El enorme pastel llegó y Candy se alejó dando brinquitos para situarse entre los cumpleaños. Entre ella y Stear se encargaron de hundir en el betún las cabezas de Anthony y Archie después de que apagaran las velas.

La banda tocó una canción que hizo que muchos de los asistentes se congregaran en la pista de baile y sin importar si tenían pareja o no empezaron a hacer los mismos pasos envueltos en una enorme alegría. Candy y sus sobrinos se le perdieron de vista, así que empezó a mirar entre los demás asistentes buscando una cara conocida. Una chica en la barra lo estaba mirando, le fue un poco familiar, quizá la vio en algunas de las fotos que alguna vez le mostraron o sea parte del equipo de la empresa con quien no ha tenido contacto. Incluyó la cabeza a modo de saludo y continuó su búsqueda de alguien con quien disfrutar la fiesta.

No se percató de que su movimiento fue lo suficientemente amigable hasta que la chica de la barra estaba a su lado con una expresión en el rostro un poco reservada.

— ¿No te diviertes? — Albert le habló con confianza para ocultar el hecho que no sabía su nombre.

— No mucho. — La chica afirmó sus palabras mostrando el brazalete en su muñeca que llevaban los menores de 21 y los conductores designados como señal de que no consumían alcohol. — No pensé que en una fiesta fueran a pedir identificación.

— Es un local comercial, tiene que apegarse a las reglas.

— Supongo.

— Ha habido muchos juegos, música y baile para compensar.

— No es mi tipo de entretenimiento.

— ¿Y cuáles sí lo son?

— Ya sabes, mi podcast de información financiera y las actividades al aire libre. Por cierto has estado inactivo en tus redes sociales.

— Hubo un asunto de seguridad - En realidad no recordaba sus contraseñas y aunque su teléfono se podía desbloquear mediante un escaneo del iris había información sensible en él por lo que le habían dado otro aparato.

— Suele pasar, la cantidad de veces que han intentado hackear mi canal. Esos haters deberían buscarse una vida.

Sin entender a qué se refería Albert intentó formular una respuesta suficientemente vaga para ella, pero otra mujer se interpuso entre ellos con una mano en la boca y la otra tomando del hombro a la jovencita a su lado la arrastró con ella.

— Nos vemos, mi amiga me necesita.

Con un gesto de la mano Albert se despidió y buscó a Rosemary que estaba con algunas de sus amigas quienes de inmediato querían enterarse de todo lo que pasaba por su vida, así como llenarlo de invitaciones a eventos de sus clubes y fundaciones. Afortunadamente Candy vino a rescatarlo y las señoras no se detuvieron en expresarle cuánto la envidiaban.

OctoBert - Día 27 Chismes x Fran

Distinguir la información verídica de los **chismes.**

El paso de Albert por el departamento de sistemas informáticos llevó mucho tiempo ya que abarca diversas funciones, desde conectar las redes de comunicaciones de todo el personal, encriptar la información, sostener la seguridad de las operaciones en línea y la conectividad de las aplicaciones y el flujo de las bases de datos. De inmediato supo que este no era el entorno de trabajo para él, sin embargo sí recibió todas las sugerencias que tenían los directores de cada área y que resultaron ser muchas.

En colaboración con Stear, que estaba tan interesado en los procesos de automatización, Georges encontró una firma confiable que podía hacer una auditoría externa a toda el área de Tecnología de la Información para obtener una segunda opinión sobre la eficiencia del sistema actual y con el fin de actualizar y capacitar a sus propios auditores para que pudieran actuar en base a las necesidades de los cambios que se iban requiriendo.

En opinión de Candy esa era una carrera que nunca se iba a poder ganar, ya que todo el tiempo están surgiendo nuevas tecnologías y que nunca se sabe cual es la que se va a asentar entre los usuarios. Como ejemplo, puso su aplicación de compras que se negaba a procesar un regalo que estaba por mandar a un amigo. Sin pensarlo, Albert busco el portal de compras y le paso su propio teléfono para que hiciera la compra desde ahí.

La violenta crítica de Candy al encargado de esa tarea en la tienda donde quería comprar se detuvo abruptamente y se quedó en suspenso mirando a Albert de forma inquisitiva.

— ¿Hice algo malo?

- Son tus ojos.
- ¿Qué pasa con mis ojos?
- A veces me miras de la misma forma en que lo hacías antes.
- ¿Cómo es eso?
- Con mucha ternura cuando estoy siendo difícil.
- Nunca lo has sido.

Ella sonrió y depositó un beso en la mejilla de Albert. No se distanció de él mientras hacía la compra del regalo que había estado intentando antes, exclamando ante su victoria. Después compró un sombrero para Albert y Albert respondió comprando un vestido para ella.

No era una guerra de regalos propiamente dicha, pero cada vez que uno de ellos hacía un obsequio al otro era recompensado con otro. Primero eran cosas para disfrute personal, después se convirtieron en algo que pudieran compartir.

Mientras armaban el último rompecabezas que Candy le obsequió a Albert hicieron una pausa para comer las golosinas que ella escondía en sus cajones.

- ¿No te gustaría redecorar esta habitación a tu gusto personal?
- No sé, me gustan los colores y las texturas. Los muebles son muy cómodos.
- No digo que sea fea, pero si vas a pasar más tiempo aquí tal vez quieras personalizarla a tu gusto. Esta habitación es casi idéntica a la mía por lo que deben ser mis gustos los que influyeron en la decoración y obviamente no cuentas con espacio para guardar toda tu ropa.
- Tienes razón, iba a ser un arreglo temporal y no he encontrado motivos para organizar la mayoría de esas cosas. Pero debo decirte que tienes muy buen gusto, me siento como en mi propia recámara.
- Aún guardas esperanzas de que recupere la memoria y todo vuelva a su lugar ¿no?

— No sabría decirte. Estoy empezando a creer que puedes llegar a quererme de la misma manera en que hacías antes.

— No, creo que te quiero mucho más que eso. ¿Podrás tú quererme más?

— ¿Eso depende de mí o depende de ti? - Estaban tan cerca un del otro, si Albert se inclinaba lo suficiente podría tocar los labios de Candy con los suyos y averiguarlo o arruinarlo de una vez por todas.

— ¡Vaya! Tenemos frente a nosotros un misterio sin resolver. Le queda mucho a ese rompecabezas, mejor voy por un suéter para cuando tenga que salir al balcón más tarde. — Si eligió el camino de la retirada fue porque una acción como esa podía ser la última que tuviera con Candy y prefería intentar otro tipo de acercamiento para asegurar que el comportamiento de ella se debe a que está siendo perceptiva a sus intenciones y no producto del desparpajo propio de ella.

— Usa la puerta del vestidor, yo lo hago todo el tiempo. — Lo cual era muy difícil de distinguir con ella haciendo comentarios como ese.

— ¡Qué precoz!. Qué hubiera pasado si alguna vez me encuentras cambiándome.

— No sería la primera vez que te veo así.

— Te apuesto a que no sonreirías tanto si eso se diera al revés.

— Perderías.

Se puso en camino a la puerta del vestidor tan pronto como su cerebro se volvió a conectar, probablemente se había ruborizado y no le iba a dar a Candy la oportunidad de seguir haciendo bromas de ese tipo sabiendo cuán fácilmente podría perder el control. Se tomó su tiempo para encontrar un suéter cómodo y para recordarse que no iba a hacer que Candy se enamore de él si reacciona como un adolescente.

Por suerte o por desgracia los comentarios de Candy no dejaron ese sesgo de picardía y finalmente se sintió cómodo no solo para encontrarlos placenteros sino también para responderlos de igual manera.

Aunque las noches en el sofá favorecían el desarrollo de una dulce intimidad, Albert sabía que tenía que poner un poco más de sí mismo para resolver el misterio sobre en quién recaía que Candy lo quisiera de diferente manera. Lograba unos pocos avances halagandola cuando ella usaba alguna de las cosas que él le había obsequiado, a menudo ella los repetía en su atuendo diario aunque en un principio había dicho que los reservaría para ocasiones especiales y realmente había cambios en su arreglo personal a tal grado de que cuando ella decidió que necesitaba arreglarse el cabello lo arrastró a la estética con ella para que ambos obtuvieran un corte que los hiciera ver más hermosos.

Después del corte de cabello vagaron por el centro comercial y Albert insistió en comprar un espejo de cuerpo entero para la habitación de Candy que solo contaba con el del tocador amenazándolo con comprar un cuadro con colores tétricos. Hicieron eso en cada tienda hasta que llegaron a la tienda de mascotas, la expresión de Albert debió revelar mucho porque Candy lo tomó de la mano y lo alejó de ahí, diciendo que no había la mascota que ella le regalaría. Albert tuvo que insistir mucho intentando que le dijera cuál animal iba con su personalidad para que ella cediera y explotara diciendo que un zorrillo era lo que se merecía por ser tan insoportable.

Una oleada de protección invadió a Albert decidido a defender incluso a una mascota imaginaria y apuntó a que la llamaría Pouppee y la mimaría más que una niña a su muñeca consentida. Para poner las cosas al mismo nivel eligió un mapache como mascota para Candy, que lo recibió con la misma alegría y aseguró que lo llamaría Clean y sería tan limpio como su dueña.

Cuando James los recogió a la hora indicada no dijo nada de que aún estuvieran tomados de la mano.

Cada día que pasaban se convencía que el comportamiento de Candy no daba lugar a dudas, lo estaba dejando acercarse, no le recriminaba las miradas cargadas de anhelo que le dirigía y por el contrario fomentaba que se tomara todo tipo de atrevimientos.

Camino a la oficina pasó por la florería que estaba en un edificio vecino y entró para encargarse de un ramo para pasar a recogerlo al salir del trabajo. La noche anterior tía Elroy avisó que tenía una cena de negocios, Albert invitó a Candy a cenar fuera. Aceptó con alegría y por primera vez tuvo la iniciativa para irse a arreglar, no solo usó uno de los vestidos que le había regalado él, sino respondió llena de coquetería a cada palabra que Albert usó para apreciar su apariencia. Si eso no había sido una señal de neón en el estado de su relación, las flores lo confirmarían.

La señora que lo atendió no solo lo reconoció como un cliente regular sino que le preguntó si preparaban su pedido como de costumbre, la cual era una caja con pimpollos de rosas y chocolates. No creía que fuera desatinado pensar que eso era algo que le encantaría a Candy, pero probablemente eran un regalo para su hermana. Así que eligió un arreglo diferente, una pequeña canasta con un gradiente de colores desde las rosas más pálidas hasta las rojo intenso. Como metáfora de cómo su amor se ha ido transformando. Ni siquiera tuvo que pagar, porque le dijo que se lo cargarían a su cuenta.

Casi estuvo a punto de ponerse violento con Georges porque lo había retrasado a su hora de salida para que le firmara unos documentos. En vez de bajar al estacionamiento fue a la recepción para ir caminando a la florería a recoger las flores para Candy. No esperaba encontrarse con la joven de la fiesta de cumpleaños de Anthony y Archie. Estuvo a punto de ignorarla para no retrasarse más pero ella lo saludó.

— ¡Hola! ¿Qué haces aquí?

— Intentar una vez más que me dejen pasar.

— ¿A qué departamento vas?

— A la presidencia por supuesto. Has estado posponiendo darme una respuesta a mi invitación de hablar en mi podcast.

— Lo siento, no doy pláticas ni conferencias.

— Pero tienes a todo el mundo interesado en las fases de la reestructuración que se está llevando a cabo en el banco.

— Cuando sea el momento, se hará un comunicado oficial. — Fue cuando supo de dónde conocía a la chica, ya que hizo el mismo gesto que cuando le negó una declaración en el baile de la fundación Chicago Verde.

— Probablemente pienses que debido a que soy apenas una estudiante de primer año no tengo la capacidad para manejar esa información, pero he estudiado tu trayectoria desde que asumiste la presidencia. Puedo distinguir la información verídica de los chismes.

En otro momento Albert hubiera premiado el entusiasmo de la chica, pero se hacía tarde e iban a cerrar la florería. Estaba por darse la vuelta para alejarse cuando la señora de la florería dejó de mala gana el canasto con el arreglo en sus manos, ni siquiera se dignó a contestar cuando le agradeció. La miró alejarse buscando con su mano libre su teléfono para llamar a James cuando Candy cruzó la entrada y lo encontró sosteniendo un hermoso arreglo de flores mientras una jovencita posaba una mano en su hombro para intentar convencerlo de intervenir en su podcast.

OctoBert — Día 28. Lindo/a (kawaii) x Fran

Es muy diferente que algo sea lindo...

— ¡Hola Albert! — Candy cruzó entre ellos para hacer que la chica retirara su brazo y se colocó junto a Albert, saludando con un gesto a la recepcionista antes de dirigirse a ella — ¡Hola Olympia! Hace tiempo que no te veía.

— ¡Hola Candice! Ustedes son los que han desaparecido de la escena pública, parece como si se estuvieran escondiendo.

— Tenemos muchas cosas que hacer ¿Qué te trae por acá?

— Estoy a punto de convencer a William de que hagamos la entrevista.

— ¿Ayudó el numerito con las flores?

— No estoy dando una entrevista. Las flores las compré yo. — Dijo Albert uniéndose por fin a esa tensa conversación. — Las llevó a casa.

— Bien, creo que eso lo resuelve todo. Que tengas un buen día Olympia, mejor suerte la próxima vez. ¿Nos vamos Albert?

— Claro. Hasta luego Olympia.

Un poco confundido por no saber si eran groseros con Olympia, Albert camino junto a Candy y dieron la vuelta al edificio en silencio hasta llegar al estacionamiento. El auto llegó en unos minutos mientras Albert se preguntaba si llegaría un momento prudente para ofrecerle las flores. Ella parecía pensativa. Optó primero por iniciar una conversación.

— ¿Es Olympia una enemiga tuya como Eliza Legan?

— En absoluto. ¿Por qué piensas eso?

— Por como estaban tan tensas las dos.

— Ella te estaba molestando de nuevo.

— No, su comportamiento ha sido amigable cada vez.

— ¿Cuántas veces te ha emboscado así?

- Pobre chica. No seas tan dura con ella, solo tiene mucho entusiasmo por su trabajo. Veamos, es la tercera vez que nos encontramos. Después de la celebración de la fundación la vi en la fiesta de Anthony y Archie.
- Ni siquiera estaba invitada al cumpleaños.
- ¿Estaba en malos términos con ella? Ha sido muy amable.
- Claro. Tan amable, sin importar cuántas veces has rechazado su invitación.
- Es una chica, Candy. No necesitas protegerme de ella.
- Olvide que tienes debilidad por las chicas.
- No repitas que es esa cosa de mi regresión a la adolescencia otra vez, por favor.
- Lo siento. Las cosas eran tan normales los últimos días que bajé mis defensas. Ella tiene muchos seguidores y es muy fan de lo que haces. Una palabra suya y todo el mundo lo sabrá.
- Has pasado por mucho también cuidándome. ¿Por qué no llevamos las rosas a tu recamara para que te alegren el día y después pides un masaje?
- ¿Son para mi? Qué hermosas. Gracias Albert.

Ahí estaba de nuevo, mirándolo con esa expresión que hacía que una ola de afecto se extendiera por todo su ser y lo envolviera en una calidez vigorizante. No se sintió tan atrevido para sugerir que tomaran la sesión de masaje juntos pero fantaseó con ello.

- Al día siguiente la sombra del día anterior se había disipado en Candy y Albert deseaba ser aquel que despertará toda esa alegría en ella cada día.
- ¿Hay alguna esperanza de que vayas a buscarme después del trabajo hoy también?
 - Ayer fue un caso especial. Me pidieron entregar algo cerca de tu oficina.
 - Qué pena. ¿Puedo tentarte con una invitación para ir a algún lado después si lo haces?
 - Como decirte que no si buscas hacerme caer en alguna tentación.

Tenía tantas ganas de responder que ella era la tentadora, Candy podría haber sido llamada bonita en un sentido convencional. Sus rasgos eran preciosos, con grandes ojos y una sonrisa siempre a flor de labios. Pero es muy diferente que algo sea lindo a que uno se sienta bien con solo mirarlo. Debía existir una palabra en algún idioma que lo exprese mejor. Más allá de su apariencia, era su presencia lo que lo ha allanado el camino en sus sentimientos.

— Como ese vestido que usas es tan elegante ¿Qué te parece si vamos al tour del castillo Givens y que Cecil nos haga una reservación en un restaurante igual de elegante en esa zona?

— Toda una experiencia de cuento de hadas. No se si me lo merezco.

— ¿Por qué no?. La mujer que espera un Príncipe debe acostumbrarse al trato de Princesa.

El castillo Givens no era tan espectacular y grande, Albert no pudo evitar compararlo con la mansión que había heredado de su familia, pero la decoración cumplía con el ambiente medieval requerido para la sensación de cuento de hadas. Candy de inmediato imitó a los otros visitantes y se tomaron tantas fotos como para tapizar las paredes de ese castillo.

En contraste, el restaurante elegido por Cecil fue de comida japonesa. De acuerdo al folleto que leían mientras esperaban que les dieran su lugar en la barra, el sushi que preparaban se hacía al estilo edomae, seguido por una poética descripción del periodo edo en Japón y los ingredientes traídos directamente de allá.

Aunque no había tenido problemas con ninguna de las cosas que había comido, decidir entre los platillos enumerados parecía algo serio, por no hablar de tener que usar los palillos. Tal vez iba a hacer un papelón pidiendo cubiertos si no era capaz de manejarlos.

— ¿Qué debemos ordenar?

— Puedes elegir lo que quieras.

— No estás en el menú. — Dijo Albert en un murmullo. — Ordena tu platillo favorito para los dos.

— Tonta de mí, creí que bromeabas. Es tu primera vez. El chef nos comparte su selección, así que nos preparará a todos los comensales lo mismo.

— Seguiré tu ejemplo entonces.

— Podemos irnos si te sientes incomodo.

— Para nada, prometí una cena sofisticada y la experiencia con una cocina internacional lo es.

Su grupo fue llamado al mostrador donde el chef preparaba el sushi frente a ellos. Albert intentó no perder detalle de la técnica empleada por Candy y después de un par de leves tropiezos logró manejar adecuadamente los palillos. La dispersión de sabores en su boca lo hizo exclamar de deleite y Candy comenzó a alimentarlo como lo hacía cuando estaba enfermo, excepto que esta vez pudo devolver el gesto.

No esperaba compartir la mesa con otros comensales y tener al chef frente a ellos, la atmósfera íntima que ansiaba para compartir sus sentimientos a Candy serían interrumpidos constantemente por la mujer a su lado exclamaba ¡Kawaii! cada vez que le presentaban una pieza. Sin embargo la naturalidad que se da entre Candy y él es tan satisfactoria como si estuvieran en una cita después de salir durante mucho tiempo.

No es hasta el fin de semana que sus trabajos les dieron nuevamente tiempo libre. Aunque sus mañanas estaban tan ocupadas como siempre, sabía que Candy tendría la tarde libre una vez que regresara de comer con sus amigas. No hicieron planes, pero en cualquier momento ella se pasaría por su habitación y sabía que no tendría que insistir mucho para convencerla de ir de paseo.

Mientras consultaba en su teléfono sugerencias de lugares a donde tener privacidad y comodidad la aplicación con la conversación con sus sobrinos mandaba notificaciones indiscriminadamente. Esos debían ser Archie y Stear molestándose mutuamente.

Por pura diversión fue mensajes atrás para enterarse a qué se debió esta vez que empezara la guerra de burlas. La última vez que Albert visitó el chat fue cuando les contó sobre el incidente con la chica del podcast, no les dio muchos datos pero ninguno de ellos recordaba haberla invitado, tal vez haya sido el +1 de alguno de sus amigos.

Sus sobrinos parecieron no darle importancia y entre los mensajes que Stear y Archie intercambiaban encontró un enlace a uno de sus episodios. Lo abrió para escuchar qué tipo de contenido manejaba para que insistiera tanto en que Albert hablará en él.

La voz y el vocabulario de Olympia no eran nada del otro mundo, tampoco la información de su boletín, quizá el editorial que prometía fuera algo interesante. El sonido de la voz de Olympia atrajo a Candy que apareció con un suéter pasando por su cabeza a través de la puerta del vestidor.

— ¿Pasa algo Candy?

— Oí voces, pensé que tenías visitas.

— Estaba escuchando el podcast de Olympia. ¿Ese suéter es mío? Te queda muy grande.

— Si, lo tome prestado. Me gusta la ropa cómoda para descansar en casa cuando el clima enfría. ¿Espero que no creas que te puedes presentar en un programa así?

— Me intrigaba que insistiera tanto y los chicos me enviaron este audio con uno de sus invitados.

— ¿Y bien?

— Nada interesante.

— Tal vez lo que te interese sea otra cosa.

— Bueno si, quería saber qué era lo que te hacía estar tan a la defensiva.
— ¿Qué yo qué? Mira, entiendo que sea atractivo entablar contacto con personas que compartan ese aspecto de tu trabajo relacionado con las finanzas, pero no con alguien que ha estado buscando exponerte como un trofeo.
— No necesito a alguien más para hablar del trabajo, pasó muchas horas diarias hablando con ellos en la oficina.
— Entonces qué quieres con ella. — La firmeza en la voz de Candy contrastaba la vacilación en sus ojos.
— Nada. — Tenía que elegir muy bien sus palabras, para dejar claro que nunca se trató de Olympia, sino de Candy. — Quiero saber sobre ti, lo que te trae alegría para procurártelo y lo que te provoca celos para evitarlo.
— No estoy celosa. Me traería alegría saber que quieres, en vez de darle tantas vueltas al tema.

Su respuesta para describir la actitud celosa de ella se vio nublada por el gesto de Candy ante sus palabras, como incluso desvió la mirada hacia los labios de él y se mordía su labio inferior atrapando toda la atención de Albert.

— Quiero besarte.
— ¿Por qué? — No puede evitar que se desborden sus esperanzas después de que Candy ha dicho ¿por qué?, no ha dicho no...
— Tú sabes por qué.
— Quiero oírtelo decir.
— Porque me gustas. Porque me miras como si también quisieras hacerlo.
— Tomó a Candy suavemente por los hombros para acercarse y levantó su barbilla para que leyera en sus ojos que era sincero — Porque no me detienes cuando me acerco. Porque te he visto brillar en mi compañía después de lo triste que te veías los primeros días cuando te conocí.

Cuando sus labios se conectan, Albert no puede precisar quien se acercó a quien, solo es consciente de la sublime sensación de la boca de Candy moviéndose contra la suya, probando, saboreando. Incluso sus cuerpos se

adelantan anulando el espacio entre ellos y sus manos y brazos se aferran el uno al otro.

OctoBert — Día 29. Magnolia x Fran

El aroma calmante de la magnolia era una herencia de su padre.

No es la primera vez que la sola presencia de Candy transforma el estado de una habitación. Ha sido así desde el momento en que entró como un torbellino a la recámara. Lo distrajo tanto en ese momento queriendo saber quién era ella. Estaba demasiado conmocionado por los sucesos alrededor para reconocer a esa luz que acompañaba a Candy como algo sentimental y después cada vez que ella se acercó le provocaba esa misma sensación, lo dio por algo normal.

A su alrededor todo estaba cambiando, cada sonido se apagó, el pequeño espacio entre ellos se sentía casi eléctrico. Sus rodillas temblaban y su respiración se hacía difícil. Se separó de Candy, permaneciendo unidos por sus frentes.

— ¿Es esto real?

— Quieres que te pellizque para que veas que no es un sueño

— ¿Realmente podemos tener esto?

— ¿Por qué no?

— No sé. Yo llevo tiempo deseándolo y llenando mis pensamientos de ti, pero tu te acabas de enterar. Debí ser más considerado, hablarte de mis sentimientos antes de pasar al plano físico.

— Albert, me lo decías de diferentes maneras.

— ¿No te asusta?

— De ninguna manera. Somos geniales juntos. ¿Te asusta a ti?

— Es un gran cambio en la naturaleza de nuestra relación, si mis sentimientos no llegarán a alcanzar el grado de amor que has conocido antes.

— No temas por eso.

— Candy, seamos francos, ya habías conocido al Príncipe por el que esperaste desde que eras una niña.

— ¿Dudas de cuánto eres capaz de amar?

— Lo que siento por ti me rebasa, haces que me sienta mareado.

— Eso debe ser hambre. Pidamos que nos suban la cena, intentemos estar relajados y mañana, después de que todo se haya asentado con un buen descanso, te contaré que me hace tan segura de que vamos a estar bien.

Mientras esperaban la cena Candy estuvo a su lado, se abrazaron y le contó de las travesuras del pabellon de pediatría, así de como se preparaban para celebrar día de brujas. Comieron y todo parecía igual que siempre excepto por las miradas rebosantes de afecto que Candy le dirigía y que Albert por fin no tenía que esconder más. Tomaron una copa frente a la ventana del balcón mirando las ramas agitarse con el viento y las hojas flotando por todos lados.

Las campanas del reloj marcaron la media noche y Candy lo esperó mientras se preparaba para ir a dormir, lo acompañó hasta que se metió entre las mantas, depositó un beso en su frente y le dijo que todo sería mejor mañana. Albert la vio cruzar por la puerta del vestidor y suspiró sintiendo el peso de su ausencia. Ahora que sabía que ella también quería estar con él esas puertas que los separan se sentían innecesarias.

No podía esperar que llegará mañana para estar con ella, escuchar cómo son sus sentimientos por él, abrazarla, besarla de nuevo. Tan solo pensar en ese beso lo hacía sentirse aturdido, repitió en su mente como fue que se dio, lo haría una y otra vez para que se quedará fijo en su memoria como uno de sus mejores nuevos recuerdos.

La alarma tenía un sonido extraño a los oídos de Albert y el termostato estaba abajo de los 20° en verano, de inmediato recordó la conversación con Candy anoche y que estaban por celebrar el día de brujas.

Eso fue un sueño. ¿O tal vez incluso un recuerdo?

Esto simplemente no podía estar pasando. No podía haber perdido la noción del tiempo o peor aún...

Se levantó de un salto, comprobó la fecha en el teléfono, los artículos a su alrededor, la ausencia de fotografías importantes. Recordó la combinación de la caja fuerte que les había dado tantos problemas, las contraseñas de su correo y redes sociales.

¿En realidad soñó que perdía la memoria o la acaba de recuperar durante su sueño?

Revisó los mensajes más recientes de su teléfono, que no era el mismo número de siempre. Claro, así lo mantenían alejado de influencias externas que perturbaran su recuperación. Los datos que la familia proporcionó en los recientes meses se acomodaron y superpusieron junto a su vida anterior y fue así como supo que era real que había perdido la memoria y durante meses su familia se esforzó por mantener las cosas lo más normales posibles para él.

¡Qué sorpresa se llevarían todos!

Candy, tenía que contárselo primero a Candy, lo había prometido.

Cruzó a la habitación contigua por el vestidor pero la encontró vacía. Sonrió por el desorden, no solo en la habitación sino por cómo había afectado la vida de Candy y la forma en que ella lo había afrontado sin una sola queja. Regresó a su habitación para prepararse para el gran día.

Cuando bajó le sirvieron el desayuno y le informaron que Candy había ido temprano a la iglesia. Tenía ganas de felicitar a Sebastian y Sally por volver a guardar sus secretos y a Dorothy por apoyar tanto a Candy. En vez de eso les dijo que estaría en la biblioteca y que ahí esperaría a Candy.

Una cosa más que volvió con su memoria, las sensaciones de confort que guardaban algunas de las habitaciones. Una vez en la biblioteca fue al segundo piso donde se encontraba el despacho de su padre. No lo había pisado desde que le dieron el recorrido por la casa, ellos sabían que acostumbraba trabajar en el escritorio de la biblioteca o en su recámara, pero no que este era un lugar muy especial.

El aroma calmante de la magnolia era una herencia de su padre. Rosemary le contó que cuando su madre vivía lo esparcía en su despacho para aliviar la fatiga del hombre que era adicto al trabajo. Muchos días de su primera infancia sucedían aquí, con su padre en el escritorio y Albert jugando en el piso o leyendo en el sofá, haciendo el mínimo ruido posible para pasar unas horas con él mientras trabajaba. Una vez que su padre murió, sus hijos acordaron mantener el mismo aroma para el despacho de manera que los recuerdos fluyeran instantáneamente. Durante su amnesia le produjo cierto rechazo, no supo precisar que ese olor también estaba ligado al dolor de una pérdida.

Tenía muchas otras cosas que recuperar además de la memoria. Examinó algunos cajones y abrió las puertas de algunos de los muebles buscando las fotografías y los recuerdos personales, pero más allá de las imágenes de sus padres y abuelos no había más. Nuevamente la superposición de información llevó todo a su sitio, recordaba a Candy pidiendo que las ocultaran para no detonar su ansiedad al no ser capaz de guardar los mismos sentimientos por dichas personas o dichos objetos.

No hubiera creído que los objetos tuvieran ese poder, pero aparentemente lo hacían. Tomó su teléfono para comenzar la recuperación de cierto objeto.

— Stear, buenos días
— Buenos días Albert

- ¿Sabes que nunca me ha explicado nadie porque no me dices tío?
- ¿Por eso llamaste? No es más que un descuido mío. No pasé de decirte Albert a decirte tío, como hicieron mi hermano y mi primo.
- Te llame para pedirte un dron, pero esa fue una duda que surgió cuando me llamaste por mi nombre.
- Suele pasar, yo también me distraigo fácilmente ¿Que clase de dron necesitas?
- Uno con cámara y con un aditamento para que pueda recoger cosas pequeñas.
- ¿No vas a espiar a nadie, verdad?
- Voy a buscar algo.
- Tiene sentido. Voy a ver si tengo algo en casa y si no lo iré a buscar a la tienda.
- Gracias Stear. Ven a desayunar mañana.
- Te veo pronto.

Después de su llamada a Stear, llamó a los demás miembros de la familia, para preguntarles cómo iba su día y escuchar sus voces. Sabía que estaban bien y para él no había pasado el tiempo, pero por los recuerdos que se intercalaban de los últimos meses habían creado cierta distancia. Acababa de terminar la llamada con Georges cuando escuchó la voz de Candy llamándolo en el piso de abajo.

Rápidamente abrió la puerta y se asomó, ella ya estaba corriendo por las escaleras, se encontraron en el pasillo, extendiendo los brazos el uno al otro. Con el impulso la tomó por la cintura y la elevó, giraron unas cuantas vueltas antes de devolverla al suelo y fundirse en un beso.

- Sigo sin creer que esto es real. — Albert mantuvo a Candy en un fuerte abrazo. — Eres un sueño convertido en realidad.
- Si un sueño termina, podemos tener otro.
- Cierto. Tenemos todo para construir tantos sueños.
- Tengo tanto que contarte. Te lo prometí anoche.

— Vamos al despacho. — Caminaron abrazados y antes de que Candy eligiera donde sentarse, Albert la arrastró consigo al sillón para tenerla sentada en su regazo.

— ¿Llevas mucho tiempo esperando? — Candy no puso ninguna objeción a ese arreglo, reflejando cuanto deseaba ese contacto.

— Estuviste mucho tiempo en la iglesia. No pensé que eras de las que asisten a misa cada domingo.

— Fui a agradecer porque voy a poder contribuir un poco para que alcances la felicidad.

— ¿Un poco? Lo eres todo. ¿Tu eres feliz?

— Mientras tú lo seas. Me importas mucho y quiero estar contigo en los buenos momentos y en los malos.

— Se que no puedo pedirte que te cases conmigo porque ya estamos casados, pero esa promesa suena como un voto mat...

— ¿Quién te dijo eso? Nunca obedecen mis órdenes, soy una enfermera, estudie por años y fui muy específica sobre el tratamiento.

— Nadie me lo dijo. Todos saben que los matarás, creo que te tienen miedo.

— Entonces... ¿Viste las fotos?, ¿los periódicos?, ¿el internet? Estaba segura de que habíamos escondido todo.

— Tampoco. Hicieron buen trabajo con eso, aunque no busque nada, me sorprendía observarlos actuar tan cuidadosamente a mi alrededor.

Respeto que lo intentaran, no iba a traicionar sus esfuerzos.

— No sé qué más puede ser, a menos...

— ...a menos...

— ...a menos que hayas recobrado la memoria

— Lo hice. Después de que nos besamos, se sentía tan bien, quise recrearlo en mi memoria y se vinieron muchos besos como en una avalancha, probablemente me desmaye, lo siguiente que supe fue que la alarma tenía el sonido más disgustante posible y nada estaba como lo habíamos dejado.

— Tenemos que ir con el doctor, hay que avisarle a todos, debo hacerte un chequeo, los desmayos...

— Tranquila. Dejemos eso para otro día, no quiero ver a nadie que no seas tu.

— Albert, ellos tienen que saber las buenas noticias.

— Los invité a desayunar mañana. Dedícame todo este domingo a mi, por favor.

— ¿Qué tienes pensado?

— ¿Tienes que preguntar? He pasado varios meses sin ti, sin tus besos, sin tus caricias, sin... — Las palabras sobraron y sus cuerpos hablaron.

OctoBert - Día 30 Drama x Fran

El drama que vivió Candy fue infinitamente peor.

Aunque Albert ya sabía lo que le iba a contar Candy ese día le hubiera gustado escucharlo, evocar la versión de cómo se descubrieron enamorados a un hombre que no tenía ese mismo trasfondo. ¿Qué tanto habría profundizado? ¿Hasta dónde se remontaría?

Cuando le habló de su Príncipe dijo que lo conocía desde niña. En su primer encuentro ella tenía 6 añitos y él 17, no fue un gran intercambio, apenas duró unos cuantos minutos. Estaba sorprendido cuando la volvió a ver años después, aunque ella no lo reconoció, en el momento en que lo miró a los ojos parecía que sí. Se dijo que era divertido intentar que ella lo reconociera por eso se le acercaba cuando coincidían en algún lugar. Ella no lo reconoció, pero encontró en esos encuentros una fuente para saber de primera mano sobre su familia. Integrarla a los Andrew fue conveniente para ambos.

Una de las cosas que Albert admiraba de Candy era la facilidad con que recuperaba su sonrisa. Estaba llorando la primera vez y muy asustada en su segundo encuentro, pero de inmediato entró en confianza con él. Sin conocerlo, solo por su actitud y comportamiento. Era tan diferente a todas las cosas que constantemente le estaban advirtiéndole, cómo tenía que cuidarse de revelar su identidad. Ante Candy, eso jamás importó, ella siempre ha podido ver más allá de su apariencia o de su nombre.

Sus sobrinos se dispersaron para estudiar al poco tiempo y Candy fue enviada a un internado en el que duró apenas unos meses, Albert aprovechaba algunos de sus viajes de negocios para hacer visitas casuales, en un principio la observaba de lejos, pero en un descuido tropezaron y tuvo que inventarse una historia de porque un vagabundo

estaba en otro país, engañado con una falsa promesa de empleo. La adolescente incluso pretendía darle el dinero de sus mesadas para ayudarlo a volver. A Georges no le sorprendió cuando Albert decidió darle a ella un aumento en su asignación de gastos, sus sobrinos habían abogado por algo similar meses atrás, aparentemente la mayor parte de ese dinero se gastaba en comunicarse con ellos, ya que las reglas del internado eran muy estrictas y limitaban el uso del teléfono y el internet.

Todo parecía ir bien con la familia y los negocios por lo que Albert emprendió un viaje a África, para cumplir un sueño que tenía tiempo atrás de disfrutar de los animales en sus entornos naturales. No se creía exento de riesgos pero el incidente con el león fue una advertencia de que estaba lejos de todas las personas que lo podían ayudar y que a esas personas no les iba a gustar saber lo que había pasado. Tomó el primer avión que pudo para regresar a Estados Unidos sin preparar ningún plan para enfrentar la ira de su hermana, su tía y Georges. Su encuentro con Candy, que estaba en las mismas condiciones, lo hizo retrasar su enfrentamiento con la familia.

Candy lo cuidó porque lo consideraba valioso por sí mismo, no porque fuera valioso por estar al frente de la familia y la organización Andrew. Claro que ellos lo querían, pero aun así lo habrían reprendido por tomar ese riesgo siendo William A. Andrew. Junto a Candy no existía ese peso y su estancia en Nueva York se alargó a causa de ella porque lo hacía sentir una persona normal.

En ese tiempo no pensaba en Candy más allá de que la consideraba su mejor amiga y ese sentimiento profano de que si tuviera la oportunidad de elegir que vida vivir, 100 veces preferiría haber nacido más cerca de Candy y menos de los Andrew.

No hubiera imaginado cuan cierto iba a ser eso una vez que se reunieron la siguiente vez después de que se separaron, cuando ella fue a estudiar

enfermería y Albert comenzó el proceso de transición para asumir la presidencia de la corporación familiar.

La cercanía entre Candy y él, su historia en común, los lazos que se habían creado, nada lo habría hecho anticipar que Candy sería una de las primeras personas en enterarse de su verdadera identidad. Realmente deseaba para ella una vida simple, haciendo lo que quería, sin rendir cuentas a nadie, ni a él como su protector, mucho menos a Neil como su novio o esposo en contra de la voluntad de Candy.

Ese reencuentro no cambió la dinámica entre ellos, excepto por un breve instante en que Candy lo trató con formalidad, pero desistió en cuanto Albert se lo pidió. Ni siquiera le tuvo que pedir perdón por ocultarle quien era. Ella lo manejó a rachas, en ocasiones pretendía estar enojada, en otras lo compadecía e intercedía entre él y la familia y la mayoría de las veces lo incitaba a olvidarse de sus responsabilidades para que volviera a ser el mismo tipo despreocupado con el que convivió en otra época. Nuevamente, ella lo hacía sentir que el humano detrás del nombre era el más valioso.

La alegría y desparpajo de Candy eran la contramedida a la tensión que surgió durante el primer año de su ejercicio como director de las empresas familiares. Al igual que en su época del colegio, Candy escapaba frecuentemente de la presión en su último año en la escuela de enfermería. Esos minutos robados hacían más por ambos que una sesión de relajamiento. Se desdibujaron las líneas de amistad, las del respeto por sus roles, así como cualquier diferencia que los separaba. Entre ellos podían mostrarse como los auténticos Candy y Albert.

Los parques eran sus destinos comunes de esas escapadas y donde comenzó a tomar forma el proyecto de Chicago Verde, a Candy le encantaban los árboles y Albert veía con muy buenos ojos el incremento de espacios donde los animales pudieran refugiarse de la hostilidad

ciudadina. De un sueño pasó a convertirse en realidad cuando el comité del medio ambiente de la ciudad lanzó el concurso de acciones contra el cambio climático. No ganaron, pero sí obtuvieron todo el respaldo de uno de los concejales y mientras recaudaran los fondos, éste les allanó el camino dentro de las regulaciones municipales.

En el evento de inauguración mientras Cecil lo ayudaba con los elementos del kilt Candy irrumpió en su recámara. Desde tiempo atrás su valet tomaba eso como su señal para abandonar la habitación y dejarlos solos. Ella no solo se ocupó de los pequeños detalles restantes, también se las arregló para colocar un broche con la insignia de la familia en la solapa de su saco.

Al terminar, lo miró con satisfacción y le tomó una fotografía, mientras se lamentaba no haber tenido una cámara la primera vez que se vieron. Fue así cómo se enteró que Candy había descubierto que era su Príncipe de la infancia cuando sumó el parecido familiar, su edad y el tono de su voz que encajaba con el adolescente que había conocido años atrás.

Si bien, la primera reacción de Albert fue divertirse a expensas del tiempo que le llevó a Candy notarlo, surgió un momento de seriedad para confesar que él no podía ser como ese Príncipe que ella concibió. La más grata sorpresa lo inundó cuando Candy dijo que había alcanzado un espacio más preponderante que el establecido para su Príncipe porque la niña que era en ese entonces desconocía las necesidades de la vida real y que no había sido el Príncipe quién las había atravesado junto con ella, había sido Albert. Qué Albert se sintiera de igual manera respecto al lugar que Candy ocupaba en su vida dio un nuevo giro a su relación.

Era por eso que entendía porque Candy había demorado la revelación del estado de su relación. Nada garantizaba que se despertaran sus sentimientos por el simple hecho de mencionarle que ella era su esposa, no era el papel o el actual estado entre ellos lo que los hacía una pareja,

era toda la historia que había entre ellos y eso no se podía recrear con solo palabras o documentos.

Lo curioso es que Albert pensaba que se trataba de encontrar la pregunta que derrumbara las barreras de lo que Candy ocultaba. Ahora entendía porque le había ocultado algo tan importante, como desvió sus dudas cada vez que se lo preguntó, incluso calló cuando puso en duda que alguien lo amara tanto para ir con él a través de su estado amnesico. No podía haberlo hecho sin revelar que ella era esa persona, tal cual lo estaba siendo de nuevo. Esa era la eterna constante de sus vidas, ser lo que uno necesita para el otro.

Probablemente Albert perdió sus recuerdos, pero la ausencia de lo que no sabía que tuvo, no le podía hacer tanto daño. El drama que vivió Candy fue infinitamente peor ya que si sabía lo que eran y tenía que vivir día a día con ese conocimiento, si las escasas semanas en que Albert se dividía entre las ganas de confesar sus sentimientos o esperar que ella estuviera en mejor disposición para aceptarlos habían sido una tortura, ella estuvo en esa encrucijada durante meses. La amnesia los había afectado a ambos, les había robado algo único entre ellos.

Con los acontecimientos dados durante su convalecencia, Albert se encontró con un nuevo esquema en torno a sus responsabilidades y eso fue lo que dio pie a la decisión que les comunicó a su familia y empleados cuando se reunieron en el desayuno a la mañana siguiente.

Nadie más que Candy sabía el motivo por el que Sebastian, Sally, Joe, James, Cecil y Dorothy sentaban a la mesa durante el desayuno, pero dado que todos conocían el apoyo que brindaban a Albert en su condición, seguramente pensaban que era una muestra de agradecimiento.

Lo que no esperaban era que Albert anunciara fue el retorno de todos a sus actividades normales, dejó que las objeciones y los desacuerdos se

ventilaban primero, resolviéndolos hábilmente antes de revelarles que había recuperado la memoria. Las reacciones fueron diversas, pero finalmente reinó la alegría. Después de él, Candy recibió un igual número de abrazos.

OctoBert - Día 31. Fantasma x Fran

No se debió al fantasma de los celos.

Dos días después de que Albert recuperó la memoria, Stear le trajo el dron que le había solicitado. Lo estaba esperando en el jardín cuando regresó de sus exámenes médicos. Después de acompañarlo en casi todos ellos, Candy se había quedado en el hospital para terminar su turno.

Aunque el aparato parecía fácil de controlar, hicieron unos ensayos antes para familiarizarse con su funcionamiento y probar su precisión. Una vez satisfecho con los resultados, le informó a su sobrino lo que estaban por realizar.

— Tenemos que recuperar el anillo que está en el techo.

— ¿Del mismo edificio del que una vez ya te caíste?. A Candy no le va a gustar saber eso.

— Es por ella que lo hago.

— Va a ser difícil que me convenzas de que no le envíe un mensaje en este momento.

— Escúchame antes de tomar esa decisión. Hace un tiempo perdí el anillo de bodas. Candy estaba en la alberca, quería sorprenderla, para no exponer el metal al cloro del agua deje las joyas que traía en uno de los casilleros y me olvide.

— ¿Olvidaste donde dejaste el anillo u olvidaste cuan importante es el anillo?.

— Note que me faltaba al día siguiente, pero con el horario tan apretado que siempre tengo no me puse a pensar en ello y se fue diluyendo su prioridad. Hasta que Candy lo notó, precisamente en la jornada de puertas abiertas cuando vienen las escuelas y empresas interesadas en conocer los servicios de la compañía. —Probablemente Stear ya había escuchado cada versión sobre las intervenciones de la joven, pero no la de Albert. —

Dio la casualidad de que fue precisamente mientras Olympia estaba platicando conmigo y pensó que me lo había quitado por eso.

— Pero ustedes se tienen mucha confianza, porque Candy iba a dudar de ti.

— Eso es una larga historia que ella y Archie urdieron con varias piezas sueltas de información y mucha imaginación.

— ¿Mi hermano andaba intrigando en eso?

— Se ligó con el trabajo. Olympia es nieta de uno de los directivos de la aseguradora Continental, fue una de las empresas que disolvió la asociación con el grupo Andrew después de que no les gustaron las nuevas políticas de favorecer la contratación de los seguros a los sindicatos en vez de a las empresas. Sin embargo su yerno con quien habíamos firmado un contrato en base a esa sociedad no quería que dejáramos de ser sus clientes. Nos ofreció una cena para entrar en pláticas y reestructurar el contrato por los suplementos de oficina que su empresa provee a la nuestra.

— Ah, la fidelidad empresarial tan independiente de la fidelidad familiar.

¿Olympia de que lado estaba?

— No lo sé. Esa fue la noche que conocimos a Olympia. También tenía sus propios planes; quería beneficiarse de un patrocinio para su programa aficionado de finanzas. Le prometí que lo revisaría, desde luego yo pensaba aceptar con gesto de buena voluntad con su familia. Sin embargo Archie dijo que sería mejor revisar que tipo de contenido publicaba, así que él y Candy lo revisaron y concluyeron que Olympia tenía un enamoramiento conmigo.

— Te mandaba besitos en su podcast

— Nada tan obvio. De acuerdo con Archie, ese acercamiento de las finanzas a la gente común, no era nada del otro mundo, leía boletines o anunciaba productos financieros que sacaban las distintas entidades. Según él y Candy a las empresas las trataba así, como entidades, pero que cada vez que hablaba de la de los Andrew, mencionaba mi nombre.

— ¿Entonces no la patrocinaste?

— No, solo hicimos una donación única en nombre de una filial menos conocida.

— ¿Qué pasó en la jornada de puertas abiertas?

— De la idea del patrocinio cambió a hacerme una entrevista. No conversamos ni 5 minutos en lo que me negaba, pero Candy notó la falta del anillo y creyó que me lo quite precisamente por la niña, porque ya me habían dicho que ella tenía un enamoramiento conmigo y le estaba mandando una señal.

— No pude explicar la falta del anillo, porque no recordaba cómo lo perdí. Su reacción no se debió al fantasma de los celos, le molestó mi descuido del símbolo de nuestro matrimonio.

— ¿Se pelearon?

— Estuvo molesta un par de días. Me estaba costando mucho convencerla de que me perdonara mi descuido y una de las cosas que hizo, fue dejar de usar su anillo hasta que el mio apareciera para equilibrar. Estaba haciendo de todo para compensarla, regalos, cenas, cartas, escapadas los fines de semana, mientras buscaba por todos lados el anillo. Fue bueno, teníamos un resurgimiento de nuestro breve noviazgo, incluso pensaba mandar a hacer un juego de anillos nuevo cuando apareció.

— ¿Cómo fue a parar al techo?

— Sally lo encontró en los casilleros y me lo devolvió. Quise hacerle una broma a Candy y con uno de tus drones dejarlo caer frente a ella. Estaba probando la mejor estrategia pero el dron se desvió, pasó por encima del techo y cuando lo recupere del otro lado ya no lo traía.

— Hasta que lo viste con el telescopio.

— Así es.

— ¿Y por qué no subiste de una manera más segura que escalando la pared?

— La escalera de mantenimiento consiste en escalones anclados a la pared, de manera muy similar a los bloques de la fachada, no vi ninguna diferencia entre escalar una u otra.

— Pero caíste.

— Toqué un insecto justo cuando estaba por alcanzarlo. Me solté de una mano de repente y la otra aun no sostenía todo el peso.

— No lo dudo.

— ¿Me ayudarás?

— Solo porque me siento en deuda contigo, de no ser por mí no habrías escalado para ir por el anillo y desde ya te aviso que no haremos nada peligroso.

No fue tan sencillo y llamaron mucho la atención de los empleados de la casa que, incluso se ofrecieron a tomar su lugar en prevención de no volver a repetir lo ocurrido hace unos meses. No fue necesario recurrir a un segundo plan, que según Stear consistía en una caña de pescar e imanes, ya que finalmente lograron recuperar el anillo. Stear le recomendó encarecidamente que lo hiciera de una forma normal, como ofrecerlo en un estuche y solo hincándose en una rodilla.

Con ayuda de todos preparó el gran momento. Cecil se encargó de mandar a limpiar el anillo, Sally y Dorothy devolvieron todas las pertenencias de Candy a la habitación que compartían y colocaron de nuevo muchos de los objetos que habían retirado de la mansión.

Obtuvo los anillos de Candy de la caja fuerte, donde los había guardado a petición de ella cuando decidió dejar de usarlos. Habiéndose enterado de lo sucedido, Rosemary vino a entregar personalmente las flores que le pidió, lo que le valió unos consejos más sobre hacer las cosas simples, pero no tan simples como esperarla desnudo con solo el anillo en su anular para que ella se de cuenta que lo ha recuperado. Su familia era imposible, nunca sabrá cómo son capaces de defender rabiosamente ciertos secretos pero no tienen la menor sutilidad respecto a otros.

Finalmente el apartamento de la reina lucía esplendoroso y listo para recibir a Candy y comunicarle las buenas nuevas. La esperó en el recibidor leyendo noticias actuales y poniéndose al día con lo que le había pasado

al mundo en su ausencia. Estaba tan concentrado que Candy tuvo que llamar su atención para que se diera cuenta que ella llegó. La abrazó y tomó las cosas de sus manos indicando que fueran al elevador de la izquierda porque le tenía un regalo.

No se mostró desconcertada de que sus cosas no estuvieran esparcidas por la habitación, pero sí por la mesa y los bocadillos que estaban servidos. Si bien se ocupó de que la decoración fuera agradable siguió los consejos y todo era simple, incluso la comida porque Candy estaría cansada después de un largo día en el hospital.

Comieron y platicaron alegremente. Albert agradeció profusa y apropiadamente todas las medidas tomadas por Candy en su paso por la amnesia y que haya sacrificado su situación para concentrarse en él. Ella confesó que no había sido tanto sacrificio si lo veía más seguido ya que desayunaban juntos todos los días, no se trasnochaba preparando estrategias para el banco y no la dejó ni una vez para salir de viaje. Se preocupaba más por su salud con su anterior ritmo de trabajo que por lo que resultó de la amnesia, una vez pasado el susto inicial. Casi le hubiera creído si no la hubiera encontrado llorando aquella vez en el jardín.

Tomó la caja con los anillos del bolsillo de su saco y le mostró a Candy su contenido. Ella se veía tan feliz y también como si estuviera a punto de llorar, viendo cómo brillaban. Albert extrajo los más pequeños y los deslizó suavemente en el dedo anular de la mano derecha y refrendó su promesa.

— Candy, hace años que intercambiamos estos anillos. Lo que prometí en ese entonces sigue vigente, te amaré, te respetaré y te seré fiel mientras viva. No importa que la distancia se interponga, que el tiempo pase o que la memoria falle, mi amor por ti atravesará cada obstáculo porque no soy capaz de amar a otra persona que no seas tu. Este tiempo que he estado ausente de mi ha demostrado que mi corazón te elegirá a ti por encima de las circunstancias y contra todo pronóstico.

Candy tomó el otro anillo y lo miró largamente, confirmándolo como la causa de muchos problemas. Sin embargo sonrió y lo devolvió al dedo de donde hace tiempo había desaparecido.

— Albert, desde el día en que acepté que fuéramos esposos supe que no te iba a dejar nunca, lo sabía desde antes porque de una manera u otra terminábamos reuniéndonos. Sea quien sea él que esté perdido, él otro lo devolverá al camino. Tu felicidad es mi felicidad.

— También me siento igual. Verte feliz, me hace feliz.

— Es por eso que podemos ser felices juntos.

Albert acunó el rostro de Candy en sus manos y con sus pulgares apartó las lágrimas que nacían de sus ojos, las cuales se detuvieron para dejarlos brillar llenos de emociones. Candy levantó sus manos para extenderlas sobre las de Albert. Con lentitud, Albert se acercó y deslizó sus labios sobre los de Candy, saboreando como le corresponde con la misma suavidad. Duran mucho tiempo así, compartiendo besos dulces e incesantes confiando en la calidez y comodidad sobre la que descansa un largo futuro en común.

FIN

